

LECTOR PEDRO BLOMBERG



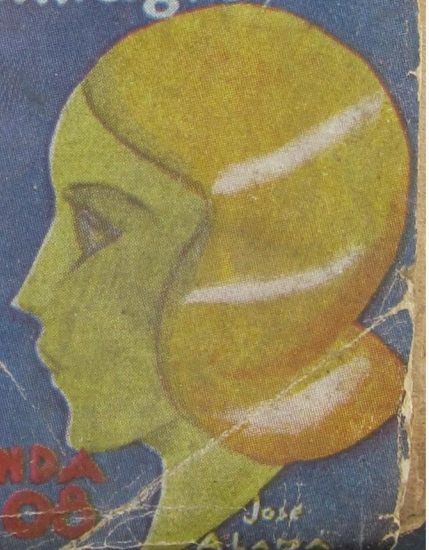
MUJERES

de la

HISTORIA
AMERICANA



(Heroínas de amor, de la gloria,
de la fe, de sacrificio y del milagro)



LIBRERIAS ANACONDA
FLORIDA 508

Jose

Inly Sosa de Newton
1966

**MUJERES DE LA HISTORIA
AMERICANA**

HECTOR PEDRO BLOMBERG

Mujeres de la Historia Americana



LIBRERIAS ANACONDA

Avenida de Mayo 601 esq. Perú
BUENOS AIRES

*Derechos Reservados,
Librerías Anaconda
1933*

PRÓLOGO

En la literatura de los países cuya civilización ha llegado a un estado superior figuran innumerables biografías de las mujeres que se distinguieron a lo largo de su historia. No solamente biografías completas, suscriptas muchas veces por escritores que han alcanzado la celebridad, sino también semblanzas breves, rasgos biográficos, recopilados en volúmenes manuales que circulan hasta en las escuelas y ocupan un lugar de preferencia en las bibliotecas domésticas.

Las figuras femeninas que fui encontrando en constantes lecturas históricas me sugirieron la idea de escribir este libro que hoy presento a los lectores —y especialmente a las lectoras— de las naciones sudamericanas. Porque un libro de esta índole, por modesto que fuere, hacía falta en las letras continentales.

Fui a buscarlas desde los días tumultuosos de la conquista, a lo largo de las épocas, cronológicamente, hasta llegar a la segunda mitad del siglo XIX, desde Doña Marina, “la conquistadora del Conquistador”, hasta Doña Emilia Herrera de Toro, “la Samaritana del Mapocho”.

Como reza el subtítulo de esta obra, las vidas remotas de estas mujeres de la historia americana han sido evocadas cada una dentro de la órbita de su diferente destino; santas y guerreras, humildes y soberbias, angélicas y satánicas, todas ellas desfilan por las páginas de este libro, escrito con la libertad de pensamiento que siempre ha sido característica del autor, el

cual se propuso tan sólo realizar una obra histórico-literaria. Las mujeres que aparecen en ella son de carne y hueso, tanto Santa Rosa de Lima en sus místicos arrebatos, como Elisa Lynch en sus trágicos rencores; tanto Catalina de los Ríos en su leyenda de sangre, como Sor María Antonia de la Paz en su divina caridad. Y así las demás...

Al final consideré oportuno agregar una pequeña serie de heroínas extraídas de algunas de las grandes novelas de la América española, para completar la galería, teniendo en cuenta aquello de que "la novela es la historia de algo que pudo haber sucedido", y para llenar la laguna de algunas épocas, evocadas en algunas ficciones impercederas.

Que este libro, comenzado hace diez años y terminado hace dos meses, como que fué escrito en las escasas treguas de una laboriosa existencia periodística, en los ratos perdidos de las redacciones, abandonado y reanudado alternativamente por espacio de años enteros, cumpla la misión a que lo destinó su autor; llevar a las mujeres de la América de hoy, inteligentes y cultas, el soplo de aquellas almas lejanas que palpitaron en las hondonadas de la historia, de aquellas otras mujeres que, iluminadas por la Providencia o ensombrecidas por la Fatalidad, cumplieron su destino y se hundieron en el polvo de la tumba.

H. P. B.

Buenos Aires, marzo de 1933.

MARINA

LA CONQUISTADORA DEL CONQUISTADOR

Es la hija más famosa de la tierra azteca esta princesa Marina, que unió para siempre su nombre y su recuerdo a los del conquistador de Méjico.

Así dijera el poeta de esta pareja inmortal:

A través de los siglos se escuchan todavía,
Los besos de Marina y el llanto de Cortés...

Fué su padre un cacique célebre en los anales de la Conquista, "señor de muchos cantones y feudatario de la corona de Méjico". La muerte sorprendió al caudillo en plena juventud, dejando a la pequeña Marina en el mundo. Casó su viuda en segundas nupcias, y de este segundo matrimonio nació un hijo. El amor al hijo encendió de odio monstruoso el corazón de la india, odio que llegó hasta fraguar una conspiración infame

contra la bella princesa cuyo nombre con el tiempo había de pasar a los grandes amores y las grandes hazañas de la historia americana.

La muerte de la hija de un esclavo, nacida el mismo año que Marina, inspiró a la terrible mujer la idea de hacer pasar a su propia hija por la muerte. Sepultó el cadáver de la esclava con honores de princesa.

¿Y Marina?

La vemos salir de las tierras de su padre, despojada de sus collares de oro y esmeraldas y de sus hábitos púrpura de princesa indígena, desnuda y dolorida, camino de Tabasco, ciudad donde existía entonces un mercado de esclavos.

Comprada y vendida varias veces, pasó la muchacha, junto con un pequeño grupo de esclavos, a poder del cacique y señor de Tabasco.

Pero la gloriosa aventura de la vida de Marina estaba por comenzar.

Hernán Cortés, el hombre más extraordinario de la historia de América, el conquistador de hierro, el paladín que regó con sus lágrimas el árbol secular de la Noche Triste, solicitó le fueran remitidas algunas esclavas con objeto de cocinar el maíz de que se alimentaban sus tropas.

Allí fué la princesa convertida en cocinera de los soldados, con otras pobres indias.

De una inteligencia penetrante, aprendió rápidamente el idioma de los conquistadores. La vió un día el héroe, y su rudo corazón de aventurero se estremeció ante la hermosura extraña de la hija del cacique muerto. Le habló con su bronca voz de soldado, y el acento de la princesa andrajosa vibró en sus oídos como un gorjeo celeste.

Había llegado para Marina la hora del destino.

Desde ese día lejano, fué el amor de Hernán Cortés la consejera del conquistador, el númen de sus fa-

bulosas hazañas. Seguía-lo a todas partes. Sus negros y ardientes ojos de india lo envolvían amorosamente en medio del fragor de las acciones, impasible, intrépida, entre el estampido de los arcabuzazos.

Fué ella quien enjugó en las rugosas e hirsutas mejillas del héroe el llanto de Otumba.

¡Mailintzin!

El nombre indígena de su compañera borraba las sombras y disipaba las tempestades en el corazón de Cortés.

Fué ella también quien preparó la tragedia de Moctezuma, sobre cuyo cadáver ensangrentado se levantó la historia de Méjico. El amor llegó hasta hacerla cruel. Pero los hombres y sobre todo las mujeres, perdonan a los que amaron mucho...

Marina era cristiana. Este nombre, con el que había de inmortalizarse, fué el que le dió la religión católica. Este nombre que es el de una de las mujeres más famosas del Nuevo Mundo, fué la canción de amor que sonó en medio de las estupendas hazañas del siglo XVI, el de la paloma azteca entre el hierro de los paladines.

Largos y terribles años amó la princesa a su héroe, con sostenida pasión. Hasta que un día el corazón de acero se quebró para siempre, y la muerte cerró los ojos de Hernán Cortés. Pero su sombra grandiosa, su bárbaro espectro, vivirán más que árbol milenario de Otumba, aquel que regó con las únicas lágrimas que derramó en su existencia fabulosa.

Después de la muerte de Cortés, Marina casó con un caballero de Castilla, y se convirtió en doña Marina de Jaramillo. A España fué con el caballero que restañara la herida de su corazón, y la pobre india que fué cocinera de los soldados, y luego la musa de Hernán Cortés, fué recibida en el Escorial con los honores de princesa, como había nacido.

LUCIA MIRANDA

LA MARTIR DEL DESCUBRIMIENTO

El perfil trágico, fatal, de la más antigua de las heroínas americanas surge envuelto en las penumbras de los siglos. Ninguna otra, diremos, ha ejercido una fascinación más poderosa sobre la imaginación de los poetas, los dramaturgos y los cronistas del Río de la Plata.

No era "la infeliz Lucía" una de aquellas rudas Evas como las que recogió don Pedro de Mendoza en los muelles de Cádiz, para traerlas a la primera ciudad.

Su figura se idealiza a través de las largas y agitados centurias; se despoja del elemento bárbaro de aquellos tiempos en que, al decir de Groussac, los hombres eran rudos como las cosas, y aparece ante las generaciones como la protagonista de una tragedia de amor, lo cual basta para inmortalizar a una mujer.

El rugido del indio, acechando la blanca, suena

todavía desde el pasado de los descubridores. El fuerte de Sancti Spiritu, convertido en una hoguera de pasión salvaje, eleva aún las llamaradas de su incendio sobre el horizonte romántico y brumoso de la historia.

Los elementos del drama son completos.

Así lo comprendieron los bardos de América, que siguen cantando la sombra de Lucía Miranda, que la siguen viendo bella y virtuosa, a través de las edades.

¿Para qué hemos de narrar por centésima vez la famosa fábula?

Son pocos, seguramente, los que la ignoran.

La visión desolada de Lucía vive en todas las imaginaciones americanas, aureolada por el resplandor de la fatalidad. Es el símbolo de la esposa heroica y fiel, del amor conyugal, de la misma virtud, en una época de pasiones salvajes, de hazañas estupendas, de tragedias maravillosas. De aquí la inmortalidad de Lucía Miranda.

Siripo y Mangoré aparecen como personajes de una creación shakespeariana en las escenas de aquel drama tan viejo, saturado de esencias heroicas y agitado por el viento tempestuoso de la pasión humana.

La nave errante de los descubridores, la que trajo en sus tablas carcomidas a la Eva blanca de los paladines, cruza todavía, entre el perfume de los mburucuyás, las ondas del gran río de Gaboto, y sobre la comarca áspera en la cual debían surgir las ciudades del porvenir, el espectro de Lucía flota aún, como la sombra pálida que Walter Scott hace flotar sobre el lago legendario.

Es que allí, en los lugares donde los hombres vivieron y murieron, siempre queda un soplo de lo eterno.

Y cuando en los lugares se ha desarrollado una tragedia de amor ha pasado un alma atormentada de

mujer, los cálidos espectros continúan bailando la danza imperecedera del recuerdo...

Por eso Lucía Miranda no morirá jamás.

El viento implacable de las edades ha dispersado las cenizas del fuerte de Sancti Spiritu. Las toscas construcciones que levantaron las manos heroicas y rudas de los descubridores se han desvanecido en el polvo de los siglos.

Pero las grandes almas de la edad "enorme y delicada" están presentes siempre en los lugares donde se agitaron sus pasiones y donde dejaron su rastro de inmortalidad.

Y entre los espectros revestidos de hierro de los Cidés se levanta, idealizada por la leyenda, iluminada por la poesía, la sombra doliente de Lucía Miranda.

LA MALDONADA

LA FUNDADORA DEL MILAGRO

El miraje esplendoroso de América hacía jadear de emoción a los aventureros de España. Y en aquel siglo de hambre, de violencia, de injusticia, de heroísmo, todos los habitantes de España, empezando por Felipe II, eran aventureros. Quemaban herejes y conquistaban imperios...

Eran aquellos los tiempos en que don Pedro de Mendoza, bravo y fiero, descompuerto y heroico, recorría las tabernas de Cádiz y de Sanlúcar de Barrameda buscando almas que quisieran arrojarse con él por las rutas de Solís y de Gaboto.

Loca aventura, en realidad, aquella que intentaba acometer el famoso capitán del sitio de Roma: la conquista de las riberas del Plata, la fundación de Buenos Aires...

Surgieron de todas partes los voluntarios. Muchos

pellejos de vino de Ronda ensangrentaron las mesas y encendieron los cerebros en las tabernas de los puertos españoles, celebrando la nueva odisea.

Don Pedro de Mendoza, duro y cruel, armó sus galeones.

Contó con su bronca voz el rebaño de hambrientos que le acompañaría en su fabulosa aventura: franciscanos y ladrones, escribanos y marineros, escuderos y estudiantes, asesinos, y soldados...

Contábase entre ellos un hermano de leche del emperador Carlos V, y un propio hermano de Santa Teresa de Jesús.

Estaban armados los galeones, grandes y pesados navíos, en cuyos vientres chillaban las ratas, y en cuyos puentes mugían las vacas, rebuznaban los asnos y relinchaban los caballos.

Don Pedro de Mendoza vió recoger las anclas; escuchó las blasfemias de sus hombres. Miró por vez última el cielo azul de España, los caseríos blancos y grises de Sanlúcar de Barrameda, las grandes velas pardas de los galeones, y cayó en un ensueño de maravilla...

Partieron los galeones.

El viento de España hinchaba los pardos y remendados velámenes. De abajo, de los castillos, subían hedores penetrantes, juramentos atroces, carcajadas roncadas.

Don Pedro de Mendoza oyó de pronto una risa aguda y musical. Pensó, distraído, en las rudas mozas que sus hombres habían reclutado en las tabernas y los mesones de Sanlúcar y de Cádiz.

La visión de aquellas ásperas Evas le dejó indiferente.

No eran, no, como las divinas romanas raptadas en el saqueo de la Eterna Ciudad.

* * *

Buenos Aires ha sido fundada.

Un puñado de chozas se levanta bajo el viento que sopla de las pampas inmensas y hostiles.

Las vacas, los asnos, los caballos, han huído del caserío miserable y corren, libres y salvajes, por la inmensidad del desierto.

En las chozas, que rodea una empalizada de lanzas, hace estragos la viruela. Todos los días mueren unos cuantos. Sus cadáveres descompuestos son arrojados al campo, bajo la mirada curiosa y cruel de los indios, que acechan la aldea.

Todos los días mueren algunos, consumidos por la viruela, o cosidos a puñaladas. Porque la primera miserable Buenos Aires es un infierno humano.

Ebrios de alcohol y de lujuria, lívidos de hambre, los aventureros se matan o se dejan morir. Sus ásperas Evas se venden por un pescado crudo en la ribera del Riachuelo, u —horribles Dalilas,— entregan a sus famélicos Sansones por una botella de aguardiente.

Los indios, cercando la ciudad moribunda, apestanda, hambrienta, acechan siempre.

Es entonces cuando una mujer lívida, desencajada sale corriendo de la ciudad y se interna en el campo, entre los juramentos de los hombres.

Es la Maldonada, una pobre Eva de los muelles de Sanlúcar de Barrameda, que uniera su suerte a la de los aventureros.

Demente de hambre, de fiebre, de terror, ha visto antes como uno de los soldados se comía, a la luz de la luna, el brazo musculoso de un ahorcado...

Prefiere irse al desierto, antes de quedarse allí, entre los demonios españoles, entre los blancos cubiertos de úlceras, enloquecidos de hambre y de alcohol.

Dos soldados que han salido en su persecución la detienen. Con brutalidad salvaje la arrastran nuevamente hacia las chozas.

Don Pedro de Mendoza, ulcerado, rugiente, lanza la atroz sentencia contra la fugitiva:

—Llevala hasta la corriente primera, y atadla desnuda a un árbol para que las alimañas se sacien con sus carnes maldecidas.

Los soldados cumplen la orden.

La Maldonada es despojada de sus ropas y amarrada a un árbol, a la vera de un arroyo de aguas turbias y escasas.

Allí la dejaron.

El viento frío del desierto mordía las carnes doloridas de la desventurada. A la media noche comenzó a caer una lluvia lenta y cruel. Oíanse en las tinieblas el silbar sigiloso de los indios, el respiro profundo de las fieras. A la distancia, parpadeaban los candiles de Buenos Aires...

Al alba fué el milagro.

Los soldados de Don Pedro de Mendoza, con la luces lívidas del amanecer, acudieron a soltar y dar sepultura a los despojos sangrientos de la Maldonada.

Pero sus ojos maravillados vieron que, a la vera del arroyo, amarrada al árbol, la Maldonada estaba viva. Sus negros y espesos cabellos chorreaban lluvia. Las gotas temblaban en sus carnes duras y morenas. A sus plantas, una enorme tigresa se acurrucaba humildemente, contemplándola con verdes ojos luminosos. En torno de la Maldonada y la tigresa triscaban cuatro cachorros de tigre...

Acudió Don Pedro de Mendoza a verificar el milagroso suceso.

Su duro corazón sintió la mordedura del remordimiento. Hasta las fieras protegían a la Maldonada.

—¡Soltadla! — ordenó con bronca voz.

Obedecieron los soldados. Envuelta en el capote encarnado de un arcabucero, la Maldonada emprendió el regreso a Buenos Aires.

La tigresa, que habíase apartado unas varas al llegar los hombres, la miró alejarse tristemente.

Desde entonces el arroyo se llama el arroyo Maldonado, aunque la historia guarde silencio sobre la suerte final de la protagonista de la más antigua tradición de Buenos Aires.

JUANA ORTIZ DE ZARATE

LA HIJA DEL ADELANTADO

Este es un idilio de la conquista.

Los hombres de hierro del tiempo de Carlos V andaban fundando ciudades por América. Un vizeaíno llamado Juan de Garay miraba correr las aguas azules y profundas del Paraná; soñaba, quizá, divisar en las misteriosas profundidades del gran río indio, que todavía resonaba con los cantares de Gaboto, las torres de una ciudad de ensueño que se llamaría Buenos Aires.

Juana Ortiz de Zárate había nacido en las tierras tropicales del Paraguay, donde llegara su padre en los tiempos de Irala y Alvar Núñez.

Don Juan Ortiz de Zárate, caballero extremeño que durante treinta años tomó parte activa en todas las proezas fabulosas y en todas las trágicas iniquidades de su tiempo, vió morir a su esposa, que no era india sino española, cuando su hijita contaba quince años.

La enterró bajo las palmeras tropicales, y un día, contemplando las horcas donde se balanceaban los ajusticiados — espectáculo frecuente en la Asunción en esa época de ambiciones sangrientas — sintió el deseo de ser Adelantado del Paraguay, sencillamente.

Fuése a su casa, y mirando a su hija, que hablaba con unas indias, la acarició gravemente.

—Tú serás la primera Adelantada que haya en estas tierras — le dijo.

Fué entonces cuando propuso al gobernador del Perú fundar ciudades, traer navíos y ganados, todo de su fortuna personal, a cambio del título de Adelantado, “que se había de conferir por toda su vida y la de su heredera sobre lo ya descubierto y lo que después se descubriera en la provincia del Paraguay y sus comarcas”. ¡Desventurada Juana!

Aquellas palabras de su padre, que tan distraídamente escuchó una tarde, estaban destinadas a llenar su vida de trágicos acontecimientos.

El gobernador del Perú aceptó la propuesta de Ortiz de Zárate. Le expidió el título de Adelantado, con cargo de ir a solicitar su confirmación a España. Con este objeto fuése a Lima, llevando consigo a su hija, y allí se embarcó en el año 1567.

Durante el viaje “le apresó y robó un corsario francés”. Pero Juana en cuyas venas corría la sangre de los conquistadores de mundos, no experimentó espanto. El corsario aceptó un rescate en oro. Ambos, padre e hija, llegaron a España después de un año, y el 10 de Julio de 1569 el soberano confirmó el título y le dió el hábito de Santiago.

Tres años más permanecieron en la península.

¡Cuántas veces Juana suspiró bajo los cielos españoles, mientras el viento helado de Guadarrama gemía sobre los conventos madrileños, con las palmeras del Paraguay!

Salieron de Sanlúcar de Barrameda el 17 de Octubre de 1572. Venían con ellos el famoso franciscano fray Luis Bolaños y el arcediano Barco de Centenera.

“No fué completamente feliz este viaje”, dicen los historiadores. Las tempestades y las calmas lo retrasaron mucho. Algunos murieron a bordo, y Juana rezó devotamente por las almas de los que arrojaban al mar.

En estas tierras de América la sangre corría abundantemente. El Adelantado envió a su hija a Chuquisaca con Juan de Garay, y él combatió con los indios y los traidores hasta que la muerte le sorprendió en las riberas del Paraná. Había sido envenenado por sus capitanes. “Murió con mucho ánimo después de recibir los sacramentos y testar. Nombró universal heredera a su hija única, doña Juana, debiendo ejercer el Adelantazgo quien se casara con ella. Nombró su tutor a Juan de Garay”.

Así quedó Juana Ortiz de Zárate, con su inmensa fortuna y su altísimo título, en medio de las pasiones desencadenadas, de las trágicas ambiciones de aquéllos hombres feroces que andaban siempre con el puñal en la mano y la traición en el corazón.

Pero Juan de Garay velaba por ella.

—Vuesamerced debe casarse, doña Juana — le dijo un día con su duro acento vizcaíno.

Doña Juana clavó en él los ojos negrísimos. Su bello semblante se reflejó en la bruñida armadura del Fundador.

—Casaréme aína — exclamó.

Juan de Garay pasó revista en la mente a los pretendientes a la mano blanquísima de la Adelantada. Eran la mitad de los españoles que había en América...

—¿Con quién, vuesamerced? — preguntó.

—Con Don Juan Torres de Vera y Aragón — respondió ella con voz firme.

—Bien hace vuesamerced, que el Oidor de Santa Fe

es persona de hartos merecimientos, y yo, como tutor que soy de vuesa merced, doy mi consentimiento...

El corazón de doña Juana, que había latido por el gallardo Oidor, debía sufrir trágicas dificultades.

“A punto de realizarse la boda, recibió Garay carta del Virrey de Lima, don Francisco de Toledo, para que fuése a tratar con él el casamiento de doña Juana, pues quería darla a un amigo suyo.”

Mas no había contado el virrey con la pasión de la Adelantada. Decidida ella a ser de Torres o de nadie, tanto hizo que se casó con el feliz Oidor.

Iracundo, el virrey mandó una compañía de arcabuceros, y los novios fueron llevados a Lima.

¡Pobre Juana! Vivió su luna de miel en una prisión del Perú. Pero Torres de Vera y Aragón era suyo, a pesar de la ira y las ambiciones de los virreyes...

El soberano hizo cumplir la voluntad de Ortiz de Zárate. Juana y su marido volvieron al Paraguay. Garay, fiel amigo de la apasionada y enérgica mujer, bajó al Paraná y fundó Buenos Aires, cumpliendo la voluntad del muerto.

La ventura de Juana era completa en aquel año de 1580.

Durante once años vivió su romance de amor con su Adelantado, bajo las palmeras del Paraguay, fundando ciudades y viviendo su ensueño.

Hasta que en 1591 don Juan Torres de Vera y Aragón renunció su cargo y se fué a España con su mujer.

Y éste fué uno de los idilios más famosos de la Conquista.

LA QUINTRALA

CATALINA DE LOS RÍOS

LA VAMPIRESA COLONIAL

Catalina de los Ríos y Lisperguer es una de las figuras femeninas más extraordinarias y sombrías de la edad colonial.

Fueron sus padres don Gonzalo de los Ríos y Encio y doña Catalina Lisperguer y Flores, criollos y naturales de Santiago de Chile, siendo el primero nieto de un conquistador, y ella nieta de otros dos, ambos alemanes: Pedro Lisperguer, natural de Wurtemberg, por su padre, y Bartolomé Blumen, de Baviera, quien tradujo su apellido al castellano, en cuyo idioma significa "flores".

Tres sangres diferentes corrían por las venas de aquella siniestra y famosa mujer, pues la abuela de su padre era una india, una célebre cacica de Arauco, y su abuela materna era española, doña María Encio, y la sangre de su madre, como decimos, doblemente alemana.

Doña Catalina se crió como las nobles damas de su tiempo. Pasó sus años primeros en la casona solariega de la calle del Rey, situada en el solitario barrio de San Lázaro. En la capillita de la casona venerábase una tétrica imagen del Señor de la Agonía, y cuenta la tradición que la bravía Catalina expulsólo en cierta ocasión de la capilla y de la casa, porque un día el Cristo habíala mirado con expresión de ira, diciéndole:

“¡Fuera, que yo no quiero hombres en mi casa que me pongan mala cara!”

Este episodio da una idea del temple de la dama.

Por otra parte, una nube de sangre-había envuelto la cuna y la juventud de la descendiente de tres conquistadores de Chile. Su abuelo, el padre de su padre, llamado también don Gonzalo de los Ríos, fué asesinado por María Encio, su esposa india; el de su propio padre, a quien aseguróse envenenó ella misma, Catalina, en 1623, y el de su hermana natural.

La criolla linajuda, heredera de riquezas inmensas, comenzó por ser parricida y fratricida, en medio de aquella sociedad colonial, lúgubre, fanática y corrompida de la primera mitad del siglo XVII.

El linaje de los Lisperguer, cuya sangre llevaba,, florecía en aquella chilena indoalemana de fantástica y trágica memoria. Los Lisperguer, los descendientes de aquel pálido mancebo de la corte de Wurtemberg, que fué paje de Carlos V, y vino a la conquista con Alonso de Ercilla, el inmortal autor de “La Araucana”, fueron omnipotentes en Chile y el Perú durante más de cien años. Su orgullo superaba al de los conquistadores españoles. Y eran ellos los que decían siempre: “En Chile, el que no es Lisperguer es mulato”... Y agregaban, cada vez que uno de ellos, como la famosa Catalina, cometía algún espantoso crimen: — ¿Qué pueden en Chile el bastón del capitán general, el báculo

del obispo, el sagrado sello de la Real Audiencia y el tribunal del Santo Oficio, contra el poder de los Lisperguer?"

Todos los Lisperguer casábanse contra las leyes. Nadie atrevíase a levantar la voz contra aquella familia que durante cerca de dos siglos dió a la historia de Chile guerreros, santos, magistrados y criminales, y en cierta oportunidad, ante el cadáver de don Gonzalo de los Ríos, una fraile se encaró con la parricida, y le dijo:

—¡Catalina! ¿A qué abismos de sangre y de sensualidad te arrastra el Señor de las Tinieblas?

Ella lo hizo acuchillar en su propio templo.

Ya se hablaba en todo Chile de sus amores. ¿Cómo se llamaba aquel pobre caballero de Malta, del cual prendóse Catalina y dióle muerte entre sus brazos? Un esclavo inocente fué ahorcado en la plaza de Santiago por este crimen, y su autora fué condenada a pagar una multa...

Catalina de los Ríos no sabía escribir, "porque en Indias, en este tiempo — dice un historiador — no hay mujer criolla, india o española que sepa hacerlo".

Pero ella hacía redactar sus billetes de amor por letrada persona, y así lograba atraer, como una Margarita de Borgoña americana, a los desventurados amantes de un día. Su crueldad fría y feroz estremecía a los mismos familiares de la Inquisición. El látigo y el cerote ardiendo, manejados por su propia mano, eran los instrumentos de tortura con que flagelaba a sus esclavos desnudos y a los miserables indios de su encomienda.

Sus inmensas propiedades rurales se extendían desde la costa del Pacífico hasta los valles de los Andes. En su herencia se juntaron los feudos de sus abuelos los conquistadores, y las tierras de los caciques arau-

canos, anchos valles cubiertos de verde grama, poblados por garzas blancas que volaban en bandadas sobre las lagunas, sembrados aquí y allá por aldeas indias, míseros caseríos de horcones, cueros y totoras, acurrucados al pie de las montañas, o agazapados en los naranjales inmensos que bañaban los ríos azules.

Allí acostumbraba a pasar largas temporadas, especialmente cuando un nuevo crimen se agregaba a su lista sangrienta. Ella, la Quintrala, como así la llamó la leyenda, sabía que sus crímenes iban a quedar impunes. Pero, por las dudas, alejábase de Santiago, y se perdía por los viejos caminos de los incas durante períodos que se prolongaban hasta años enteros.

Catalina vivía con su abuela Agueda Flores, hija del conquistador alemán de Baviera, la cual llegó a los cien años.

“Abuela Agueda”, desesperada ante las hazañas de su nieta, quiso casarla, pensando que quizá la boda de la terrible mujer, que contaba ya 24 años, pudiese arrancarla de los caminos del infierno, y fué entonces, en 1625, cuando apareció en su vida el caballero don Alfonso de Campofrío y Carvajal, hijo de un famoso capitán de la conquista, y ex corregidor de Santiago.

—¿Qué bienes te dejó tu padre? — preguntóle la soberbia Catalina, antes de la ceremonia.

—Una casa en Santiago, una viña en Concepción y un mayorazgo en Alcántara — respondió el caballero.

—¿Qué presentes traes a vuestra prometida? — volvió a inquirir la Quintrala.

—La cruz con esmeraldas que mi abuelo, Galíndez de Carvajal, secretario de Carlos V, regaló a mi abuela; la vajilla de plata con las armas de Atahualpa; el cabestrillo de oro de la “ñusta” doña Cecilia; el rosario de coral y oro que fué de doña Inés de Valdivia... — balbuceó el pobre caballero, intimidado ante

la soberbia criolla, que escuchó en silencio la enumeración de las joyas nupciales, y dijo luego con acento desdeñoso:

—Yo en cambio, mendicante hidalgo, os traigo en dote las mejores casas de Santiago y de Chile, y todas las haciendas de la Ligua, desde la montaña hasta el mar...

La extraña boda celebróse en septiembre de 1626.

Catalina y don Alfonso fueron a pasar su luna de miel y de sangre en una de las haciendas remotas de la opulenta novia, y durante dos años no aparecieron por Santiago, donde quizá muchos creían que la tremenda descendiente de los Lisperguer había vuelto a los caminos del bien, purificada por el santo sacramento del matrimonio.

Pero no era así.

En las vastas y risueñas soledades de San Lorenzo, Catalina continuaba entregada a sus instintos feroces. Los caciques de su inmensa encomienda temblaban ante ella. Y era entre aquellos infelices indígenas, hambrientos y desnudos, que la Quintralla ejercitaba sus pasiones atroces.

“Mataba por su propia mano — escribe el célebre historiador chileno B. Vicuña Mackenna, — a doncellas, niños, ancianos. Dos de estos asesinatos se registran en el testamento de la propia Catalina: el de la india Leonor y el del indio Jerónimo, cuyos cadáveres “fueron rescatados por 350 pesos con derechos de sellado...”

¡Y la sangre de este monstruo con faldas corría por las venas de una sobrina suya, la angélica doncella a quien llamaron los cronistas del coloniaje “la Santa Rosa chilena”!

¡Pobre don Alonso de Campofrío y Carvajal!

En la soledad de los naranjales de San Lorenzo,

mirando volar las garzas blancas sobre las lagunas, su amantísima mujer, la cual habíale dado un hijo, el único, que debía morir ahogado en la cuna, meditó el uxoricidio.

Un grito de horror se levantó en Chile y llegó hasta el Perú. Partidas del rey fueron en busca de la sangrienta dama por los valles y riberas del Maule.

Pero el funcionario regio regresó a mitad del camino, e hizo saber al representante del monarca de España y de las Indias que: "No he podido hacer justicia porque la Real Audiencia se ha avocado la causa, y en ella los oidores tienen vínculos de sangre y parentesco con doña Catalina de los Ríos de Campofrío y Carvajal..."

¡Hasta dónde llegaba el puñal de la Quintrala!

A partir de entonces, rara vez se la volvió a ver en las calles coloniales de Santiago. Su casa de la calle del Rey permaneció deshabitada y lúgubre hasta doscientos años después.

Y ella envejecía en el fondo de sus valles, meditando sin remordimiento, que nunca conoció su feroz corazón, sus pasados crímenes, y atormentando a sus esclavos y a sus indios en medio del espanto de la comarca.

Allá por 1660 su horrible existencia se extinguió entre las sombras azules de las montañas. Sólo una viejecilla apergaminada lloró sobre el cadáver execrado de Catalina Ríos, la vampiresa colonial, y oró por su alma condenada.

Era la abuela Agueda, que tenía cien años.

SANTA ROSA DE LIMA

LA DONCELLA DEL RIMAC

*“Pajarito, dulce amor,
Alabemos al Señor;
Tú alaba a tu Creador,
Yo alabo a mi Salvador...”*

La voz era dulcísima. Acompañábase de una vihuela. Era el diálogo del ruiseñor y de la santa, todos los días, cuando las sombras azuladas del anochecer se alargaban sobre las huertas silenciosas de la Ciudad de los Reyes.

Cesaba la divina canción de la doncella y el trino maravilloso del pájaro poblaba los ámbitos del crepúsculo, flotaba sobre el Rimac susurrante, perdíase en el misterio de los campanarios.

¡Rosa! ¡Rosa!

Ella no se llamaba Rosa. En un claro mes de abril

mirando volar las garzas blancas sobre las lagunas, su amantísima mujer, la cual habíale dado un hijo, el único, que debía morir ahogado en la cuna, meditó el uxoricidio.

Un grito de horror se levantó en Chile y llegó hasta el Perú. Partidas del rey fueron en busca de la sangrienta dama por los valles y riberas del Maule.

Pero el funcionario regio regresó a mitad del camino, e hizo saber al representante del monarca de España y de las Indias que: "No he podido hacer justicia porque la Real Audiencia se ha avocado la causa, y en ella los oidores tienen vínculos de sangre y parentesco con doña Catalina de los Ríos de Campofrío y Carvajal..."

¡Hasta dónde llegaba el puñal de la Quintrala!

A partir de entonces, rara vez se la volvió a ver en las calles coloniales de Santiago. Su casa de la calle del Rey permaneció deshabitada y lúgubre hasta doscientos años después.

Y ella envejecía en el fondo de sus valles, meditando sin remordimiento, que nunca conoció su feroz corazón, sus pasados crímenes, y atormentando a sus esclavos y a sus indios en medio del espanto de la comarca.

Allá por 1660 su horrible existencia se extinguió entre las sombras azules de las montañas. Sólo una viejecilla apergaminada lloró sobre el cadáver execrado de Catalina Ríos, la vampiresa colonial, y oró por su alma condenada.

Era la abuela Agueda, que tenía cien años.

SANTA ROSA DE LIMA

LA DONCELLA DEL RIMAC

*“Pajarito, dulce amor,
Alabemos al Señor;
Tú alaba a tu Creador,
Yo alabo a mi Salvador...”*

La voz era dulcísima. Acompañábase de una vihuela. Era el diálogo del ruiseñor y de la santa, todos los días, cuando las sombras azuladas del anochecer se alargaban sobre las huertas silenciosas de la Ciudad de los Reyes.

Cesaba la divina canción de la doncella y el trino maravilloso del pájaro poblaba los ámbitos del crepúsculo, flotaba sobre el Rimac susurrante, perdíase en el misterio de los campanarios.

¡Rosa! ¡Rosa!

Ella no se llamaba Rosa. En un claro mes de abril

de 1586, cerca del convento de Santo Domingo, fundado una generación antes por los frailes del conquistador Pizarro, había sido bautizada un domingo de Pentecostés por un hermano de la orden dominica. Gaspar Flores, dolorido plebeyo, y María Oliva, mujer dura y curtida en la pobreza, fueron los oscuros nombres de los que diéronle la existencia...

En su partida de bautismo, trazada penosamente por insegura mano de un proveyecto monje de hace tres centurias y media, llamábase Isabel Flores.

A los cinco años Isabel ya escuchaba y comprendía las voces misteriosas. La familia vivía al margen de la miseria. Todos en la casa eran rudos, ignorantes, cavilosos. Todos, menos ella.

Y ella, Isabel Flores, desde los días angélicos de la infancia, iluminábalos a todos con el resplandor ardiente de su corazón.

Cinco años tenía y estremecíala ya la celeste voz que parecía llamarla desde el fondo de los monasterios de Lima.

¡Rosa! ¡Rosa!

Así transcurrió la niñez y llegó la adolescencia. Las manos laboriosas y frágiles bordaban y cosían desde el alba hasta el anochecer. La voz celeste la llamaba siempre. La lengua de bronce de las campanas parecía hablarle de cosas sublimes, inmortales, en las auroras y en los ocasos de la ciudad de los naranjos. Y ella cosía y bordaba siempre, sintiendo que su alma se iba llenando de claridades misteriosas.

Así llegó a los veinte años.

Floreían los naranjos en las riberas del Rimac cuando, una mañana de septiembre de 1606, cayó de rodillas frente al anciano prior de Santo Domingo.

Era el día de San Lorenzo. Los ritos trágicos del Santo Oficio estaban silenciosos. Las palomas grises del convento volaban sobre los campanarios. Y ella,

Isabel Flores, morena y pálida, bella en su ser y miserable en su vestir, dijo:

“Nadie me conoce, padre mío. Yo sola me conozco, y no hay que discutir en esto; a mí se me ha de creer, no a los discursos, que los discursos no han de conocerme...”

La escuchaba la Inquisición, representada por los lívidos frailes; la oía el rey de España y de las Indias, por los virreinales oídos; y también bebían sus palabras los mendigos y los leprosos de Lima.

Ella proseguía su extraño discurso:

....“Porque todos han de ser para mí; mis manos han de aliviar sus llagas asquerosas, mis labios han de besar sus frentes doloridas, mis plegarias han de salvar sus almas atormentadas, mis palabras derramarán un bálsamo en sus desgarrados corazones, y ellos irán conmigo hasta El”.

Lloraban los frailes y los mendigos. Las campanas continuaban doblando, solemnes y profundas. Y entonces, en esa mañana de 1606, el inquisidor mayor de Lima dijo lo siguiente, que está consignado textualmente en el “Tesoro de las Indias”:

“Divina doncella: todo tu saber es no saber más que conocerte. Tú sola te conoces; todo tu ruido es no hacer ruido; todo tu cuidado, no dar ninguno a los de tu casa; toda la fragancia de esta Rosa es para todos; sólo las espinas son para tí”.

Había soñado desde la niñez tiernísima con ceñir el hábito blanco y negro de Santa Catalina de Sena; y lo vistió ese día en medio de sus pordioseros y sus frailes, ante el regocijo de la Iglesia y la admiración de los grandes. Habíalo ganado, después de quince años de pasión, de sacrificio, de pasión y de fe.

Desde las horas venturosas de la infancia sólo sus-

tentó su frágil cuerpo un yantar solitario, de noche: “los viernes comía cinco semillas amargas, recordando las cinco llagas del Señor; oraba durante doce horas, trabajaba diez y dormía dos...”

No hubo para ella trabajo u ocupación servil. Todos lo hacía; reemplazaba a una india, su criada, y ante ella se humillaba. Hasta a los esclavos servía. Y era la más hermosa de las doncellas que había en el Perú...

Las campanas de Santo Domingo le recordaron el eterno y celeste mensaje.

¿Quién era ella? ¿Para quién vivía Isabel Flores, a quien llamaban todos, desde el virrey hasta el último mendigo, Rosa de Santa María?

¿Cuáles eran los caminos que buscaba su alma luminosa de fe, su corazón incendiado de amor y piedad?

¡Rosa! ¡Rosa!

Marchaba hacia un ideal de perfección, con su tosco sayal de remendada estameña, con sus manos agrietadas por el trabajo, con su cuerpo ulcerado por el cilicio, con su rostro consumido por el ayuno y el insomnio.

“Extendía su mirada por el mundo, y lloraba, lloraba por el Perú, desgarrado y sangriento y por el odio y la ambición de los hijos de los conquistadores. Lloraba por Chile, cuyos indios rechazaban la Fe...”

Quiso ser misionera. No había enfermo que no curase, por repugnante que fuera. Hacía entrar en su casa — a espaldas de María Oliva y teniendo como sublime cómplice a su hermano Juan — a los pordioseros hambrientos, a los indios apestados. Su presencia detenía las tétricas patrullas de la Santa Inquisición, y libertaba a sus víctimas miserables en las callejuelas del crimen y la infamia.

¡Rosa! ¡Rosa!

Ahora, María de Oliva habíala arrojado de la casa.

¡Pobre Isabel Flores!

Ya no volvería a repetir sus melodiosos diálogos con el ruiseñor en la huerta paterna.

Pero la doncella no quedaba sola en el mundo.

La seguían y la amaban los mendigos y los ángeles, los hidalgos y los frailes, los malos y los buenos, los grandes y los humildes, y cuando fué a morir en el convento de Santo Domingo, bajo los naranjos que perfumaban las aguas azules del Rimac, sintió que mordía su divino corazón el "Epu duam" desgarrante de los indios.

Y el "Epu duam" era la duda, el doble pensamiento, el amor individual y el amor social...

¿Vivía ella para sí misma, para su amor inmortal y solitario, para su crucifijo ensangrentado; para todos los tristes, los miserables, los pobres, los perseguidos, los que humedecían con sus lágrimas las calles de Lima y arrastraban su dolor por todos los caminos de la tierra?

"¡Epu duam!"

Isabel Flores pensó entonces, sollozando de rodillas sobre las piedras de Santo Domingo, que sólo la esperaba la muerte en el dolor y las tinieblas.

¡Y así vivió quince años!

Cada vez más débil, su cuerpo marchaba hacia la fosa. Su tormento espiritual era mayor que su martirio físico. Pero las campanas le cantaban siempre el celeste mensaje de la infancia, y los risueños la llamaban en las huertas, y las palomas grises seguían volando alrededor de los campanarios.

¡Rosa, Rosa de Santa María!

Un día de agosto de 1617 sintió que las cadenas de la duda se rompían para siempre.

Llamó al rudo y abnegado hermano Juan, que la adoraba, y ahora lloraba como un niño, y le murmuró al oído:

*“Dolores de la muerte me han sitiado,
Me han ligado los lazos de la muerte...”*

Era en una celda del convento de Santo Domingo. Comenzaba a anochecer. Un ruiseñor empezó a cantar en los plátanos la divina canción de otro tiempo:

*“Pajarito, dulce amor,
Alabemos al Señor;
Tú alaba a tu Creador,
Yo alabo a mi Salvador...”*

La voz se extinguía como un celeste murmullo. En la puerta estrecha de la celda se dibujó la figura pálida y desolada de un fraile. La campana del templo derramaba sobre la ciudad de Pizarro, sobre las aguas claras del Rimac, el lamento de bronce de las Animas.

Sólo se oía, en aquél crepúsculo del Perú, el tañido solemne de la campana, el llanto desolado de Juan, el rezo monótono del fraile, y el canto cristalino del ruiseñor en la huerta.

Así murió Santa Rosa de Lima, la doncella milagrosa del Rimac.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

LA DECIMA MUSA MEXICANA

Esta monja de Méjico, cuyo nombre había de hacerse inmortal, nació en una obscura aldea llamada San Miguel de Nepantla, que menos que una aldea, era una alquería, el 12 de Noviembre de 1616. Fué bautizada en el pueblo de Acamecameca, y eran sus padres Don Pedro Manuel de Asbaje, natural de Guipúzcoa, España, e Isabel Ramírez de Cantillano, Mejicana, hija de españoles.

*“A los tres años de edad, escribe un docto fraile del siglo XVII, en ocasión de ir, a hurto de su madre, con una hermanita suya a la maestra, dió su entendimiento la primera respiración de vivir: vio que daban lección a su hermana y como si ya entonces supiera que no es mayoría en las almas el exco-
so en los años, creyóse hábil de enseñanza y pidió que también a ella le diesen lección. La maestra lo re-*

husaba, porque en el bullicio de la niña aún no era posible discernir si los yerros que pronunciare serían del pico o la rudeza, hasta que el uso la desengañó, porque a las primeras lecciones, sin haberle podido sujetar a las asperezas del deletreo, leía de corrido y al fin en dos años aprendió a leer y escribir, cantar, y las menudencias curiosas de labor blanca, éstas con tal esmero que hubieran su heredad si hubiera habido menester que fueran su tarea..."

Así escribían algunos doctos frailes españoles a principios del siglo XVII para decir que una niña, que fué después maravillosa e inspirada mujer, conocía el secreto de las letras a la tierna edad de dos años...

La mejicanita de Nepantla, al cumplir los ocho años fué llevada a Méjico "para que viviera con un abuelo suyo, y seguir con mejores medios los estudios comenzados... El bachiller Martínez de Oliva, dió certificado de que en sólo veinte lecciones de lengua latina, aprendió esta a la perfección... Con los años creció su afición al estudio, y fué pronto admirada por su saber y profundidad de conocimientos en las letras y facilidad en escribir en diversos géneros..."

Juana Inés, la aldeanita de Nepantla, "vióse elogiada por la buena sociedad mejicana, que admiraba su discreción, talento y hermosura; era admirada por todos y todos gozaban con su presencia... Su modestia era mucha, y los aplausos los recibía con frialdad y desconfianza..."

Ella, no obstante su belleza y su inteligencia, llevaba a los salones de los virreyes de Méjico, pequeñas pero orgullosas cortes coloniales, su torpeza de aldeana nacida y criada entre los indios; más de una altiva dama sonrió despectivamente ante los collares de cristal rojo y las ropas coloridamente indígenas de aquella muchacha morena, de ojos deslumbrantes, cuyo nombre no iba a morir jamás entre las mujeres

de América, cuando ellas, con su orgullo y con su nombre se hundirían en el olvido...

“Logró entrada en el palacio del virrey, que lo era en aquella sazón el marqués de Mancera; cobróle afición su esposa, pero, dudando de su labor y de la exactitud de lo que en público se decía, juntó cuarenta sujetos reputados en Méjico para que sometieran a examen a la joven poetisa. Brillante fué el éxito obtenido. Defendióse de sus censores de la manera que un galeón real se defendería de pocas faluches que lo embistiesen...”

Juana Inés debió ser una grande y admirable mujer cuando así vivió sus años juveniles, rodeada de la envidia de las nobles e ignorantes damas de su tiempo, de las agrias parlerías de la iletrada corte virreinal, de la desconfianza sutil de los religiosos...

Pero Juana Inés era una mujer superior. Decía siempre con indiscutida sinceridad: “Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sinó sólo por ver si ignoro menos... Desde que me rayó la primera luz de la razón fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que, ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas) ni propias noblezas (que he hecho no pocas) han bastado para que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí...”

Estas palabras, escritas hace trescientos años, dan una idea del temple de aquella mujer singular.

Juana Inés escribía siempre. Su alma y su sangre, su ardiente sangre de mejicana, volcábase en ríos de tinta. Los romances, antes de que ella cumpliera los veinte años, despertaban admiración y estupor en el vasto territorio de su tierra natal. El virrey aprendíase de memoria sus romances. En la penumbra de la obscura corte colonial los versos encendidos de Jua-

na Inés causaban estupor entre los necios de ambos sexos y admiración entre los inteligentes y los sensibles.

Ni la tradición ni la historia hablan de los amores de la primera de las poetisas de América. Sólo refieren los viejos cronistas que, ya en los umbrales de la madurez, “fuera por algún desengaño, o consejos de un jesuíta, determinó encerrarse en un claustro, ingresando en la Orden de San Jerónimo... Antes de ingresar en el convento, vendió entregando su producto a los pobres, su librería compuesta de más de 4.000 volúmenes, sus instrumentos de música y de ciencia, sus joyas y cuanto poseía...”

¿Qué desengaño de amor, qué melancolía otoñal arrancó a la bella e inspirada mujer de la corte virreinal, vibrante de galantes intrigas, saturada de livianos y fáciles amoríos, y la arrastró a un severo y obscuro convento cuando todavía sus ojos ardientes, su apasionado corazón, podían esperarlo todo de la pasión, del ensueño y de la vida?

Abandonados los bienes terrenales, otoñal y triste, cuando su nombre era ya una gloria mejicana, se hundió voluntariamente en el claustro. Allí, en la penumbra trágica de las ánimas y las mártires, donde mueren las almas de los libres y de los iluminados, donde sólo se escucha el severo acento de la superstición, de la ignorancia y de la disciplina religiosa, debía morir el corazón de la flamante monja, que continuaba escribiendo en la celda sus versos imperecederos:

“Estas aficiones no eran muy del agrado de la superiora del convento, que decía: “lástima es que un tan grande entendimiento de tal manera se abata en las cosas de la tierra que no desee penetrar lo que pasa en el cielo...”

¡Pobre Juana Inés!

Ella, al referirse a la superiora de los Jerónimos, escribía lo siguiente:

“Aquella devota prelada era muy santa y muy cándida; creyó que el estudio era cosa de la Inquisición, y me mandó que no estudiáse, yo le obedecí (unos tres meses que pudo ella mandar) en cuanto no poder tomar libros. En cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque no estudiaba en los libros: estudiaba en todas las cosas que Dios creó, sirviéndome ellas de letras y de libros toda esta máquina universal...”

Era entonces cuando la que debía ser llamada en ese tiempo “la décima musa mejicana”, herido su corazón por una pasión ignorada y misteriosa, escribió estos versos que nunca han de morir:

*Con el dolor de la mortal herida
De un agravio de amor me lamentaba,
Y por ver si la muerte me llegaba
Procuraba que fuere más crecida.
Todo en su mal el alma divertida,
Pena por pena su dolor sumaba;
Y en cada circunstancia ponderaba
Que sobaban mil muertes a una vida.
Y cuando el golpe vino, y otro tiro
Rendido el corazón, daba penoso
Señas de dar el último suspiro.
No sé porqué destino prodigioso
Volví en mi recuerdo y dije:— ¿qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?*

Así, en estos versos que nos llegan desde hace trescientos años, mitigaba el dolor de su pasión misteriosa la divina monja mejicana.

En las largas y sombrías noches coloniales las

na Inés causaban estupor entre los necios de ambos sexos y admiración entre los inteligentes y los sensibles.

Ni la tradición ni la historia hablan de los amores de la primera de las poetisas de América. Sólo refieren los viejos cronistas que, ya en los umbrales de la madurez, “fuera por algún desengaño, o consejos de un jesuíta, determinó encerrarse en un claustro, ingresando en la Orden de San Jerónimo... Antes de ingresar en el convento, vendió entregando su producto a los pobres, su librería compuesta de más de 4.000 volúmenes, sus instrumentos de música y de ciencia, sus joyas y cuanto poseía...”

¿Qué desengaño de amor, qué melancolía otoñal arrancó a la bella e inspirada mujer de la corte virreinal, vibrante de galantes intrigas, saturada de livianos y fáciles amoríos, y la arrastró a un severo y obscuro convento cuando todavía sus ojos ardientes, su apasionado corazón, podían esperarlo todo de la pasión, del ensueño y de la vida?

Abandonados los bienes terrenales, otoñal y triste, cuando su nombre era ya una gloria mejicana, se hundió voluntariamente en el claustro. Allí, en la penumbra trágica de las ánimas y las mártires, donde mueren las almas de los libres y de los iluminados, donde sólo se escucha el severo acento de la superstición, de la ignorancia y de la disciplina religiosa, debía necrir el corazón de la flamante monja, que continuaba escribiendo en la celda sus versos imperecederos:

“Estas aficiones no eran muy del agrado de la superiora del convento, que decía: “lástima es que un tan grande entendimiento de tal manera se abata en las cosas de la tierra que no desee penetrar lo que pasa en el cielo...”

¡Pobre Juana Inés!

Ella, al referirse a la superiora de los Jerónimos, escribía lo siguiente:

“Aquella devota prelada era muy santa y muy cándida; creyó que el estudio era cosa de la Inquisición, y me mandó que no estudiase, yo le obedecí (unos tres meses que pudo ella mandar) en cuanto no poder tomar libros. En cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque no estudiaba en los libros: estudiaba en todas las cosas que Dios creó, sirviéndome ellas de letras y de libros toda esta máquina universal...”

Era entonces cuando la que debía ser llamada en ese tiempo “la décima musa mejicana”, herido su corazón por una pasión ignorada y misteriosa, escribió estos versos que nunca han de morir:

*Con el dolor de la mortal herida
De un agravio de amor me lamentaba,
Y por ver si la muerte me llegaba
Procuraba que fuere más crecida.
Todo en su mal el alma divertida,
Pena por pena su dolor sumaba;
Y en cada circunstancia ponderaba
Que sobaban mil muertes a una vida.
Y cuando el golpe vino, y otro tiro
Rendido el corazón, daba penoso
Señas de dar el último suspiro.
No sé porqué destino prodigioso
Volví en mi recuerdo y dije:— ¿qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?*

Así, en estos versos que nos llegan desde hace trescientos años, mitigaba el dolor de su pasión misteriosa la divina monja mejicana.

En las largas y sombrías noches coloniales las

campanas de los antiguos templos de la ciudad azteca llegarían hasta la estrecha y desnuda celda de Juana Inés, quien, de rodillas en las losas, olvidada de las visiones infantiles de la aldea indígena donde había nacido, de los fastuosos salones de los virreyes donde se recitaban sus versos inmortales, seguiría escribiendo, sublime de amor humano:

*Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones veía
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses, deseaba.*

*Y amor, que mis intentos ayudaba,
Venció lo que imposible parecía,
Pues entre el llanto que el dolor vertía
El corazón deshecho destilaba.*

*Baste ya de rigores, mi bien. Baste:
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu quietud contraste
Con sombras necias, con recelos vanos,
Pues ya el líquido humor viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.*

El grito de amor de la famosa monja mejicana vibra en estos sonetos escritos de rodillas en su celda de los Jerónimos, cuando ya se había despedido para siempre del mundo apasionado y triste de la carne.

Tenía entonces más de cuarenta años, y sabía que pronto iba a morir. Sus ojos negrísimo ya no brillaban con el fuego de antaño, cuando escuchaba el canto melodioso de los sinsontes en los aleros de la alquería natal, cuando los buenos padres de las misiones españolas le contaban las visiones y los milagros de una santa que había vivido muchos años antes en las riberas luminosas del Rimac, una santa que también escribía versos y hablaba con los pájaros de Dios, y se llamaba Isa-

bel Flores, pero a quién los grandes de la tierra llamaban Santa Rosa de Lima...

Pero Sor Juana Inés de la Cruz no iba a alcanzar nunca la inmortalidad de Rosa de Santa María; su amor era demasiado humano, aunque el misterioso amante de sus versos inmortales acaso no existió jamás...

“A la edad de cuarenta y cuatro años, el 17 de Abril de 1695, de todos llorada, murió Sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa mejicana”.

CECILIA TUPAC AMARU

LA MARTIR INDIANA

Estamos en presencia de la tragedia indígena. Esta es una de las páginas más desoladas, y más sombrías en su grandeza, de la historia continental. La epopeya agonizante de la raza de los Hijos del Sol.

La figura de Cecilia Tupac Amarú pasa, espectral y ensangrentada, por las páginas de los historiadores sudamericanos. Muchos de ellos, fríos narradores de un pasado trágico y ardiente, la relegan a la penumbra, apenas la mencionan.

Yo he recogido el recuerdo doloroso de la quinta nieta del último emperador del Perú en las páginas ignoradas y amarillentas de un librito que desde hace muchísimos años, más de cien, duerme en los sótanos de la Biblioteca Nacional.

Titúlase "El dilatado cautiverio bajo el poder español". Fué publicado en 1825, en la imprenta de los Niños Expósitos.

Este obscuro folleto contiene las memorias de Juan Bautista Tupac Amarú, el desventurado hermano de José Gabriel, el descuartizado de 1780, el último inca. Juan Bautista Tupac Amarú llegó a Buenos Aires en febrero de 1823. Surgía del fondo de los presidios españoles, donde permaneció cerca de cuarenta años.

Escribió su libro, sus memorias, bajo los auspicios de Bernardino Rivadavia. Libro terrible, en verdad, en cuyas páginas breves sangra el dolor americano, revive, con caracteres punzantes, con perfiles homéricos, el martirio del indígena.

Fué el 4 de octubre de 1780 cuando José Gabriel, el descendiente directo de los incas, lanzó el grito de rebeldía contra los españoles. Los indios ya no podían más.

“La provincia de Cuzco, antigua capital del Imperio de los incas—dice Juan Bautista Tupac Amarú en sus memorias—gemía desde el tiempo de la conquista bajo el yugo tan duro como el impuesto por la mortandad de catorce millones de indios... Carlos III había enviado como comisionado real al caballero Areche, el cual, árido y cruel, agobió a la raza indígena con pesados gravámenes, con inhumanas opresiones, con crueles castigos...”

Veinticinco mil indios respondieron al llamamiento desesperado de José Gabriel, indio inteligente que servía a los opresores y atormentaba su alma con el pensamiento del envilecimiento de la raza, y soñaba siempre con la rebelión.

¡Desventurado inca!

Reducido a prisión cruel, fracasada su rebelión, traicionado, vencido, en la tragedia de Tinta, vió comenzar el martirio de su familia. La espantosa muerte del último descendiente de Atahualpa es conocida. Después de arrancarle la lengua, que sólo sabía modular el

lamento de su raza, le arrancaron los miembros, quemaron sus despojos y aventaron sus cenizas heroicas.

Sobrevino la parte principal del drama. Escuchemos las palabras de Juan Bautista, su hermano, que contaba entonces cuarenta años:

“El feroz Areche dispuso el suplicio de la esposa de José Gabriel, Micaela Bastida, en cuyas venas también corría la sangre de los incas. La degollaron en el Cuzco, luego de obligarla a presenciar el suplicio de su marido... A mi tío Diego Cristóbal Tupac Amarú, que tenía 125 años, lo hicieron morir a fuerza de azotes...”

Es aquí donde vemos aparecer a doña Cecilia Tupac Amarú. Sigue hablando el autor de las memorias:

“Mi hermana Cecilia había sido la primera india que apoyó a mi desgraciado hermano. Fué a ella a quien José Gabriel confió su propósito de sublevar a los indios contra el espantoso yugo de los crueles españoles. Esta noble y valerosa mujer, que estaba casada con un indio llamado Pedro Mendigori, fué quien ayudó a mi pobre hermano a realizar su fatal intento. Los indios de Surinama, de todos los pueblos vecinos al Cuzco, llamábanle la “ñusta”; creían que mediante su amor, su fortaleza y su fe, los indios podrían sacudirse un día de las pesadas y horribles cadenas del español, y que ella sería quien les indicara el camino victorioso del Imperio del Sol”.

Tal fué Cecilia Tupac Amarú. Sobre el fondo trágico y desolado del drama indígena, su figura bronceada de “ñusta” se perfila con caracteres sublimes.

Ella, la pobre india del Cuzco, creía en la victoria de la justicia, creía que el Dios de los hombres blancos, cuya gloria aprendiera en las escuelas de los jesuitas del Cuzco, habría de volver a sus hermanos pobres y oprimidos lo que había sido suyo...

La crueldad española, representada por el virrey

Avilés, respetó a doña Cecilia. Continuemos escuchando a Juan Bautista:

“Una vez que se hubo consumado el horrible suplicio de José Gabriel, de mi cuñada Micaela Bastida, de mi tío Diego Cristóbal, suplicio que santificó, Biblia en mano, el padre jesuita Valverde, en presencia de cuarenta mil indios, a mi hermana Cecilia — ¡heroica mujer! — y a mí nos hicieron subir en dos burros, desnudos, y así nos hicieron pasar por las calles del Cuzco, dándonos muchos azotes en las espaldas...”

Narra seguidamente don Juan Bautista los actos siguientes del martirio de la familia imperial, la marcha hacia Lima, atravesando las comarcas donde los indios gemían de impotencia y trágica pesadumbre. Luego el embarque a bordo de un velero, en el Callao, camino a los presidios de España.

“Mi noble hermana, doña Cecilia, no perdía la fe, —escribe el hermano del mártir— y en el camino exhortaba a nuestros infelices hermanos al valor y la esperanza. Decíales en el idioma de Atahualpa que sufriesen y que esperasen; que un día un Dios, que no era el Dios de los blancos ni tampoco la sombra de Manco-Capac, aparecería entre ellos para hacerlos libres y felices...”

Los restos de la familia incaica fueron embarcados en un galeón, rumbo a España. El espíritu heroico y viril de doña Cecilia, la pobre “ñusta”, no resistió aquellas fatigas tremendas. Su alma valerosa, indómita, se extinguió en la inmensidad del mar antes que el navío llegara a Cádiz. Juan Bautista, narra con frases desgarradoras la agonía de la “ñusta”, de su imperial hermana, la que inspiró el trágico ensueño de la última rebeldía indígena. Al evocarla tiene frases terribles:

“¿Será cierto, —dice— que los españoles son feroces por constitución de sus órganos?”

Después de ver arrojar al mar el cadáver de su hermana, el infeliz inca sigue su memorable viaje a España, en cuyos presidios debía permanecer desde 1782 hasta 1822.

Durante cuarenta años, la tragedia siempre está presente en su alma. A veces se pregunta, sacudiendo sus cadenas:

“He llegado a esta España que se ha empapado en lagos de sangre americana para cubrir la Europa con torrentes de oro y plata y quedarse ella pobre, ignorante y corrompida...”

Terminemos aquí las memorias desoladas del inca. Los historiadores y los cronistas nos han contado muchos veces el drama indígena.

En esta crónica sólo hemos querido referirnos a doña Cecilia Tupac Amarú, la “ñusta” heroica de 1780, la pobre india del Cuzco que creyó en la justicia, en el cristianismo, en la redención de sus humildes hermanos, y murió cargada de cadenas, después de haber presenciado el suplicio de sus hermanos, de su marido, de sus hijos, sufriendo los golpes y las injurias de los opresores, lejos de las tierras maravillosas donde un día sus antepasados, los Hijos del Sol, fundaron un dulce imperio en el cual no existía más ley que el amor, el trabajo y la libertad.

MARIA ANTONIA DE LA PAZ

LA SANTIAGUEÑA ERRANTE

Esta extraña mujer nació en un villorrio obscuro y humilde de Santiago del Estero, un caserío indio perdido entre las selvas quichuas “como una flor peregrina en medio de una campiña inculta y salvaje”.

Descendía de una familia de nobles españoles, esta flor de sacrificio y de pasión, esta María Antonia destinada a ceñir sus sienes virginales con las flores inmaculadas y ardientes de la fe.

“Reservada por Dios para una misión de penitencia y de amor, Sor María, por una clarividencia providencial, comprendía que para adquirir las perfecciones que reclamaba su apostolado necesitaba encerrarse dentro del molde de la virtud”.

Quince años contaba la santa santiagueña cuando cerró las puertas de su alma iluminada y fervorosa a los halagos de la vida mundanal. Cantaba en su cora-

zón el ensueño de Rosa de Lima, cuya divina sombra, hacía un siglo y medio, flotaba sobre las almas americanas.

No había cumplido aún los veinte años, María Antonia de la Paz Figueroa, cuando resolvió vestir un hábito de burdo paño y empuñando una cruz en sus manos frágiles de mujer empezó a predicar en los villorios y las selvas de su tierra natal la vida de penitencia que enseñara el Salvador.

“Ella convoca a los fieles de ambos sexos sin limitación, los recibe con amor, los mantiene con abundancia, los edifica con su ejemplo y la mies resulta copiosísima... Esposos discordes se unen, enemigos a muerte se reconcilian, el pecador se convierte, la gracia victoriosa triunfa hasta de la culpa inveterada...”

La santa errante, salida de las selvas santiagueñas, recorre los valles de Catamarca, áridos y taciturnos; divaga por las tierras asoleadas de Tucumán y de Córdoba; se postra en los arenales ardientes de La Rioja, entre los indios que mueren de miseria y de sed. Sus pasos serenos resuenan en los caseríos miserables de Salta y de Jujuy. Su fiebre misteriosa la arrastra de nuevo a las selvas nativas de Santiago...

Es una canción de amor y de fe que pasa estremeciendo los corazones, una aparición de milagro que turba las almas en su marcha; una voz extraña y dulcísima que sólo habla de amor, de esperanza y de perdón, en las tierras del hambre, de la sed, de la miseria y de la muerte...

“A la realización de este anhelo, no hay duda de que Dios la arrastraba. Si los hombres del mundo le cerraban sus puertas, le estaban abiertas aquellas por donde la solicitud paternal se derrama sobre el corazón de los hijos...”

Un día, la santa vagabunda llegó a Buenos Aires.

Era en el año 1779. Su ardiente y piadoso corazón estaba dolorido. La santa contaba entonces cerca de cincuenta años, y sus pies estaban fatigados, así como su corazón.

“Al llegar a esta ciudad encontró los brazos de sus habitantes extendidos para secundarla en sus santas iniciativas”.

La obra de María Antonia de la Paz Figueroa, en Buenos Aires, la ciudad virreinal donde se incubaban ya las tempestades de la libertad, fué la fundación de la Casa de Ejercicios, inaugurada en Agosto de 1780, treinta y seis años después de la expulsión de los jesuitas en el Río de la Plata.

¿Qué se proponía la extraña y fervorosa mujer con esta “Casa de Ejercicios” cuyos restos aún subsisten en Buenos Aires, la ciudad del trabajo, del amor y del porvenir? Según sus propias palabras: “la salud espiritual de las mujeres que habían comprendido el divino mensaje de Jesús”.

Los obispos americanos comunicaron al sucesor de San Pedro los ensueños de la santa argentina. Se la autorizó a fundar su extraño convento. Las gentes de fines del siglo XVIII, que estaban aprendiendo la trágica y sublime lección de la Revolución Francesa, respetaron y toleraron a Sor María Antonia de la Paz Figueroa, que predicaba la humildad, el anonadamiento, al tiempo exacto en que los discípulos de Rousseau proclamaban la igualdad y la fraternidad entre los hombres.

Pero aquellos vientos saturados de sangre y de libertad no llegaban hasta el alma fervorosa y absorta de la santa argentina, que “había llegado demasiado tarde a un mundo demasiado nuevo”.

Era dulce y sublime con su evangelio de amor y de humildad, Mas ya era pasado el siglo de Rosa de

Lima. En América, en el Río de la Plata, al culto sublime de la resignación y del sufrimiento había sucedido el ensueño palpitante del porvenir. En Buenos Aires, en las oscuras ciudades del interior, la santidad de las mujeres ya no consistía en los éxtasis divinos, ni en la esterilidad.

Las santas de 1790 eran las mujeres que concebían a los hombres de 1810 y 1816. El amor no había desaparecido en las tierras que iluminó con su presencia la dulce santa de Santiago del Estero. Ahora ser santa era ser madre. Madre de soldados, de poetas, de estadistas, de hombres que forjaban, en los yunques ardientes de la historia, las horas de hierro de la libertad, los ensueños imperecederos de la democracia.

Cuando Sor María Antonia de la Paz Figueroa llegó a Buenos Aires con la aureola luminosa de su fe, había pasado el tiempo de los santos. Las mujeres, ignorantes y sencillas, seguían creyendo en las divinas parábolas del Evangelio; continuaban rezando —como hasta hoy— las plegarias que nunca han de morir. Pero otro viento soplaba en sus corazones heroicos y apasionados: el viento del amor humano, el que perpetuaba las razas y hacía marchar los pueblos hacia su destino.

Más es justo reconocer que el misticismo de Sor María Antonia de la Paz tenía su faz humanísima. ¿No fué acaso ella quien escribió lo siguiente? :

“Veríamos desfilar doncellas a quienes el mundo había intentado calcinar, robustecidas para las luchas de las seducciones humanas con la malla de la virtud, y jóvenes un día vaivén de las pasiones desordenadas, dispuestos a subyugarlas hasta llegar a los dolores del martirio... Almas transformadas por la penitencia y el sacrificio, dejar el mundo y sus pompas entre las sombras, no fúnebres, sino alegres de una muerte placida y tranquila”.

Fuó Sor Antonia una mujer de milagros. Las leyendas fervorosas del interior cuentan todavía sus acciones sorprendentes.

Dejó un extenso testamento. Un extraño documento en el que se confunden los divinos ensueños con las humanas disposiciones. Comienza así:

“Sepan, cuantos esta carta de mi testamento y última voluntad vieren, cómo yo, María Antonia de San José, hallándome enferma en cama, creyendo en el inefable misterio de la Santísima Trinidad... he vivido y vivo, y protesto vivir y morir como católica, fiel cristiana...”

Sigue una ardiente invocación a los cielos, en largas páginas de apasionada fe.

Así murió María Antonia de la Paz Figueroa, hace ciento veinticinco años. Muchos entre el pueblo veneran aquella pasión de humildad y caridad que parecía una emanación del Evangelio.

Lima. En América, en el Río de la Plata, al culto sublime de la resignación y del sufrimiento había sucedido el ensueño palpitante del porvenir. En Buenos Aires, en las obscuras ciudades del interior, la santidad de las mujeres ya no consistía en los éxtasis divinos, ni en la esterilidad.

Las santas de 1790 eran las mujeres que concebían a los hombres de 1810 y 1816. El amor no había desaparecido en las tierras que iluminó con su presencia la dulce santa de Santiago del Estero. Ahora ser santa era ser madre. Madre de soldados, de poetas, de estadistas, de hombres que forjaban, en los yunques ardientes de la historia, las horas de hierro de la libertad, los ensueños imperecederos de la democracia.

Cuando Sor María Antonia de la Paz Figueroa llegó a Buenos Aires con la aureola luminosa de su fe, había pasado el tiempo de los santos. Las mujeres, ignorantes y sencillas, seguían creyendo en las divinas parábolas del Evangelio; continuaban rezando —como hasta hoy— las plegarias que nunca han de morir. Pero otro viento soplaba en sus corazones heroicos y apasionados: el viento del amor humano, el que perpetuaba las razas y hacía marchar los pueblos hacia su destino.

Más es justo reconocer que el misticismo de Sor María Antonia de la Paz tenía su faz humanísima. ¿No fué acaso ella quien escribió lo siguiente? :

“Veríamos desfilar doncellas a quienes el mundo había intentado calcinar, robustecidas para las luchas de las seducciones humanas con la malla de la virtud, y jóvenes un día vaivén de las pasiones desordenadas, dispuestos a subyugarlas hasta llegar a los dolores del martirio... Almas transformadas por la penitencia y el sacrificio, dejar el mundo y sus pompas entre las sombras, no fúnebres, sino alegres de una muerte placida y tranquila”.

Fué Sor Antonia una mujer de milagros. Las leyendas fervorosas del interior cuentan todavía sus acciones sorprendentes.

Dejó un extenso testamento. Un extraño documento en el que se confunden los divinos ensueños con las humanas disposiciones. Comienza así:

“Sepan, cuantos esta carta de mi testamento y última voluntad vieren, cómo yo, María Antonia de San José, hallándome enferma en cama, creyendo en el infame misterio de la Santísima Trinidad... he vivido y vivo, y protesto vivir y morir como católica, fiel cristiana...”

Sigue una ardiente invocación a los cielos, en largas páginas de apasionada fe.

Así murió María Antonia de la Paz Figueroa, hace ciento veinticinco años. Muchos entre el pueblo veneran aquella pasión de humildad y caridad que parecía una emanación del Evangelio.

POLICARPA SALABARRIETA

LA LEONA GRANADINA

Era también hija de Colombia, la cuna de Bolívar, esta "virtuosa e inmortal Policarpa", como la llaman los historiadores. Natural de Guaduas, vió la luz en Cundinamarca, en tierra india.

La vida y el martirio de la Pola, como se la conoce en las tradiciones del heroísmo americano, presenta una semejanza singular con su famosa compatriota Antonia Santos de quien también nos ocupamos en estas mismas páginas.

Policarpa Salabarrieta, cuya existencia y cuya muerte inspiró un drama al general Mitre, allá en la juventud del gran argentino, pertenecía a aquella generación de mujeres extraordinarias en cuya alma impetuosa ardía la llama imperecedera del amor nacional.

Soñaba, como Antonia Santos, con la independen-

cia de Nueva Granada. La crueldad española, la reacción realista, cubría de sangre las llanuras y los pueblos de la patria perdida.

Y ella también, la heroica Pola, se jugó su vida ardorosa y magnífica por los destinos de Colombia.

Denunciada ante el virrey Zámamo, uno de aquellos virreyes crueles y bárbaros que florecieron en América del Sud después del grito de la Independencia, las persecuciones se cebaron sobre ella.

Los feroces esbirros de Zámamo no escatimaron a la Pola un ultraje ni un tormento. El pueblo de Nueva Granada gemía de angustia impotente ante el suplicio de la sublime mujer, cuya alma no conoció un desfallecimiento en su prolongado y horrible calvario de patriota.

Bajo sus pies desnudos y ensangrentados, florecían las rosas rojas de la libertad; bajo sus ropas desgarradas, palpitaba, indómita y bravía, el alma nacional.

Policarpa Salabarrieta contaba veinticinco años cuando el bárbaro virrey firmó su sentencia de muerte.

La Pola grave y silenciosa, escuchó la sentencia sin inmutarse. Su confesor murmuró estremecido a su oído las exhortaciones inútiles y piadosas de la agonía.

Policarpa le miró con sonrisa melancólica.

—Tomad, padre mío — díjole, entregándole un papel.

Eran unos versos que escribiera a la luz lívida del alba, en el día postrero de su existencia, pues sabía que sería arcabuceada al salir el sol de Colombia.

La leyenda ha recogido estos versos de la inmortal agonizante:

“¡Granadinos, la Pola no existe!
Con la patria su muerte llorad,
Por la patria morir aprendamos
Y juremos su muerte vengar”.

Por las calles y al pie del suplicio
“¡Asesinos! —gritaba— ¡temblad!
Consumad vuestro horrible atentado,
Ya vendrá quien me habrá de vengar!”.

Y volviéndose al pueblo le dice:
“Pueblo ingrato, yo voy a expirar
Por salvar tus sagrados derechos...
¿Tanta infamia podrás tolerar?”.

“Ni el temor, ni halagüeñas promesas
Un momento me harán vacilar,
Por la patria gustosa yo muero,
¡Ah, cuán dulce es por ella expirar!”.

“De mil modos sus manos feroces
Supo el cruel implacable manchar
Con la sangre de mil inocentes
Que la patria supieron vengar”.

La de la Pola fué la agonía de una leona acorralada. Sus gritos de pasión y de ira santa hacían estremecer a sus verdugos. Desmelenada y profética, sus voces rugientes resonaban en el corazón del pueblo, que había ido a verla morir, sofocando sus roncós sollozos.

Era la primera mujer que subía al patíbulo, por el amor a la patria y a la libertad, en Nueva Granada.

No debía ser la última, no. Que la sangre imperecedera de Antonia Santos había también de humedecer el mismo cadalso donde los arcabuces ahogaron los rugidos de la heroica hija de Cundinamarca, en presencia de una muchedumbre sollozante.

El destino las unió en el martirio y en la gloria.

Pero si las heroicas cenizas de Antonia se dispersaron al viento de los valles, al pie de la montaña azul que presenció su horrible suplicio, y una piadosa cruz jamás se alzó en su sepulcro, en cambio el pueblo de Colombia humedeció con sus lágrimas ardientes el ca-

dáver ensangrentado de la Pola y manos patriotas le dieron cristiana sepultura en la tierra india donde nació y donde viviera las horas de su calvario.

Y fueron esas mismas manos las que escribieron en la losa de la leona muerta la siguiente inscripción:

“Policarpa Salabarieta”.

“Yace por salvar la patria”.

ANTONIA SANTOS

LA TRAICIONADA DE COLOMBIA

La sombra heroica y doliente de Antonia Santos vive aún, a través del tiempo, en las leyendas del martirio de Colombia. Colombia llamábase entonces Nueva Granada, y eran los días gloriosos y terribles en que América combatía contra las huestes de Fernando VII.

Antonia Santos había nacido en el humilde pueblo de Caharalá; pero habíase ido a vivir y a cumplir su misión de heroísmo, en la ciudad del Socorro, departamento de Boyacá, cerca de las riberas tranquilas del Suárez, en la falda azul de una montaña, una ciudad pequeña y obscura, a la que adormecían las campanas solemnes y profundas del convento de los Capuchinos.

Contaba Antonia treinta y cinco años en 1817. Era una mujer hermosa, de facciones americanas, ojos oscuros y profundos en los que ardía una llama inmortal.

Días terribles eran, en verdad, aquellos de 1817.

Los patriotas de Colombia, los granadinos, luchaban con valor y morían con dignidad. La sangre de Policarpa Salabarrieta, de Caldas, de Lozano, había sellado el martirio de aquel pueblo que soñaba con la independencia, alcanzada un instante y perdida luego bajo un río de sangre. Morillo, el cruel español, y sus legiones, recorrían el suelo de Nueva Granada sembrándolo de cadáveres.

Pero el intrépido corazón de Antonia Santos, no desfallecía al pie de las horcas donde se balanceaban los cuerpos de los mártires.

Era ella el numen de la última guerrilla que quedaba en Colombia. Un diminuto ejército de quinientos hombres, una heroica montonera que continuaba combatiendo por la libertad sobre el suelo ensangrentado de la tierra natal. Dueña de una gran fortuna, Antonia la había sacrificado sin vacilar para armar aquella legión indómita y solitaria.

Sus ojos ardientes seguían a los guerrilleros, por los llanos y los valles. “Sus cartas, llenas del fuego sagrado —dice un historiador,— entusiasmaban a los últimos patriotas”. La historia ha recogido una de esas misivas ardientes:

Queridos amigos: Envío a ustedes carne y doscientos pesos en plata de cruz, que les entregará como antes, Juan. Pronto les mandaré más. No desmayen ustedes, por Dios, que en todas partes continúan peleando. La isla Margarita ha sido atacada por Morillo; pero, después de un mes de ataques inútiles, tuvo que volverse a la costa firme. Los patriotas se adueñaron de la Guayana, y la causa de su amo Fernando estaba en mal estado. Dios nos sigue protegiendo, pues. Constancia y valor, mis queridos amigos. Dios los protege siempre. Su amiga de corazón. — Antonia Santos.

Por espacio de largo tiempo el fuego de la heroína

animaba a la errante banda de los últimos paladines, por los llanos ensangrentados de Nueva Granada. Las exhortaciones ardientes y viriles de la épica mujer hacían florecer rosas de heroísmo en los corazones de los guerrerillos. Muchos iban desapareciendo, ahorcados, arcabuceados, desterrados a los climas de la fiebre y de la muerte.

Pero la pasión de Antonia Santos ardía siempre en las almas de los que quedaban.

Hasta que un día, para vergüenza de los hombres, un amigo la traicionó. Su infamia sigue viviendo en los pliegues de la historia. El miserable se presentó ante el cruel gobernador Fominaya y delató a la heroína.

Un oficial y varios soldados españoles se presentaron a prenderla, en la humilde hacienda donde Antonia tenía encendida la hoguera sagrada del amor patrio, donde soñaba sus sueños de libertad.

Fué entonces cuando Antonia Santos se hizo inmortal.

—Revele usted, señora, los nombres de los guerrilleros y quedará libre...

Antonia palideció.

—En caso contrario, usted debe morir.

Antonia pidió unas horas para reflexionar. Envió en busca de su confesor.

—Padre mío —díjole,—¿si callo los nombres de mis amigos, Dios considerará que cometo un suicidio?

—No, hija mía —respondió el padre:— Dios recompensará tu silencio y tu muerte, en el paraíso, porque, vas a morir por la libertad.

Al día siguiente fué el suplicio. La mañana era fría, tempestuosa. Se oyó un redoble de tambores y salió Antonia Santos en medio de muchos soldados. Acompañábala su confesor, llevando un crucifijo de plata en la diestra. Vestía Antonia un sencillo traje negro, y llevaba sus mejores joyas.

Estaba mortalmente pálida, pero alzaba con orgullo la hermosa y arrogante cabeza. Todos lloraban, los hombres, las mujeres, que se apiñaban sollozando en la plaza del Socorro.

Antonia Santos, con manos que no temblaban, atóse un pañuelo a los pies, para que en las convulsiones de la agonía sus ropas no dejaran al descubierto sus miembros. Era el pudor de la muerte...

Luego levantó nuevamente la cabeza. Un rayo de sol desgarró las nubes. Sus ojos ardientes y profundos contemplaron las aguas serenas y claras del Suárez, se pasearon por la falda azul de la montaña. Parecíale ver el cielo abierto, y creyó que Dios, desde la altura, la llamaba con palabras de amor y de perdón.

Fué en ese instante de arrobamiento sublime, de fe magnífica cuando sus labios pronunciaron palabras postreras, que resonaron en las almas de todos los que la rodearon, bajo el cielo de Colombia:

—¡Voy a morir; pero la libertad no morirá jamás!

El estrépito de la descarga despertó ecos lúgubres en la montaña azul. Diríase que hasta las aguas transparentes del Suárez, que habían reflejado los sueños y ahora reflejaban la agonía de la heroína, se detenían un instante para ver pasar el alma de Antonia Santos hacia la inmortalidad.

ROSARIO ROSALES

LA CORDELIA CHILENA

Este nombre femenino que arrancamos hoy al olvido es el de una mujer que amó mucho.

No fué Rosario Rosales una heroína de batallas. Su dulcísima sombra no evoca el trágico esplendor de las epopeyas, ni su hermosa cabeza juvenil ciñó el casco de las amazonas.

Rosario Rosales era natural de Chile.

Morena y frágil, nada hacía sospechar en aquella débil y bella mujer los tesoros de amor y energía que guardaba en el fondo de su alma.

Soplaban sobre los valles chilenos los vientos tempestuosos de la lucha por la libertad.

La noche terrible de Rancagua acababa de ensombrecer la tierra de O'Higgins. Diríase que el frío y el desaliento de la derrota hacían caer las espadas de las manos de los paladines, bajo la mirada de los cóndores

taciturnos, silenciosos testigos de la epopeya que se desarrollaba en las profundidades de la cordillera, campo de batalla de piedra, donde hormigueaban las legiones del héroe.

Rosario vivía con su padre, don Juan E. Rosales, un anciano de sesenta años cuyo corazón fatigado pero indómito sólo latía por la libertad. Las espadas de los húsares españoles resonaban en las calles de las ciudades de Chile.

¡Rancagua!

Esa alba trágica, Rosario sorprendió a su padre llorando. Lágrimas ardientes y viriles humedecían las rugosas mejillas del patriota sexagenario.

—La patria ha muerto otra vez, hija mía, —exclamó alzando los cansados ojos hacia el cielo sombrío de aquel día lúgubre para los destinos americanos.

Rosario estrechó amorosamente la cabeza blanca del patriota.

—Volverá a renacer, padre mío —dijo con voz trémula de ternura.

Al día siguiente un piquete de soldados del virrey se presentó en la casa de don Juan E. Rosales. Un sargento exhibió una orden, y Rosario creyó que iba a morir.

—¡Se lo llevan! —gimió— ¡Se lo llevan!

Era verdad. Rosales, junto con otros veinte patriotas, era desterrado a la isla de Juan Fernández, el presidio chileno del Pacífico.

Le colocaron cadenas. El dolor sin nombre de Rosario hacía estremecer a los rudos dragones del virrey. La desdichada mojaba con sus lágrimas las cadenas, besaba con pasión la frente rugosa y serena del anciano, se prendía desesperadamente a sus ropas.

Los soldados, conmovidos pero implacables, sacaron a Rosales de la casa. En la ancha bahía de Valpa-

raíso balanceábase un barco, un velero de maderas despintadas. En la cubierta hacinábanse ya los otros diez y nueve desterrados, encadenados y silenciosos.

—¡No me lo lleven! ¡No me lo lleven!

Con sus cabellos y las ropas en desorden, trágica de angustia, enloquecida de dolor, Rosario se abrazaba a las rodillas de su padre, en el muelle. Tuvieron que separados a la fuerza. El lúgubre navío había levantado anclas, y sus grandes velas parduzcas se hinchaban al viento.

Alejábase el barco, en medio del sordo sollozo de la marea. El sargento y los soldados, cumplida su misión, se alejaron rumbo al cuartel. Un grupo de hombres y mujeres, entre los que había varios indios araucanos, miraban estúpidamente a aquella muchacha que gemía retorciéndose en el suelo, con los ojos fijos en el buque que se hacía cada vez más distante, cada vez más borroso, bajo el soplo del viento que venía del mar.

Los indios se aburrieron de verla llorar y se fueron también.

—Señorita Rosario...

La desventurada apartó la mirada del buque. Vió de pie junto a ella a un hombre muy alto, de ojos azules y rubias patillas. Vestía un uniforme oscuro de marino, cubierto de oro. Era Sir Thomas Staines, comandante de la fragata inglesa "Britana".

—Mi padre... —balbuceó ella, mesándose los hermosos y abundantes cabellos.

—Sí, ya lo sé... Se lo han llevado a Juan Fernández, por orden del virrey.

Rompió a llorar nuevamente. El marino quedó meditabundo. El sabía lo que significaba la vida en aquel presidio solitario del océano para el patriota de sesenta años; la soledad, el frío, la muerte...

Después de una pausa tomó dulcemente las manos frágiles y febriles de Rosario.

—¿Usted quiere ir con él?— preguntó, con acento conmovido, en su español trabajoso, brillándole extrañamente los claros ojos azules.

Varios días después Rosario Rosales desembarcaba en la isla donde vivió Robinson Crusoe, o Alejandro Selkirk, hacía un siglo y medio. Era la primera vez que una mujer pisaba aquellas salvajes y solitarias riberas.

Los desterrados mirábanla con emoción profunda. Desde el día en que la fragata de Sir Thomas Staines anclara junto a Juan Fernández, el presidio tendría un ángel tutelar; en el peñón solitario se alzaría una canción de amor, arrullada por el suspiro eterno del Pacífico.

Pasaron los meses. Un día don Juan Rosales habló así a su hija:

—No debes quedarte, Rosario... Esta vida no es para ti. Dios sabe que no podría vivir sin ti. Pero sería un crimen tenerte. Vuelve a Chile...

La heroína lo abrazó apasionadamente.

—No, padre mío... No puedo separarme de usted... El pensamiento sólo de abandonarlo es menos soportable que la muerte...

Y Rosario Rosales se quedó. Se quedó hasta que un día los clarines del Libertador vinieron sobre el Pacífico, desde las montañas lejanas, y los desterrados de Juan Fernández vieron desvanecerse para siempre las tinieblas de Rancagua.

Tal fué el amor de Rosario Rosales, la dulce Cordelia chilena, que supo endulzar las horas amargas y terribles de aquel viejo, pobre y triste como el rey Lear, que soñó con la libertad de su tierra americana.

\

TERESA SOLARENA

LA LOCA DE LA GUARDIA

Teresa Solarena es el numen de la epopeya libertadora del Pacífico. Su extraña y desgarrada figura aparece en el resplandor de los vivacs con los contornos de un símbolo. Los cóndores revuelan sobre su desmelenada cabeza de alucinada, y las palomas de la montaña se posan sobre sus hombros.

Surgida de un obscuro y odioso drama de traición y de crueldad, en las calles coloniales de Santiago de Chile, la demente heroína vaga como un espíritu por las hondonadas de los Andes, lanzando sus voces ardientes y terribles al viento de las cumbres.

Teresa Solarena pertenecía a una excelente familia santiaguina. El ensueño de la libertad abrasaba su alma de americana. Su novio, un guerrerillo chileno, estaba en armas contra España.

Pesaban todavía sobre la tierra de O'Higgins las tinieblas sangrientas de Rancagua.

Eran los años feroces de la restauración realista. El Tribunal de Vigilancia y Seguridad Pública, a cuyo frente hallábase la siniestra figura del ex fraile dominico San Bruno convertido en militar y verdugo, perseguía a los "insurgentes" con saña despiadada. El ex fraile, especie de Torquemada realista, crucificaba a los patriotas con afán implacable.

La hermana de Teresa Solarena, cuyo esposo, patriota ha caído bajo las garras crueles de San Bruno, presa de criminal pasión, rueda a los brazos del miserable y contribuye a la muerte del novio de Teresa, cobardemente asesinado por los esbirros del temido Tribunal.

Desde entonces una locura extraña, una demencia singular, arrastra a la pobre mujer. Seguida por una bandada de aves domésticas, atraviesa, infatigable, las soledades de la Cordillera. Las patrullas errantes la divisan en las claridades azules del amanecer:

—Es "la loca de la Guardia"... — dicen.

Teresa Solarena, en sus andares misteriosos, en sus correrías inexplicables, llega hasta las avanzadas argentinas. Su lenguaje misterioso inspira cavilaciones sagaces a los paladines de San Martín. Habla ella de los lagartos y de los cóndores. Los primeros son los realistas; los segundos los soldados de la epopeya.

Nadie conoce mejor que la pobre loca de amor los senderos inaccesibles de la montaña. Los atraviesa en la noche, bajo la nevada de plata de la luna; los cruza en el alba al rumor distante de los campamentos semidormidos. Y la pasión de su venganza la arrastra siempre... ¡Ah, el día que los cóndores descendían de las cumbres para devorar a los lagartos en los valles!

¡San Bruno! ¡San Bruno!

Este es el grito desesperado de su odio sobrehumano. Teresa Solarena, en medio de las tinieblas de su razón, sólo vive para vengar la muerte del insurgente. Ella será quién guíe a los cóndores por los vericuetos de los Andes, para que caigan sobre la guarida de los lagartos.

Chile gime todavía, desde hace tres años, bajo la negra sombra del Marcó del Pont y la espada ensangrentada del ex fraile. Pero la noche prolongada de Rancagua se desvanece ya: a lo lejos, por el lado donde azulean las cumbres inmóviles, adivínase, presíntese, el alba luminosa de Chacabuco.

Las palomas que vuelan sobre la cabeza de la demente, cuando pasa, andrajosa y extática, por las viejas calles de Santiago, cuando se hunde en las fragosidades de la Cordillera, cuando aparece y desaparece bruscamente en los campamentos, son los Espíritus Santos de la Libertad.

“La loca de la Guardia”, es el símbolo de la epopeya americana. Los ojos inescrutables y profundos del Héroe, las pupilas ardientes de San Martín, parecen descifrar en sus labios cárdenos el secreto prodigioso de la Victoria.

Después...

Es el amanecer. Las tropas del Rey han huído, desbandadas en la derrota. Teresa Solarena, estrechando contra su regazo consumido de febriciente la cabeza de su novio, descubre al miserable San Bruno oculto bajo un montón de maíz.

En Chile ha desaparecido el terror de tres años. El viento que trajeron las banderas argentinas desde lo alto de las cumbres mueve los cadáveres de los verdugos en las horcas de Santiago.

¿Y Teresa?

El símbolo se completa. Herida de un balazo, cura al cabo de mucho tiempo. La luz vuelve a su pobre

cabeza apasionada y dolorida. La "loca de la Guardia" vive para asistir al nacimiento de la libertad, y para presenciar el romance de amor del general Necochea, el Murat argentino.

Así la evoca uno de los más grandes historiadores argentinos (1), que conoció en su juventud a guerreros de la Independencia que trataron a la desventurada Teresa, como los generales Pico, Dehesa y Las Heras.

El general Dehesa la recordaba, sesenta años más tarde, en los términos siguientes:

"En la noche del 2 de febrero de 1816 encontré a una mujer de unos 25 años que trataba de introducirse en la avanzada de mi mando. Parecía lunática o loca por la extravagancia de sus miradas y las señas con que parecía querer indicar un peligro cercano. Creyósele un espía. Pero puesta en presencia de D. Justo Estay, (un chileno del Sur) experto vaqueano de la cordillera, se arrojó en sus brazos con extremos de una naturaleza delirante, y fué reconocida como perteneciente a una conocida familia de Rancagua que había sufrido todos los horrores del asalto... Esta mujer, que luego recobró la razón, prestó importantísimos servicios al ejército de los Andes. De noche nadie sabía donde estaba, pero cuando tenía que comunicar algo a los patriotas, se presentaba antes de diana. Todos la respetaban, a la pobre demente que paseaba sus delirios por los valles y las montañas, seguida de sus aves...".

(1) V. F. López, Historia de la República Argentina, vol. VI, cap. XI, págs. 675 y siguientes. — N. del A.

MANUELA PEDRAZA

LA SARGENTA DE LAS INVASIONES INGLESAS

El alma humildísima de esta mujer del pueblo, — cuyo nombre ha fijado en una calle la gratitud nacional — resplandeció en las horas inmortales y lejanas de 1806. Suena el nombre de la obscura tucumana en medio del épico tumulto de la primera invasión inglesa, perfilando su áspera figura en medio de las multitudes desordenadas de la Defensa.

Los confusos relatos del pasado secular no nos dicen el origen de Manuela. ¿Acaso los pobres tienen origen?... Vino a la ciudad del penúltimo virrey, seguramente, en una de las lentas carretas que transportaban cueros, mieles, abogados, ponchos y licenciados, desde las dulces tierras de Córdoba del Tucumán a la ciudad de don Juan de Garay.

En los primeros años del siglo grande venos a la pobre Manuela perdida en el remolino del vivir virrei-

cabeza apasionada y dolorida. La "loca de la Guardia" vive para asistir al nacimiento de la libertad, y para presenciar el romance de amor del general Necochea, el Murat argentino.

Así la evoca uno de los más grandes historiadores argentinos (1), que conoció en su juventud a guerreros de la Independencia que trataron a la desventurada Teresa, como los generales Pico, Dehesa y Las Heras.

El general Dehesa la recordaba, sesenta años más tarde, en los términos siguientes:

"En la noche del 2 de febrero de 1816 encontré a una mujer de unos 25 años que trataba de introducirse en la avanzada de mi mando. Parecía lunática o loca por la extraganvia de sus miradas y las señas con que parecía querer indicar un peligro cercano. Creyósele un espía. Pero puesta en presencia de D. Justo Estay, (un chileno del Sur) experto vaqueano de la cordillera, se arrojó en sus brazos con extremos de una naturaleza delirante, y fué reconocida como perteneciente a una conocida familia de Rancagua que había sufrido todos los horrores del asalto... Esta mujer, que luego recobró la razón, prestó importantísimos servicios al ejército de los Andes. De noche nadie sabía donde estaba, pero cuando tenía que comunicar algo a los patriotas, se presentaba antes de diana. Todos la respetaban, a la pobre demente que paseaba sus delirios por los valles y las montañas, seguida de sus aves...".

(1) V. F. López, Historia de la República Argentina, vol. VI, cap. XI, págs. 675 y siguientes. — N. del A.

MANUELA PEDRAZA

LA SARGENTA DE LAS INVASIONES INGLESAS

El alma humildísima de esta mujer del pueblo, — cuyo nombre ha fijado en una calle la gratitud nacional — resplandeció en las horas inmortales y lejanas de 1806. Suena el nombre de la obscura tucumana en medio del épico tumulto de la primera invasión inglesa, perfilando su áspera figura en medio de las multitudes desordenadas de la Defensa.

Los confusos relatos del pasado secular no nos dicen el origen de Manuela. ¿Acaso los pobres tienen origen?... Vino a la ciudad del penúltimo virrey, seguramente, en una de las lentas carretas que transportaban cueros, mieles, abogados, ponchos y licenciados, desde las dulces tierras de Córdoba del Tucumán a la ciudad de don Juan de Garay.

En los primeros años del siglo grande vemos a la pobre Manuela perdida en el remolino del vivir virrei-

nal, con su candor lugareño, su asombro de campesina, su astucia nativa. Buenos Aires era, en aquel tiempo lejano, ciudad de españolas tradiciones, de casas con techos de tejas, de alcaldes y corregidores. El pueblo de la epopeya, la multitud criolla, recién estaba formándose. Los anhelos de la nacionalidad todavía no balbuceaban.

La invasión inglesa sirvió para despertar el alma popular. La llegada de los soldados, ataviados de rojo que avanzaban sobre Buenos Aires, desde las orillas pantanosas de Quilmes, sonando sus triunfales marchas militares, fué un toque de clarín para el alma americana.

Consumado el primer acto del drama, terminadas las escenas épicas de 1806, la entrada victoriosa del extranjero en medio de la resistencia viril de la población entera, sobrevino la reacción.

El soberbio virrey había huído. Los soldados de Inglaterra dominaban la ciudad. El pabellón de Carlos IV ya no ondulaba sobre el fuerte. Criollos y españoles, humillados, pero altivos, urdían conspiraciones. . .

Fué en esas horas dramáticas cuando surgió la figura arrebatada de Manuela Pedraza, la más humilde, la más oscura de las heroínas americanas.

Se la ve en el atrio de Santo Domingo —el inmortal convento,— durante las jornadas penosas y trágicas; más tarde aparece en las turbas de la calle que hoy se llama Reconquista, bravía y descompuesta como una de aquellas leonas parisienses del barrio de Saint-Antoine que ayudaron a tomar la Bastilla.

Conocíala el pueblo. El ejemplo de la leona criolla prendió una chispa de heroísmo en el pecho popular.

¡Manuela la tucumana!

A través de los episodios de las invasiones, se la

ve aparecer muchas veces, siempre varonil y tumultuosa, arrebatando con su gesto a las turbas.

Fué ella, Manuela la Tucumana, quien asistió, feliz y entusiasta, a la rendición de la espada del invasor, en 1807, y fué la mano áspera de Manuela la que estrechó conmovido don Hilarión de la Quintana cuando fué a hacer entrega del arma a Liniers, el héroe de aquellas inmortales jornadas, en presencia del pueblo rumoroso de Buenos Aires...

Después de aquellos años imperecederos, la figura de Manuela se esfuma. Desaparece en medio del drama creciente de los acontecimientos.

En 1808, cuando los primeros estremecimientos de la epopeya sacuden al pueblo de Buenos Aires, su nombre, su voz y su recuerdo han pasado al olvido. Ya nadie piensa en la apasionada e inquieta provinciana que recorría las calles animadas de ira ardiente, trágica de rebeldía, incitando a las turbas a levantarse contra los invasores.

La gloria de Manuela comienza en 1806 y termina en 1807.

Fué una figura fugitiva, una de esas heroínas humildes, pero inspiradas, que surgen en los momentos tempestuosos de la historia y que desaparecen enseguida.

¡Heroica y obscura mujer de Tucumán!

Una vez que las tempestades del tiempo y de la historia hubieron pasado; una vez que los sueños grandiosos y heroicos hubieron triunfado; con el correr de las edades, de las generaciones, su nombre fué arrebatado al olvido. Su sombra humilde fué arrancada a las brumas del tiempo, y su figura hoy se presenta a los descendientes del pasado como un ejemplo.

Nadie sabe dónde fué a morir Manuela la Tucumana.

Ningún historiador ni rebuscador de tradiciones

nos ha contado cual fué el destino final de la famosa provinciana.

Pero nosotros, que creemos en la justicia de la historia, queremos creer que vivió muchos años. Queremos creer que las voces de 1810, de 1813, de 1816 llegaron hasta el corazón varonil de Manuela y le dijeron que el sacrificio de 1806, que sus esfuerzos de 1807 no habían sido estériles...

Acaso su último ensueño de gloria fué pensar que el acta de la Independencia nacional, la carta de las libertades argentinas, había nacido bajo el cielo de la tierra que la había visto nacer, en aquella tierra lejana y asoleada de Tucumán, que abandonó un día distante, en una lenta y crugiente carreta, para venir a presenciar y ser protagonista de uno de los dramas imperecederos de la epopeya americana.

Esta fué la gloria de Manuela Pedraza, la Tucumana.

MANUELA SAENZ

LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR

La estrella de Simón Bolívar, aquella que pareció nublarse siete años antes, cuando el fugitivo de Jamaica iniciaba su carrera militar de desastre en desastre, brillaba refulgente en 1822 cuando conoció a Manuela Sáenz. Era ahora el héroe de Boyacá, de Carabobo, de Pichincha, aclamado por tres pueblos que veían en el soñador de Caracas a su libertador.

¡Manuela Sáenz!

Era una mujer morena, de estatura esbelta, “dotada de un valor y bizarría que muchos capitanes de Bolívar hubieran envidiado.”

Amó al héroe con una pasión que debía prolongarse veinte y cinco años después de la muerte de éste. Le seguía a todas partes, en las arduas peregrinaciones de su gloria, vestida con un extraño traje, con

holgados pantalones de lienzo blanco y una guerrera roja con galones de oro.

“Lo más notable en ella, dice el escritor chileno Barros Arana, era su despreocupación por los convencionalismos sociales, que supo hermanar con una bondad inalterable, despreocupación que demostró abandonando a su marido, el médico inglés James Thorne para seguir la suerte del Libertador, a quien amó siempre, a pesar de sus infidelidades y desvíos...”

Bolívar era el hombre de los innumerables amores. A lo largo de su existencia tumultuosa que debía terminar tristemente a los cuarenta y cinco años, muchas fueron las mujeres que conmovieron su ardiente corazón de hijo del trópico.

Pero en los brazos fieles de Manuela Sáenz; de Manolita Madroño, la pequeña aldeana de Huaylas con la cual jugó al amor entre dos batallas, para olvidarla enseguida; de tantas otras que encendieron su vida pasional y sentimental, Simón Bolívar no debía olvidar nunca a Teresa Toro, la novia de quince años, con la cual se casó en Madrid, allá en su adolescencia, y trajo a su tierra de Venezuela para verla morir de fiebre amarilla un año después.

Bolívar tenía entonces diez y nueve años. Era en 1803. No se olvidó jamás de Teresa, ni aún en aquella mañana de veinte años más tarde, cuando sus ojos se detuvieron en el bello y moreno semblante de la mujer que debía amarle con pasión más allá de la tumba.

En 1822, cuando el destino puso frente a frente a Manuela Sáenz y a Simón Bolívar, éste acababa de sellar la libertad de la tierra ecuatoriana en el campo ensangrentado de Pichincha. Nunca su estrella prodigiosa había brillado con fulgores más deslumbrantes en las riberas del Caribe y del Pacífico.

Le esperaba todavía la gloria definitiva de Junín.

En la tregua de las batallas, en el hastío de los

ídilios pasajeros, Bolívar volvía siempre a los brazos de Manuela Sáenz, que le esperaba siempre sin un reproche y sin una lágrima. Y el héroe del Norte, olvidándose por unos instantes de su ambición, de su orgullo, de su gloria, besaba dulcemente los negros cabellos de la mujer que todo lo había abandonado por él, y le decía al oído palabras apasionadas que caían como un bálsamo de amor sobre el corazón de "la libertadora".

En 1828 las campañas militares por la independencia habían llegado a su término. La última bandera española había sido arriada en la fortaleza del Callao. Cuatro naciones habían nacido a la vida de la libertad bajo la espada del inmortal venezolano: su tierra natal, Colombia, Ecuador, Bolivia. San Martín, el libertador del Sur, consumada la libertad del Perú, se había despedido para siempre en Guayaquil.

Ahora, otro grandioso ensueño animaba el espíritu ardiente de Bolívar: el ensueño de la Gran Colombia, constituida por las tres naciones que le debían su independencia en el Norte. Pero este ensueño no iba a realizarse jamás...

Manuela Sáenz, que escuchara en los insomnios del héroe las visiones del "delirio en el Chimborazo", vió llegar una noche a un grupo de oficiales conjurados que venían a dar muerte a Bolívar. Los puñales de 1828 se alzaron sobre el pecho del libertador. Al regresar de su gesta homérica del Alto y Bajo Perú, parecía haber olvidado, en su soberbia delirante, el juramento ante el Monte Sacro, allá en Roma, en su lejana juventud y las palabras solemnes que un día dirigiera a los colombianos:

"Yo soy ese desconocido de la patria misma, uno de vuestros hermanos de Caracas, y he venido a redimiros..."

Ahora, Simón Bolívar era un absolutista. Y los

pueblos, cuya todavía indecisa nacionalidad acababa de nacer en los campos de batalla, amaban a los héroes, pero repudiaban a los tiranos...

—¡Simón, vienen a matarte!

El grito desgarrador de Manuela Sáenz resonó en la casona colonial en el silencio de la noche, despertó bruscamente de su ligero sueño al vencedor de Junín.

—¡Huye, Simón, por amor de Dios!

Sus manos firmes ciñeron la casaca del héroe, lo condujeron hasta una ventana que se abría sobre una angosta y oscura callejuela.

—¡Huye!

En el interior de la casa se oían los pasos y las voces de los conjurados:

—¿Dónde está el tirano de Colombia?

Bolívar saltó en las tinieblas, mientras Manuela Sáenz, que desde ese día fué llamada “la libertadora”, hacía frente a los asesinos, que se retiraron luego de registrar hasta el último rincón de la casona.

Al día siguiente se alzaron los patibulos en las plazas de Bogotá, como en los días terribles de los últimos virreyes...

Pasaron dos años más. Bolívar, enfermo, desengañado, partió hacia el olvido y hacia la muerte.

Manuela Sáenz lo seguía como una apasionada sombra. Sus caricias ardientes no lograban desvanecer los sombríos y melancólicos pensamientos del héroe caído. Por las noches, cuando él dormía sus sueños inquietos y febriles, los negros ojos de “la libertadora” se clavaban en el rostro demacrado de su amante, y las calientes lágrimas corrían por sus mejillas. Aquel hombre, flaco, devorado por la fiebre y la tristeza, aquel pobre enfermo que deliraba entre sus brazos, no era el Bolívar de Boyacá, de Carabobo, de Bomboná, de Pichincha, de Junín, de Ayacucho. No era el Bolívar de la gloria que ella había conocido y amado ocho años

antes: era ahora el Bolívar del dolor. Por eso "la libertadora" lo amaba más...

Lo miraba dormir, agitado por sueños extraños, en las noches postreras de Santa Marta, donde Bolívar había ido a esconder su agonía. Porque el héroe había querido morir en tierra colombiana, arrullado por el murmullo eterno del Pacífico. Y en aquellos últimos delirios, Bolívar creía escuchar el clamor lejano de las batallas, el rumor de las selvas inmensas, las voces de los grandes ríos tropicales, la palpitación misteriosa de las montañas donde habían combatido sus legiones victoriosas, y Manuela Sáenz bebía, sollozando, las lágrimas de fuego de su libertador moribundo...

Una noche de 1830 Simón Bolívar murió en los brazos de Manuela Sáenz. Ella, transfigurada de dolor y de pasión, creyó que también iba a morir. Pero "la libertadora" debía sobrevivir cerca de veinticinco años al hombre de su destino: debía vivir para asistir a su apoteosis, para ver su nombre escrito entre los grandes de la humanidad.

Veinte años después de la muerte de Bolívar, en el oscuro rincón de Paita, donde esperaba la muerte en medio de sus recuerdos, un hombre rubio, de cabellos rojizos y ojos claros, fué a visitarla en su aislamiento.

Le habló de la gloria de Bolívar, de aquellos amores cuya leyenda iba a recoger la historia, y partió, después de besar la mano ya rugosa y trémula de "la libertadora". En sus "Memorias", aquel hombre, muchos años más tarde, escribiría lo siguiente: "Doña Manuela Sáenz era la más graciosa y gentil mujer que yo vi jamás..."

Aquel visitante de largos cabellos rojos y ojos claros era Garibaldi.

PEPITA GAINZA y MARIANA SOLANDA

LOS DOS AMORES DEL MARISCAL SUCRE

Dos generaciones de los Sucre debían dar su sangre a la causa de la libertad americana, desde aquél comandante Vicente Sucre, que abandonó las banderas españolas para incorporarse a los ejércitos patriotas después de las matanzas de Monteverde, hasta el último hermano del héroe.

José Antonio Sucre, que nació en Cumaná, Venezuela, en 1794, no tenía aún diez y siete años cuando se oyó el clamor de los libertadores. Era en 1811. Ardía, como una hoguera inmensa, la guerra de la Independencia. Las ciudades estaban convertidas en campamentos y legiones criollas marchaban por los caminos del Norte y del Sur.

¡Qué extraños y terribles pensamientos debieron arder en el cerebro del futuro vencedor de Ayacucho al pié de los patíbulos donde se desangraban sus her-

manos: Pedro, la primera víctima; Vicente, Francisco, fusilado en Cariaco; Carlos asesinado en la fatídica ribera del Güiria!

¿Pensó acaso, en medio su gloria, entre el fragor de las batallas, que él también había de morir así, bajo el puñal de los asesinos, en una encrucijada de su gesta?

La mirada penetrante de Bolívar seguía a Sucre a lo largo de sus hazañas. Grados y honores llovían sobre el héroe juvenil después de cada batalla. Porque el destino de José Antonio Sucre fué vivir y morir en medio de la muerte y de la sangre, y de la gloria.

Desde el Caribe hasta el Pacífico, desde el Orinoco hasta el Titicaca, iba jaloneando las jornadas de la epopeya. Apure. Boyacá, Carabobo, no eran más que los ecos de sus dianas.

Allá iba con sus legiones por los inmensos ríos, por los profundos valles de Colombia, por las soledades hurañas de las montañas indias. Llegaban hasta sus vigas los clamores gloriosos de Chile y del Perú. Y acaso se olvidaba de los cadalsos para soñar con la aurora de Pichincha.

Una mañana Sucre llegó a Guayaquil. Iba en busca de los ejércitos del Rey. Repicaban las campanas de las viejas iglesias coloniales; lo aclamaba la multitud. Las morenas guayaquileñas arrojaban flores a su paso. Una rosa hirió su mejilla, y al levantar los ojos, vió el héroe unos ojos negríssimos que lo miraban fijamente desde un balcón colonial.

Era Pepita Gainza.

Pepita Gainza no quiso ir a la siguiente noche al baile con que Guayaquil agasajaba a su libertador. Su madre era española y realista. La misma Pepita había bailado la pavana en la Corte de Fernando VII.

Sucre, impuesto de lo que ocurría, vistió su más

deslumbrante uniforme y presentóse en casa de la al-
tíva española.

—Vengo a suplicarles que nos honren con su pre-
sencia, noble señora...

Hablaba el soldado con cortesano acento. Los ojos
de la hija refulgían.

Esa noche el héroe bailó la primera contradanza
con Pepita Gainza. Brillaban sobre su casaca roja las
condecoraciones de veinte batallas. En una de las fi-
guras de la danza, la blonda que guarnecía el corpiño
de la joven realista enredóse en los soles de oro del
uniforme. Sucre, obedeciendo a un impulso extraño,
se inclinó y le dijo al oído:

—Señorita; esto quiere decir que mis glorias le per-
tenecen...

Temblaba la mano del héroe al colocar los soles de
oro sobre el níveo corpiño de la guayaquileña.

—Me casaré contigo, Pepita — le dijo más tarde
— Vendré a buscarte cuando los pueblos de América
sean libres... Por tí y por mí ha de velar el Señor de
las batallas...

Poco después la dejaba en la casona colonial. Pe-
pita lo vió partir y tuvo un extraño presentimiento.
Ya no había flores, sino lágrimas, lágrimas de amor,
en el balcón colonial.

Marchaba siempre, al frente de sus legiones. Pasó
por Babahoyo, por Yaguachi. La gloria lo esperaba
en las montañas. Remontó luego las áridas cuevas de
Angas y Guaragua, y en una madrugada llegó a Río
Bamba. Las legiones del Perú se sumaban a los llane-
ros de Colombia y a los centauros venezolanos. Parecía
que en la tierra ecuatorial hubiese brotado de pronto
una inmensa selva de lanzas.

Llegó la gloria de Pichincha: “la espada de Sucre
brillaba, junto a la del Libertador, entre los resplan-
dores de las grandes victorias”.

¡Pobre Pepita Gainza!

El tumulto de la gesta, el fragor de las batallas, había desvanecido su dulce imagen en los recuerdos del guerrero.

Otros ojos negros debían cautivar el corazón del héroe en otra ciudad de esa misma tierra ecuatoriana a la que su espada acababa de dar la libertad.

Eran los ojos de Mariana Solanda, flor del coloniaje, hija del marqués de Solanda. El Marqués había ido a saludar a Sucre cuando este llegó a Quito, con los frescos laureles de Pichincha. Hiciéronse amigos.

En la primera visita conoció Sucre a Mariana. Volvió a verla al siguiente día. Palidecía el soldado de Bolívar cada vez que sus ojos se encontraban con las oscuras pupilas de la marquesita.

No dejó de advertirlo el Marqués.

—¿Por qué no se casa usted con ella, general? Ella le ama. Hereda el mayorazgo, y no tiene madre... — le dijo una noche.

Nunca experimentó Sucre una turbación mayor a la de aquel instante.

—Marqués — contestó —; soy soldado y la guerra me llama... No sé cuál será mi destino. Si la suerte no fuera adversa, me casaré con Mariana...

Meses más tarde estaba combatiendo en los campos del Perú. Supo allá que el padre de Mariana acababa de morir, y que le había recordado su promesa en la agonía.

—Me casaré con Mariana, se dijo. Las oscuras y húmedas pupilas de Pepita Gainza volvieron como un remordimiento a su recuerdo.

Y un día le escribió desde las soledades lejanas de Bolivia. Le habló de Mariana, de su promesa solemne, le suplicaba que diera por terminado su compromiso.

La pobre Pepita, allá en el silencio de su casona

solariega comprendió que aquellos otros ojos negros que soñaban sobre una tumba habían conquistado el corazón del fugitivo que ella hizo estremecer un día.

Le contestó que “había obrado como un cumplido caballero, y que, para probarle que respetaba su compromiso, remitía a la marquesita la medalla que ella usara la noche del baile, y que representaban sus promesas nupciales”.

Así salió para siempre Pepita Gainza, la dulce guayaquileña, de la tormentosa existencia del vencedor de Ayacucho.

Sobre los amores del mariscal Sucre debía pesar la melancólica fatalidad que ensombreció los idilios de los héroes.

Arrastrado por las tempestades de su vivir guerrero, mucho había de transcurrir antes que Mariana fuera la esposa del glorioso soldado.

La marquesita de Solanda también lo esperó pacientemente en su casa colonial, como lo había esperado Pepita Gainza en los días interminables de Guayaquil.

Hasta que una mañana llegó de las breñas remotas de Bolivia un oficial con plenos poderes del que ya era el héroe de Ayacucho: Sucre casábase por poder.

Largo tiempo después fué a buscarla, en la misma casa donde la conoció. Pero ni el amor, ni el hogar, eran para el hombre que había vivido su existencia de gloria en los campos de batalla de medio continente.

Pronto tuvo Sucre que deshacerse de los brazos de su marquesita. Su vida conyugal fué un beso entre dos batallas, como su primer amor fué una sonrisa entre dos campañas.

Volvió a partir. Esta vez no iba hacia la gloria, sino hacia la muerte. Los traidores de la tierra a la que dió libertad, habían jurado su sacrificio.

“Sucre, que había paseado su pendón de guerra

desde las márgenes del Orinoco hasta los confines del Cuzco, debía dormir el sueño de la muerte en las soledades de una montaña, teniendo como epitafio para su tumba las palabras que pronunciara al saber su triste fin el genio tutelar de América: “se ha derramado la sangre de Abel”.

El corazón de Mariana sangró en una carta famosa, una carta desgarradora que arrancó lágrimas a todas las mujeres del continente.

ANITA PERICHON

LA VIRREINATA GALANTE (1)

“Fué a principios del siglo — escribe Groussac — cuando causó general sensación en Buenos Aires la llegada de una familia francesa compuesta del padre, tres hijos varones y una deliciosa muchacha de veinte años. El jefe, M. Jean Baptiste Perichon, de Vandeuil, traía algún capital. La familia gastaba cierto lujo, sobre todo la joven Anita, cuya elegancia estrepitosa daba realce a su belleza ardiente y volcánica como la isla Mauricio donde había nacido. Esta familia forastera, de modales mundanos y ribetes nobiliarios, salvó sin gran

(1) En el año 1930 escribimos con Carlos Max Viale una comedia histórica en cuatro actos titulada “LA VIRREINATA GALANTE”, teniendo por protagonista a la “Perichona”, comedia que hubo de estrenarse ese mismo año en el teatro Liceo, a pedido de su director-empresario, D. Ricardo Hicken, estreno que no llegó a efectuarse por causas ajenas a la voluntad de los autores y del Sr. Hicken. — N. del A.

esfuerzo el círculo de reservas y rancias preocupaciones de la severa aldea colonial.”

Poco tiempo después murió M. Jean Baptiste. Anita, “la encantadora francesa, brillantemente educada y muy desenvuelta, con su graciosa media lengua, luciendo, además, la aureola poética de su remota isla de Francia, gozaba de mayor prestigio en los tertulias de los hombres que en las femeninas”.

A la muerte del padre, la lindísima Anita aún estaba soltera, a pesar de sus innumerables admiradores. Al fin, allá por el año 1804, un joven irlandés, Edmundo O’Gorman, sobrino del famoso protomédico, llegó de su país, con real licencia de seis meses para arreglar asuntos de familia. Encontrarse Edmundo con la hechicera Anita y encenderse la hoguera, fué todo uno. Casáronse casi inmediatamente.

“¡Así arregló el infeliz sus asuntos de familia!” comenta Groussac el casamiento del despreocupado irlandés con la bella francesa de los trópicos.

Las borrosas crónicas del Buenos Aires aún colonial cuentan interesantes anécdotas de Anita Perichon, la “Perichona”, como llegaron a llamarla todos, desde el virrey hasta el último esclavo de la ciudad. Fué ella, quien, poseída de ardiente entusiasmo, arrojó su pañuelo bordado desde el célebre balcón de la calle de la Merced (hoy Cangallo) al jefe vencedor de la reconquista de Buenos Aires, y era Anita quien inspiraba coplas populares, como ésta que cantaban los muchachos del refocilado virreinato:

*¿Qué es aquello que relumbra
En la calle’e la Merced?...*

Anita Perichon de Vandeul fué el último amor de Santiago de Liniers y Brémond, el penúltimo virrey del Río de la Plata, que era viudo dos veces, una

de Juana de Monviel, con quién casó en España siendo cadete, y la segunda de una Sarratea, de la distinguida familia porteña, quién le dió varios hijos, sobre todo, hijas. La menor de éstas, María del Carmen Liniers y Sarratea, debía casarse con el hermano menor de Anita, Luis Perichón de Vandeul.

La pasión otoñal del virrey francés, gallardo y varonil en la cincuentena, no debía durar mucho tiempo. Tertulias de juego en la casa de la favorita, paseos por los alrededores de la aldea colonial, cacerías, etc. Hasta "la monstruosidad" que refiere un sabroso cronista, de presentarse alguna vez ante el virrey la loquilla vestida de coronel, con espada y charreteras...

El devaneo de Liniers no escandalizó mucho a la sociedad colonial, viudo y dueño de sus actos él, y no menos independiente ella, pues el vago y discreto Edmundo poco salía a la escena, hallándose casi siempre ausente del Río de la Plata.

Le bellísima Anita, que había sentido pasar el estrepito marcial de las invasiones inglesas por su casa de la calle de la Merced, y asistido con cierto romántico deslumbramiento a la exaltación del obscuro oficial francés hasta el vice-trono de los virreyes españoles, profesó siempre un amor ardiente a Francia, en una de cuyas lejanas colonias había nacido.

Odiaba con toda su alma a los españoles. Cuenta el citado Groussac, citando las "Memorias secretas" de Presas, un turbio personaje de aquellos tiempos, que cierta noche unos españoles, al pasar por la casa más bulliciosa del barrio de la Merced, oyeron una voz melodiosa que cantaba una impía canción contra la madre patria.

"...Yo mismo evoco la poco colonial escena — escribe poseído de virtuosa imaginación el austero autor de "Santiago de Liniers" — de pie delante, si no en-

cima, de la mesa en desorden la loca escandalosa, y por desgracia, irresistible, chispeante el ojo negro, el labio ardiente como un ají, acaso vistiendo el uniforme militar de un teniente de Patricios, soltando aquella atrocidad erizada de erres francesas, en tanto que, afuera, parado en la obscura acera de ladrillo el grupo trágico de los gallegos y vizcaínos, rechinando los dientes, apretando los puños, escupiendo improperios, junto a los cuales aquellos otros parecerían letanías, se disponía a escalar el balcón para hacer picadillo a la grandísima gabacha...

¡Pobre y linda Perichona!

Ella misma, con sus imprudencias, sus atolondramientos, estaba socavando los frágiles cimientos de su reino galante. El gallardo y amoroso Liniers cerraba los ojos. Hasta que un día las cosas llegaron a un estado de crisis. Los enfurecidos españoles de Buenos Aires obligaron al virrey a expulsar a su bellísima e imprudente favorita.

Porque Anita misma había enrostrado a su vice-real amador su actitud hacia el enviado de Napoleón, amo de España, cuando Liniers rechazó al marqués de Sassenay y díjole con noble dignidad:

Decidle al emperador Bonaparte que jamás lo reconoceré como soberano de España, y que antes que un militar francés, soy un virrey español...

Y Anita tuvo que partir de la ciudad de calles de tierra, de los campanarios, de los saraos y las cacerías donde había vivido algunos de los años más felices y agitados de su inquieta juventud.

“La pobre cigarra se fué a cantar a Río de Janeiro, — sigue diciendo Groussac, — donde, como en todas partes, levantó roncha en los corazones, y hasta, según se murmuró, en el del mismo lord Strangford, el minis-

tro de S. M. Británica en la corte tropical de los Braganzas'.

Allá también se lanzó la inquieta dama a las intrigas galantes y políticas.

Y fué doña Carlota, la hija de Carlos IV y hermana de Fernando VII, la soñadora del trono americano, quien exigió a su vez la expulsión de la incorregible Perichona, de la cual recelaba como conspiradora y celaba como mujer.

Anita anduvo más de un año yendo y viniendo de Río de Janeiro a Buenos Aires y de Buenos Aires a Río de Janeiro, a bordo de buques ingleses "nueva Helena por la cual estuvo a punto de arder alguna Troya americana". Hasta que llegó la gloriosa revolución y se le permitió bajar a tierra, con la condición de que permaneciese en su chacra fuera de la ciudad, donde "deberá guardar la circunspección y retiro que le encarga el gobierno y observará por sí mismo..."

Así desaparece de los entretelones de la historia Anita Perichon de Vandoul de O'Gorman. Hagámosle justicia, junto con Groussac, quien termina su biografía diciendo lo siguiente de esta singular mujer:

"Con ser persona de avería, distaba mucho de la vulgar Perichona que nuestros jacobinos han pintado. Poseía algunos bienes, y nada prueba que traficara con sus encantos. Mantuvo relaciones con personas tan importantes como Letamendi, Marcó, Pueyrredón, su tío el famoso médico O'Gorman, el doctor Echeverría, que era su apoderado. Tenía talento, como lo demuestran sus cartas de letra y estilo elegantes, y esa gracia ligera que ahuyenta las tristezas del hombre. Por fin, la seducción suprema que todo lo absuelve y todo lo atenúa; aquella belleza inmarcitable de la hija del cisne que estremecía a los ancianos congregados en las puertas Scéas, haciéndoles verter al paso de la aurora

fatal de sus desgracias, palabras de mansedumbre y de perdón''.

Allá, en el regazo de las azules sierras cordobesas, bajo los trágicos cielos de 1810, don Santiago de Liniers y Brémond, muchas tardes, paseando por los claustros de piedra de la casa que compró a los jesuítas (y que aún existe, casi intacta) mirando las cumbres que se borraban en el crepúsculo, habría evocado los ojos refulgentes, los labios color sangre de su virreina de amor, y, meses después, al sonar la descarga que lo hundía en la eternidad entre los algarrobos de Cruz Alta, quizá fué el nombre de Anita el que se heló en sus labios moribundos...

CARLOTA DE BORBON y BRAGANZA

LA SOÑADORA DEL BRASIL

Acababan de anclar los navíos, una verdadera flota de veleros, en la ancha bahía de Río de Janeiro.

Era en 1808. Gentes de todas las clases sociales, deslumbrantes unos en sus reales uniformes, graves otros en sus negras vestiduras eclesiásticas; dignatarios regios, obispos, príncipes de sangre real, un rey y dos reinas, y una multitud bulliciosa, abigarrada, extraña, hormigueando bajo el ardiente sol.

Era una corte arrojada más allá de los mares; era la triste casa de Braganza que venía huyendo de Portugal para buscar un asilo en su inmensa colonia del trópico. funcionarios, servidores, cortesanos, buscaban, abrigo en los "choupanes" del suburbio carioca, hirvientes de negros, con sus equipajes y pacotillas salvadas del naufragio nacional. Todo entre ellos, todo era penuria y miseria, a pesar de las inmensas riquezas traí-

das de la perdida Lisboa, las piedras de cuyas calles resonaban bajo los cascos de los caballos de las legiones napoleónicas.

La obscura muchedumbre del trópico aclamaba a los tristes reyes desterrados. Eran, no sólo los monarcas de Portugal, sino también los soberanos del Brasil. La multitud de blancos y de negros se agitaba como un mar. Y apenas si fué advertido, en el tumulto y alborozo de la arribada, el paso furtivo de un grupo de servidores que conducían en un sillón y metían en un coche a una lívida y demacrada anciana, que, la mirada extraviada, las blancas greñas en desorden fuera de su toca negra, arrojando aullidos y voces incoherentes, forcejeaba desesperadamente por escaparse: era Doña María de Braganza, la reina demente de Portugal, tétrico emblema de la ruina nacional, a quien arrancara de su habitual estupor el bullicio del desembarco.

Poco antes que ella había pisado la tierra brasileña un hombre corpulento, obeso, de manso mirar y pesados movimientos. Junto a él marchaba una mujer horriblemente delgada, de pronunciado perfil e imperiosa mirada. Eran Don Juan de Braganza y Doña Carlota Joaquina de Borbón, los regentes de Portugal.

Cortesanos y dignatarios fueron alojados en los conventos y villas de Río de Janeiro. Don Juan instalóse en Boa Vista, y su regia consorte, Doña Carlota, con sus dos hijas y su hijo, en otra villa del suburbio de Engenho Velho. "Separados continuaram a viver no Río de Janeiro como o practicavan em Lisboa", escribe un cronista de la época.

Doña Carlota contaba a la sazón treinta y tres años. Desgarbada, prematuramente envejecida, medio tísica, tenía impreso en su semblante anguloso el sello de todas las pasiones.

La hermana mayor de Fernando VII odiaba a su

gordo y prudente consorte, con el cual habíanla casado en 1790, a los quince años de edad. En Lisboa, mucho antes de la invasión napoleónica, había encabezado una conspiración contra su marido, y una vez fracasado el movimiento, tomó bajo su real protección a los frailes y militares comprometidos.

Tenía la famosa hija de Carlos IV el prurito del mando, el fervor de la intriga; la consumía una ambición ardiente y sin escrúpulos, como lo había demostrado desde su primera y agitada juventud, como lo reveló desde que puso las reales plantas en la tierra americana.

El pobre don Juan no contaba para nada en los arrebatados proyectos de la inquieta princesa. Cuando ella llegó al Brasil, Liniers era virrey en Buenos Aires. Soñó con el trono de ambos mundos. Cuando se confirmó en la corte de Río la renuncia de los Borbones y la proclamación de José Bonaparte como rey de las Españas, Doña Carlota, que ya intrigaba con americanos, hizo pública su protesta contra el usurpador y afirmó su derecho eventual al trono de sus mayores.

En agosto de 1808 da el célebre manifiesto dirigido "a sus vasallos de las Españas y las Indias". De acuerdo con las Cortes de 1789, el conde de Florida-Blanca, como lo hicieron más tarde las Cortes de Cádiz, en 1812, reconocía los derechos a la corona de Doña Carlota "en caso de no poder ceñirla el infante Don Carlos María ni su descendencia".

La ley sálica la excluía del trono. Pero Florida-Blanca temía que Fernando VII y su heredero, prisioneros de Napoleón en Bayona, siguieran la trágica suerte del duque de Enghien, y una vez desaparecidos los hombres de la dinastía borbónica, se legitimara para siempre el trono del rey José.

La delirante Carlota creyóse ya reina de España.

Era, por lo tanto, la soberana ideal de las colonias americanas.

Por ese tiempo, dirigióse al Cabildo de Buenos Aires, y luego al virrey Liniers. No era ya la princesa portuguesa, ni la reina del Brasil: era la infanta española que, desde las gradas del trono de Carlos IV, se dirigía a sus presuntos súbditos. ¡Y en qué términos!

Apenas sabía escribir. Sus famosas cartas y proclamas redactábalas un aventurero llamado Presas, "el doctor" José Presas, personaje salido nadie sabía de dónde, que vivió en Buenos Aires a principios del siglo, y del cual el mismo Liniers escribió a Doña Carlota: "ese es un hombre maligno, inquieto y revoltoso, a quien este gobierno le formó causa..."

El "doctor" José Presas, huído de Buenos Aires en 1808, fué a Río de Janeiro, conoció a la soñadora infanta, y llegó a ser su secretario y hombre de confianza. La real mano copiaba sus célebres manifiestos y cartas políticas, y las firmaba sin vacilar.

Cabildo y virrey rechazaron airados las pretensiones de la delirante princesa. Era mentor y consejero de la misma otro hombre también singular, pero en diferente sentido. El almirante inglés Sir Sidney Smith, héroe de las luchas de Inglaterra contra Napoleón, apoyaba con sus consejos y sus cañones, los locos sueños de Doña Carlota. El vencedor de San Juan de Acre también alentaba un sueño extraño: realizar lo que no lograron ni Beresford, ni Sir Home Popham, ni Auchmuty...

Por otra parte Inglaterra tenía en la corte del Brasil a un diplomático ilustre y juvenil: lord Strangford, implacable enemigo de la alucinada infanta e inclinado a la política conciliadora y prudente de Don Juan de Braganza.

Entre el ministro y el almirante existió siempre

una sorda enemistad. El joven lord, que contaba entonces veintiséis años, soñaba con unos países americanos no ingleses, pero abiertos para el comercio británico, que, después de Trafalgar, poblaba los mares con sus flotas. Sir Sidney quería la tercera invasión victoriosa. ...

En 1809 Saturnino Rodríguez Peña promovía el proyecto de emancipar y constituir las provincias del Río de la Plata, bajo la corona de Doña Carlota Joaquina de Borbón y Braganza, a quien llamaba "la reina fidelísima". Belgrano y los prohombres de la época fomentaban la quimera monárquica, que debía subsistir hasta 1816, en que debía morir.

La regia quimera andaba por los pueblos del Norte y del Sur (Mitre, Historia de Belgrano, vol. I, cap. VI). Pidióse a Doña Carlota que viniera al Río de la Plata, y la hermana de Fernando VII preparó sus reales maletas. Pero lord Strangford estaba detrás del rey Juan, a pesar de los consejos y cañones de Sir Sidney Smith, y la infanta no pudo embarcar para sus reinos ilusorios.

Tal fué el delirio político de la infanta Carlota. ¿Soñaba tan sólo con una especie de superintendencia sobre los cuatro virreinos, o se veía ya, en su extraña y loca ambición, con la corona de un imperio colonial?

La historia no lo ha puesto en claro todavía. Su correspondencia, copiosa y febril, de la que eran portadores el turbio coronel Burke y el apasionado Rodríguez Peña, inducen a creer en lo último. ¿Qué otra cosa se desprende de la famosa proclama de 1808, ya citada?

Ella intrigaba siempre. Enardecía su delirio un grupo de americanos que presidía Saturnino Rodríguez Peña y se reunía en un célebre café de la Rúa Ouvi-

dor. (Fué también en un café de la Rúa Ouvidor donde, ochenta años después, se decretó la caída del trono del Brasil, en la persona de su nieto, Don Pedro II, y se proclamó la República).

Doña Carlota intrigaba y escribía sin cesar, Ahora era ella misma quien redactaba su extraña correspondencia política y privada. "Sus cartas incorrectas, escritas con torpe mano, no carecen de cierta desenvoltura manolesca", dice un escritor célebre del Río de la Plata.

Pero los trabajos no adelantaban. La famosa nota del ministro Rodrigo de Sousa Coutinho al Cabildo de Buenos Aires había llenado de ira a los españoles, y al mismo virrey. Sólo un puñado de soñadores ilustres creían y esperaban a "la reina fidelísima", cuya imaginación enfermiza parecía exaltarse bajo el sol ardiente de los trópicos.

Iracunda, escribe una nota a Liniers, acusando de traidor a Saturnino Rodríguez Peña. En más de una ocasión, Liniers habíase negado a recibir al portador de las reales epístolas, al coronel Burke ya mencionado, y hasta había amenazado con meterlo en la cárcel. ¿Acaso Burke no había sido un espía de los ingleses en 1807?

El coronel volvió con la carta a Río de Janeiro.

Mas no por eso desmayó la enérgica mujer. Ella, que pasó como un fuego fatuo por la historia, iba a luchar hasta el fin. La energía agonizante de los Borbones renacía en aquella mujer ya vieja, consumida por las pasiones, pero galvanizada por una quimera imperial, por una frenética ambición.

El proyecto de la monarquía incásica, o sea la restauración de los incas, allá por 1816 ("se conmovían del inca las tumbas...") hace desvanecer para siempre en el Río de la Plata la antigua ilusión de Doña Carlota.

Durante cinco años más debía vivir y reinar, aburrida y triste, en el vacío de la existencia colonial.

Era en 1821 cuando emprendía el viaje de regreso a Portugal, con su esposo y todos sus hijos, excepto el infante Don Pedro, quien quedaba como regente del Brasil en la otrora inquieta corte de Río de Janeiro.

Un año más tarde la inmensa colonia cortaba sus lazos con la metrópoli, y convertíase en un imperio independiente, con Don Pedro I como soberano.

Doña María, la reina demente, había muerto sin salir de su largo estupor, y Don Juan VI era rey absoluto de Portugal. Doña Carlota era por fin reina de aquel país donde tanto había intrigado, y al que no amó jamás.

Cuatro años duró el reinado de Don Juan VI, y dos la regencia de la reina viuda, que en 1828 hacía proclamar como soberano absoluto a su hijo predilecto, Don Miguel.

En aquellos dulces y postreros días de Lisboa, ¡cómo debió soñar la ambiciosa Doña Carlota, hija, hermana y esposa de reyes, madre de un rey y un emperador!

Quizás más de una vez, bajo los claros cielos lusitanos, volvió a su memoria febril el recuerdo de los trágicos días de 1808, cuando la altiva y desventurada casa de Braganza andaba errante y fugitiva por los mares, con su reina loca y su incierto destino, y desembarcaba, enferma de tristeza y de ambición, en el reino tropical que le diera el tratado de Tordesillas, cuando el mundo se repartía entre españoles y portugueses... „

Quizás evocó alguna vez el pálido semblante y las cartas de fuego de Saturnino Rodríguez Peña; los ojos azules y las frases arrogantes del vencedor de San Juan de Acre; la sonrisa fría pero cortés de Lord Strangford; las palabras altivas y severas de Liniers...

Y en 1830, en la última primavera de su existencia, tal vez volvieron a sus oídos los cantos de los negros brasileños, aquellos cantos de pasión y de saudade que durante cerca de catorce años llegaban hasta las ventanas de Engenho Velho desde el rumoroso campo de Santa Anna...

Así terminó el delirio de la infanta Carlota, que vivió una de las novelas más extrañas y pintorescas en la historia americana, y, posiblemente, en la historia de Portugal.

JAVIERA CARRERA

LA MUSA DE LOS ANDES

“Doña Javiera Carrera era una mujer de temple heroico, de un carácter inflexible, de pasiones implacables, sabía querer y odiar, cubriendo su natural vehemencia con las formas exquisitas y halagüeñas de una reina florentina de la edad media. Su belleza era proverbial. El general Las Heras, que la había conocido en Chile solía decirme que jamás había visto él figura más bella en forma de mujer. Su belleza era proverbial en ambos lados de los Andes. Estatura de una rara esbeltez, fundida, digámoslo así, en el molde de una Ariadna, perfil griego; ojos hermosos, con un cierto velo de disimulo, pero elocuentes por la tranquilidad poderosa de su mirada. Entregada con alma y vida a los intereses políticos de su hermano, el famoso José Miguel, bullían en su seno las mismas pasiones, los mismos enojos. Y poco diría yo con eso si no

agregase que sabía trabajar con destreza sin igual en el manejo de los hilos de una conjuración complicada y extensa. Por sus talentos, por su arrojo y su soberbia, era doña Javiera todo un hombre político. Y a no haber sido por su extremada belleza y por sus hábitos tan galanos como refinados, poco habría quedado en ella de lo que es común en el carácter de la mujer. Inflamada con la mala suerte de su familia, y herida en lo más altivo de su alma al ver desalojados a los suyos del regio y predominante influjo que les correspondía en los destinos de Chile, según la creencia conaturalizada en la familia, había reunido en derredor suyo a toda la emigración chilena y forjado estrechos vínculos con los argentinos descontentos que buscaban ocasión de asaltar el poder”.

Tal es el impresionante retrato que nos traza Vicente Fidel López de aquella extraordinaria mujer que puede ser llamada “la musa de los Andes”, musa sombría y trágica, cuyo corazón apasionado debía desangrarse sobre los patíbulos de aquellos tres hermanos que pasaron como una tempestad por la guerra de la Independencia.

Don José Miguel Carrera, el hermano mayor de doña Javiera, fué junto con Bernardo O’Higgins, uno de los protagonistas de la revolución chilena. Este último fué un aliado leal y decidido de los influjos argentinos. Carrera, por el contrario, fué un enemigo intransigente que dejó en los campos de las Provincias Unidas el rastro terrible y sangriento de su paso.

Pasó sus primeros años en la rica hacienda de San Miguel, propiedad de sus padres, situada en una de las más bellas comarcas de Chile, junto con su hermana Javiera y sus hermanos Juan José y Luis. A los veintidós años mató en duelo a uno de los “huasos” de la hacienda paterna y huía a Lima. De carácter penden-

ciero y arrebatado, tuvo que abandonar el Perú a raíz de ciertos procesos y se fué a España.

Era un gentilhombre, con todos sus graves defectos morales, de bella presencia, de conversación brillante, fisonomía animada y graciosa agilidad en todos sus movimientos.

En cuanto llegó a España que se hallaba en armas contra los ejércitos franceses, Carrera ingresó como teniente en el regimiento de los Algarves, y de este célebre cuerpo pasó al de Voluntarios de Madrid, en el cual ascendió a capitán. Se encontró en las acciones de La Mora, en la retirada de Consuegra, en la batalla de Yevenes, en la derrota de Ocaña, donde fué herido.

Cuántas veces, en las horas largas del hospital de sangre de Cádiz, el oficial americano evocaría con honda nostalgia el rostro hechicero de la hermanita Javiera, esperándolo siempre, allá en las verdes riberas del Maule, a la sombra de los Andes natales, entre los montes donde jugaron cuando niños...

Fué quizá en esas horas cuando el herido de Ocaña tuvo el presentimiento de su destino y el de su trágica familia. Porque fué una noche, al recibir cartas de su hermana, que tuvo noticias de los sucesos revolucionarios de Buenos Aires y Chile. Aquellos países, uno de los cuales era el suyo, querían romper las cadenas de la dominación española. El guerrero de Talavera rugió de ira. "Independencia... ¿estaban locos, los argentinos y los chilenos?"

Esta afirmación, que niegan los historiadores de Chile, la formula el historiador argentino citado, Vicente Fidel López.

Pero los españoles de Cádiz, que desconfiaban de los oficiales sudamericanos que servían en España, lo arrestaron, y ordenaron incorporarse a su regimiento.

Carrera bajó en Gibraltar, se embarcó en un barco inglés y llegó a Chile el 11 de julio de 1811.

Su hermana Javiera lo esperaba en el rústico muelle de Valparaíso, llorando de júbilo, junto con sus hermanos Juan José y Luis.

Al día siguiente de su llegada organizaba un motín y se hacía dueño del poder.

Aquí comienzan las andanzas tumultuosas del caudillo. Desde el principio demostró su genio arrogante y absolutista. Para él, antes que el poder de España, que reconoció en los primeros momentos; antes que la emancipación de los pueblos americanos, estaba su colossal ambición personal. Y esto lo perdió para siempre.

Caído del poder, arrojado de Chile, cruza los Andes y empieza sus tormentosas correrías por el territorio de las provincias unidas.

Doña Javiera, apasionada y devota, comparte sus iras y sus desengaños. Mientras don José Miguel conspira, intriga, lucha por organizar un ejército y arrojarse sobre Chile, la hermosa Javiera le sirve de "Ninfa Egeria", según las palabras textuales de Bartolomé Mitre.

En tanto que el tempestuoso caudillo anda de provincia en provincia, buscando el apoyo del general Alvear, del gobernador Bustos, de Córdoba, del gobernador Estanislao López, de Santa Fe, de Ramírez, en Entre Ríos, seguido por una banda de chilenos desconceptuados, doña Javiera se instala en Buenos Aires para ayudarlo de cerca en sus proyectos delirantes.

Ocupaba la famosa chilena una casa situada en la calle Belgrano entre Bolívar y Perú, que pertenecía a doña Juana Ordoñez de Zamudio, que habitaba también una parte de la misma. *

Esa casa colonial, que fué demolida hace pocos años, convertida entonces en un laberinto sombrío de intrigas sentimentales y políticas, en un foco de convulsiones, es donde se enredaron en el silencio de sus

gruesos muros los desgraciados complots de la familia Carrera.

“La musa de los Andes”, ardiente y majestuosa en su belleza criolla, era el numen de aquellas conspiraciones e intrigas que debían terminar en el patíbulo.

Sus magníficos ojos negros despedían llamas en la sala mal iluminada por los quinqués cuando alguno de los hermanos, especialmente su adorado José Miguel, el jefe de la familia, se quejaba con amargura del director supremo de las Provincias Unidas, Pueyrredón, o del general San Martín, contra cuya austeridad espartana y cuyo genio militar se estrellaba el antiguo capitán de Talavera.

¡Cómo odiaba la altiva doña Javiera al general José de San Martín!

El, antes que Pueyrredón, era quien cerraba los caminos de los Andes a la frenética ambición de su hermano. Era San Martín quien había entregado el gobierno de Chile, injustamente, criminalmente, a O’Higgins, cuando el amo de la tierra araucana debía ser aquel José Miguel para quien ella vivía...

Tales eran los pensamientos de doña Javiera en los días largos y sombríos de la casona colonial de la calle Belgrano.

Ora preso en los cuarteles, ora errante y arrojado de provincia en provincia con su banda de aventureros feroces, siempre iracundo y delirante, siempre obsesionado por su sueño imposible y agujoneado por su frenética ambición, don José Miguel marchaba hacia su fatal destino.

Más de un historiador iba a llamarle con el tiempo “el traidor de Rancagua”...

Humeaban todavía los cañones de Maipo cuando don Juan José y don Luis Carrera, convictos de crí-

menes comunes, y no de delitos políticos ni militares, eran fusilados en Mendoza.

Fué el penúltimo acto de la tragedia de los Carrera.

“La musa de los Andes”, derramó lágrimas de sangre; ya no vivió más que para José Miguel. Algunos generales de la Independencia, entre ellos Dehesa y Las Heras, se acordaba claramente en los días de su ancianidad de aquella mujer cuya peregrina hermosura era realizada en aquellos trágicos momentos por su odio y su dolor.

¿Y José Miguel, el hermano adorado?

Su ambicioso delirio pareció acentuarse aún más ante los cadáveres ensangrentados de sus hermanos.

Don José Miguel Carrera pasa como un huracán humano por los acontecimientos de aquella época. “¡Chile, Chile y el poder supremo!” parece gritar con exasperado acento a los vientos de los llanos, de los valles y de las montañas, y su hermana Javiera, allá lejos, recoge el grito desesperado del caudillo.

Hasta que una mañana de septiembre, en 1821, perseguido por las fuerzas de Mendoza, después de varias correrías vandálicas por las sierras de Córdoba y de San Luis, en la cual asoló pueblos y derramó ríos de sangre, tratando siempre de abrirse paso a través de la cordillera, Don José Miguel fué fusilado al pie de un algarrobo.

“La musa de los Andes” ya no tenía lágrimas que llorar. Y debía vivir cuarenta años más...

JUANA AZURDUY

LA LEONA DEL ALTO PERU

“La guerra de las republiquetas es la historia de las insurrecciones populares del Alto Perú, una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados”. (B. Mitre. Historia de Belgrano vol. III, cap. XXXIII).

Fuó una epopeya que duró quince años, allá en las breñas y los valles de Bolivia, sin que un solo día se dejase de matar o morir. Ciento dos caudillos tomaron parte en ella: nueve tan solo sobrevivieron, sucumbiendo los noventa y tres restantes en los patíbulos o en los campos de batalla.

En medio de ese cuadro grandioso, épico, la figura de una mujer extraordinaria surge envuelta en un resplandor de trágica leyenda: la figura de Juana Azurduy, la Juana de Arco americana.

Había nacido en Chuquisaca, en 1771, y educóse en un convento. A los 24 años, casó con el famoso caudillo Padilla, un paladín errante de los valles.

Era doña Juana, según sus contemporáneos, de gallarda presencia, rostro hermosísimo, y era tan valiente como virtuosa. En los combates vestía una túnica escarlata con franjas y alamares de oro, y un ligero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes.

Padilla, junto con Arenales, el Bayardo argentino; con Warnes, el héroe de los héroes; con los oscuros caudillos de las montañas, mantenía encendido el fuego de la insurrección en las dilatadas y salvajes comarcas donde hormigueaban las densas indiadas, sacudidas como por una tempestad, por la energía y el valor de los paladines americanos.

No es nuestro propósito detenernos en estas crónicas en los hechos en sí. Solamente intentamos presentar a grandes trazos el cuadro de cada época para que sirva de fondo a las mujeres extraordinarias que en ellas se agitaron, lucharon y murieron.

Juana Azurduy, cuyo nombre legendario lleva hoy una calle de Buenos Aires, contaba treinta y cinco años cuando la guerra de las Republicuetas llegó a su período más trágico.

Durante todo ese largo período su silueta errante y fantástica estuvo siempre en primer plano. Mientras Padilla recorría las aldeas y las comarcas, manteniendo vivo el fuego sagrado de la rebelión americana, ella, la amazona altoperuana, sublevaba las vastas indiadas. Inspiraba a los indígenas un respeto supersticioso, una extraña veneración. Diríase que el espíritu ardiente de aquella mujer singular encarnaba el ideal de la libertad, el ensueño de la Independencia.

Caían y volvían a levantarse las Republicuetas,

Cada valle, cada montaña, cada desfiladero, era una republiqueta. Una y otra vez, las fuerzas españolas, con sus jefes, valerosos y crueles, arrasaban los pueblos, paseaban las cabezas ensangrentadas de los caudillos por los caminos, y se precipitaban sobre la frontera argentina.

Pero el fuego, según el grito inmortal, "no se extinguía jamás".

En el tumulto de las guerrillas, en el estrépito de los sitios, la silueta enérgica y extraña de la heroína alzabase sobre las oscuras cabezas de sus indios, entre el humo de las descargas.

Allá, en uno de los sitios de Chuquisaca, su ciudad natal, ocupada por el famoso coronel español La Hera, la vió de este modo un historiador:

Una gallarda amazona montada en brioso caballo corría velozmente impartiendo órdenes a los grupos populares. Alzaba en su diestra brillador acero, y sobre la cabeza llevaba ahora el gorro punzó de la libertad, que entonces habían dado en usar las mujeres patriotas. Un chal celeste envolvía de los hombros a la cintura su cuerpo esbelto. Sus órdenes, dadas con entusiasmo, eran ejecutadas inmediatamente por los asaltantes, que avanzaban hasta las mismas trincheras. Aquella mujer de tan arrogante actitud y singular belleza, despertaba un interés cada vez mayor entre los jefes realistas, que la veían aparecer en todas partes y concurrir a la pelea; algunos oficiales, admirados de su arrojo, dieron orden a sus soldados de no hacerle puntería.

A la gloria resonante de la heroína siguió un crepúsculo de miseria y de tristeza. Su esposo, el famoso Manuel Asencio Padilla, cayó por undécima vez, junto con los cadáveres de las Republiquetas vencidas. Su cabeza fué separada de su cuerpo, en presencia de su

amazona, que fué puesta en salvo por un oficial americano.

Fué en el mismo año que se declaraba solemnemente la Independencia que vemos aparecer por penúltima vez a doña Juan Azurduy, en una junta de guerra a la que concurren los caudillos americanos. Asistía la heroína con las insignias de teniente coronel de los ejércitos de la Patria, que le había concedido el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Muchos años después, en 1825, la historia vuelve a oír la voz de Juana Azurduy, que erraba, pobre y fatigada, por las tierras solitarias del Norte:

A las muy Honorables Juntas Provinciales: Doña Juana Azurduy, coronada con el grado de Teniente Coronel por el Supremo Poder Ejecutivo Nacional, emigrada de las provincias de Charcas, me presento y digo: Que para concitar la compasión de V. H. y llamar vuestra atención sobre mi deplorable y lastimera suerte, juzgo inútil recorrer mi historia en el curso de la Revolución... Aunque animada de noble orgullo, tampoco recordaré haber empuñado la espada en defensa de tan justa causa... La satisfacción de haber triunfado de los enemigos, más de una vez deshecho sus victoriosas y poderosas huestes, ha saciado mi ambición y compensado con usura mis fatigas; pero no puedo omitir y suplicar a V. H. se fije en que el origen de mis males y de la miseria en que fluctúo es mi ciega adhesión al sistema patrio... Después del fatal contraste en que perdí a mi marido y quedé sin los elementos necesarios para proseguir la guerra, renuncié los indultos y las generosas invitaciones con que se empeñó en atraerme el enemigo. Abandoné mi domicilio y me expuse a buscar mi sepulcro en país desconocido, sólo por no ser testigo de la humillación de mi patria, ya que mis esfuerzos no podían acudir a salvarla. En

este estado he pasado más de ocho años, y los más de los días sin más alimento que la esperanza de restituirme a mi país... Desnuda de todo arbitrio, sin relaciones ni influjo, en esta ciudad no hallo medio de proporcionarme los útiles y viáticos precisos para restituirme a mi casa... si V. H. no se conduce de la viuda de un ciudadano que murió en servicio de la causa mejor, y de una pobre mujer que, a pesar de su insuficiencia, trabajó con suceso en ella...

En estos términos se expresaba Juana Azurduy cuando los gauchos de Güemes la hallaron vagando hambrienta por el Chaco y la llevaron a Jujuy.

Su solicitud fué atendida:

Salta, mayo 2 de 1825. Habilítese a la viuda del Teniente Coronel Manuel Asencio Padilla con cuatro mulas pertenecientes al Estado, entregándose, por el ministerio de Hacienda, la cantidad de cincuenta pesos para los gastos de su marcha. Bustamante. Maldonado, secretario.

Cuatro mulas y cincuenta pesos...

No era aquel el pago de una vida de gloria, seguramente.

Pero Juana Azurduy debía recibir mejor recompensa: el espectáculo de la libertad conquistada para siempre por los pueblos que amó, en el crepúsculo de su vida agitada y magnífica.

amazona, que fué puesta en salvo por un oficial americano.

Fué en el mismo año que se declaraba solemnemente la Independencia que vemos aparecer por penúltima vez a doña Juan Azurduy, en una junta de guerra a la que concurren los caudillos americanos. Asistía la heroína con las insignias de teniente coronel de los ejércitos de la Patria, que le había concedido el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Muchos años después, en 1825, la historia vuelve a oír la voz de Juana Azurduy, que erraba, pobre y fatigada, por las tierras solitarias del Norte:

A las muy Honorables Juntas Provinciales: Doña Juana Azurduy, coronada con el grado de Teniente Coronel por el Supremo Poder Ejecutivo Nacional, emigrada de las provincias de Charcas, me presento y digo: Que para concitar la compasión de V. H. y llamar vuestra atención sobre mi deplorable y lastimera suerte, juzgo inútil recorrer mi historia en el curso de la Revolución... Aunque animada de noble orgullo, tampoco recordaré haber empuñado la espada en defensa de tan justa causa... La satisfacción de haber triunfado de los enemigos, más de una vez deshecho sus victoriosas y poderosas huestes, ha saciado mi ambición y compensado con usura mis fatigas; pero no puedo omitir y suplicar a V. H. se fije en que el origen de mis males y de la miseria en que fluctúo es mi ciega adhesión al sistema patrio... Después del fatal contraste en que perdí a mi marido y quedé sin los elementos necesarios para proseguir la guerra, renuncié los indultos y las generosas invitaciones con que se empeñó en atraerme el enemigo. Abandoné mi domicilio y me expuse a buscar mi sepulcro en país desconocido, sólo por no ser testigo de la humillación de mi patria, ya que mis esfuerzos no podían acudir a salvarla. En

este estado he pasado más de ocho años, y los más de los días sin más alimento que la esperanza de restituirme a mi país... Desnuda de todo arbitrio, sin relaciones ni influjo, en esta ciudad no hallo medio de proporcionarme los útiles y viáticos precisos para restituirme a mi casa... si V. H. no se conduce de la viuda de un ciudadano que murió en servicio de la causa mejor, y de una pobre mujer que, a pesar de su insuficiencia, trabajó con suceso en ella...

En estos términos se expresaba Juana Azurduy cuando los gauchos de Güemes la hallaron vagando hambrienta por el Chaco y la llevaron a Jujuy.

Su solicitud fué atendida:

Salta, mayo 2 de 1825. Habilítese a la viuda del Teniente Coronel Manuel Asencio Padilla con cuatro mulas pertenecientes al Estado, entregándose, por el ministerio de Hacienda, la cantidad de cincuenta pesos para los gastos de su marcha. Bustamante. Maldonado, secretario.

Cuatro mulas y cincuenta pesos...

No era aquel el pago de una vida de gloria, seguramente.

Pero Juana Azurduy debía recibir mejor recompensa: el espectáculo de la libertad conquistada para siempre por los pueblos que amó, en el crepúsculo de su vida agitada y magnífica.

MAGDALENA GÜEMES

LA MUSA DE LAS BREÑAS

Se llamaba Magdalena Güemes, y era familiarmente llamada, por sus parientes y amigos, la Macacha.

Sobreviven aún, en los valles apacibles y lejanos de Salta, venerables ancianos que se acuerdan vagamente de los renegridos cabellos y las ardientes pupilas de la hermana — y la musa — del héroe, de aquél Martín Güemes, irguiéndose, grandioso y bizarro, entre las breñas natales, conteniendo con sus gauchos infernales, la invasión española en la frontera del norte.

Fué el de 1815 el año en que floreció la gloria de la Macacha Güemes, una de las célebres beldades salteñas de aquél tiempo. A la belleza física unía aquella distinguida patriota las seducciones de un exquisito tacto escribe un historiador. Durante la permanencia en Salta, el ejército español habíase propuesto, poniendo en juego los recursos de su peregrino ingenio, hacer pa-

sar al servicio de la patria a todos los americanos que se encontraban en las tropas realistas.

Todo es bello y romántico en la existencia de esta mujer que fué una de las musas de la guerra de la Independencia.

No fué Magdalena Güemes una amazona como Juana Azurduy, de quien también nos ocupamos en este libro, aunque ambas habían nacido no lejos la una de la otra; el mismo ensueño ardiente animó sus vidas magníficas, y hasta llegó a unir las en la gloria, en la esperanza y en el dolor.

La Macacha jamás empuñó una espada en sus manos blancas y frágiles; pero el abanico con que velaba sus ojos negros, en las tibias noches de Salta, cuando la luna bañaba las montañas, hacía más estragos en los corazones de los altivos húsares españoles, y sus largas pestañas ganaban más batallas por la causa americana, que las hondas de los pobres y heroicos indios de la intrépida Juana...

En las horas negras de la guerra del Norte, en aquél año doloroso de 1816, cuando las hordas vencidas de gauchos rotos se desbandaban, cuando "desde Méjico hasta el Cabo de Hornos imperaban las armas españolas", las figuras luminosas del héroe y su hermana legendaria erguíanse para redimir la humillación de Sipe Sipe y para enjugar el llanto de Ayohuma.

En los vaivenes de la fortuna, en las alternativas de la epopeya, la figura de la bellísima salteña, aparece constantemente; flota sobre los campamentos gauchos como el ángel tutelar de la esperanza y de la victoria. Es ella quien restaña las heridas y seca las lágrimas del héroe; es ella quien siente renacer su fe de mujer amorosa y fuerte en las horas melancólicas de la derrota, cuando el clarín de los virreyes resuena victorioso en las quebradas de Trujuy, en los valles de Salta; cuando su hermano exclama desesperado: "Mi

pueblo es un esqueleto descarnado... Ya no sé qué hacer... No me queda más capital, ni más cuartel que el lomo de mi caballo..."

Más de una vez, sí, el fuego de aquellos ojos negros que veían el porvenir debió velarse con ardientes lágrimas. Pero en el alma de la Macacha Güemes ardía la misma llama que abrasaba el alma de Juana Azurduy.

Había uno que la amaba sobre todos los otros.

Era el coronel Saturnino Castro, hijo de la ciudad de Salta, "importante jefe que había prestado servicios importantes a la causa del rey".

La pasión de este hombre por la hermana de Güemes databa de años.

¿Qué razón desconocida lo llevó a dar la espalda a las banderas americanas y unir su destino al de los realistas?

Durante la ocupación de Salta, los ojos negros de Magdalena debieron realizar su sortilegio en el corazón del coronel Castro.

Lo cierto es que un día, más allá de la frontera, Castro decidió abandonar la causa del rey y plegarse a sus compatriotas.

¿Fué aquél un acto de traición?

No. Porque las generaciones perdonan a los que amaron mucho, a los que murieron por su amor.

¡Cuántas noches solemnes y profundas debió pasar el apasionado coronel, en el silencio de los campamentos, viendo a lo lejos las montañas de Salta iluminadas por la luna, sintiendo las ráfagas que le traían las notas de los estilos nativos, el eco lejano de la voz amada, mientras él se hallaba con los opresores!

"Ella" estaba soñando y esperando entre los pobres gauchos; creía, como ellos, que la sombra de los reyes debía borrarse de los valles natales.

La tragedia fué breve, rápida.

Castro decidió sublevarse. Anticipó el movimiento, y, sublevando a su escuadrón, tomó el camino de Majo.

Una vez allí, se presentó solo ante el coronel español Sumo Cursio, intimándole que le siguiera, haciéndole creer que un gran ejército patriota rodeaba la población y que no había otro medio de salvarse más que pasándose al enemigo.

El coronel realista no se dejó intimidar. Arrestó a Castro y lo hizo fusilar en el acto.

¿Fué esta la verdadera y terrible historia de amor de Magdalena Güemes?

¿Adivinó ella, un atardecer de otoño, mirando las estrellas que nacían en el cielo claro y profundo, que una descarga, a muchas leguas de distancia, borraba del mundo de los vivos al gallardo coronel que la había amado desde los primeros años de su juventud, y que los ojos inmóviles del fusilado estarían fijos en esas mismas estrellas?

Rodaron los años.

Años de gloria y de dolor. Los clamores de la epopeya resonaban sordamente en las quebradas. La voz poderosa del caudillo volvía a reunir sus gauchos rotos e indómitos. Los generales famosos de la Independencia llegaban y partían, exultantes en la victoria, sombríos en la derrota. Clarinadas lejanas llegaban de más allá de las montañas.

Pero los gauchos siempre estaban en su puesto, en la frontera. Y a su frente, ardoroso y soberbio, ondulando los largos cabellos al viento de los valles, el paladín, Güemes. Y al lado del héroe, bella, sublime de fe, divina de amor, la heroína...

A su lado estaba, también, aquél día trágico de 1821, cuando la bala del "Barbarucho" derribó ensangrentado y moribundo sobre el sagrado suelo de Salta al caballero andante de la guerra del Norte.

Fué ella, Magdalena Güemes, quien sostuvo la cabeza agonizante del caudillo y besó sus labios helados, mientras el alma del héroe se iba hacia las estrellas, entre el ronco sollozo de los gauchos, una tarde de invierno, hace ciento dos años.

DELFINA RAMIREZ

LA LEONA DE MONTIEL

Delfina Ramírez es una de las heroínas de amor de nuestra historia.

Era morena y arrogante y tenía el fuego de las Amazonas entrerrianas. Porque doña Delfina, como la llamaba el pueblo, había nacido bajo el cielo azul de las cuchillas, en tiempo de los virreyes.

¿Qué designio la puso en el camino turbulento de Francisco Ramírez el caudillo famoso, que surge, jinete en su caballo de combate, en medio de las primeras revueltas civiles, se pronuncia contra los que proclaman la unión nacional en Entre Ríos, deshace las fuerzas de Marcos Balcarce en el Saucecito, desafía al mismo Belgrano, se da a sí mismo el título de "Supremo Entrerriano", e inicia sus campañas legendarias contra Buenos Aires?

Por espacio de lustros el alma tempestuosa del cau-

dillo se agita en el escenario nacional, en las luchas de aquella patria que estaba haciéndose, ardorosa de pasión, vibrante de coraje.

A su lado, galopando gallardamente, vestida con una casaquilla roja galoneada de oro y un pequeño chambergo cubriendo los abundantes y magníficos cabellos negros, pasa ante la mirada de las generaciones argentinas la figura vibrante y apasionada de la Delfina.

El viento de las cuchillas juega con las plumas rojas y negras de su chambergo. Su silueta de amazona criolla se perfila sobre un fondo de lanzas estremecidas.

Desde el día en que le conoció y le amó, no se aparta un instante de su lado. Le sigue en la jornada de Cepeda. Le acompaña día y noche en la guerra contra Artigas. Va con él hasta Corrientes, la bravía, y asiste a los saqueos de la provincia guaraní. El corazón ardiente de la Delfina permanece impasible ante el patíbulo de Goya, donde sangra el cadáver palpitante de Correa. Comparte el júbilo exultante de Ramírez ante la doble derrota de Lamadrid, el paladín de los paladines argentinos...

Es un idilio de amor, una larga luna de miel y de sangre, la que transcurre en medio de los combates, de las victorias, de las derrotas, de los fusilamientos, de las invasiones. Es en el regazo de la Delfina donde el caudillo reposa su cabeza dolorida después del desastre de Coronda; son las manos amorosas de la Delfina las que restañan las heridas de Cruz Alta y enjugan las lágrimas desesperadas de San Francisco...

Porque el sol se pone ya para Francisco Ramírez. Un silencio de crepúsculo empieza a invadir las selvas nativas, donde ya no cantan los zorzales.

Ha comenzado la dispersión de las lanzas legendarias. Los gauchos se desatan las vinchas y se hunden

melancólicamente en las cuchillas, en las selvas. La República de Entre Ríos ha entrado en agonía.

¿Qué pasa en el alma de Francisco Ramírez?

Sombrío y trágico, comprende que ha llegado el final. Sólo consuelan su desesperación, y su angustia los besos apasionados de la Delfina.

¡Pancho! ¡Pancho!

Aquel acento adorado suena en sus oídos como un canto de calandrias.

Una partida santafecina lo sigue de cerca, a todo galope, en la última huída. El caudillo y su compañera galopan hacia la muerte. Doña Delfina ha quedado rezagada en la trágica fuga.

¡Pancho! ¡Pancho!

Al oír aquel grito de angustia, el caudillo hace girar su caballo en medio del polvo del camino. Sus ojos inyectados en sangre presencian una escena de espanto: Delfina ha sido alcanzada y arrastrada del caballo. Un soldado le arranca la casaquilla y otro el chambergo, cuyas plumas rojas barren el polvo. Los largos cabellos oscuros caen sobre el bello semblante de la amazona...

Seguido por dos de los suyos, el caudillo carga contra los enemigos, trágico de ira y de coraje. ¿Acaso no era entrerriano?

Consigue arrebatarse a la Delfina de entre las manos de los enemigos brutales y la sube en peso a su caballo, que se lanza al galope nuevamente, cubierto de espuma y de sudor. Pero un pistoletazo le atraviesa el corazón, y Ramírez cae hacia adelante, abrazándose al pescuezo de su cabalgadura en el estertor de la agonía. El caballo continúa galopando un trecho, con su jinete muerto, hasta que lo detienen, y Ramírez cae al suelo con la cabeza envuelta en su poncho rojo.

Las cabezas de doña Delfina y su compañero cayeron juntas bajo los cuchillos de los soldados. Diríase

que sus labios, cárdenos y fríos, se unían hasta en la muerte.

¡Heroica y apasionada Delfina!

Sus bellos ojos negros, que durante veinte años se iluminaron de amor al contemplar el rostro hirsuto y viril del caudillo, no alcanzaron a leer el salvaje epitafio de sus enemigos: “Hemos cortado en guerra franca la cabeza del Holofernes americano”...

MARIQUITA THOMPSON

LA MADRINA DE LA LIBERTAD

Mariquita Thompson nació con el nombre de María Sánchez, y murió llamándose Madame Mandeville.

Fué su salón lo que la hizo inmortal: un salón de trece varas de largo por seis de ancho, en el cual bailaron sesenta parejas la noche del día que se supo la victoria de Ituzaingó.

Toda la historia nacional palpitó en aquel salón de leyenda, desde 1806 hasta el año siguiente de declarada la guerra del Paraguay.

Estaba situado en la calle Florida, entre Cangallo y Sarmiento, donde hasta hace veinte años funcionó una célebre casa de remates. En el patio florecía un naranjo que vivió cerca de cien años, como Mariquita Thompson.

“Ya en el año de la Reconquista se reunían allí las bellezas de su tiempo, rodeando al virrey de la Victoria (Liniers), Pueyrredón, Sarratea, Lezica, Escalada,

Almagro, Alvear, San Martín, Rivadavia, Balcarce, Brown, y el general Beresford, el invasor inglés, prisionero de Buenos Aires...”.

Los muros de ese salón escucharon por primera vez los acordes del himno nacional, que ensayara allí su propio autor, Parera. Allí se oyeron los versos inflamados de Varela, las galanterías fogosas de Monteagudo, los sueños iluminados de Rivadavia, que, al fundar la Sociedad de Beneficencia, nombró secretaria perpetua a Mariquita Thompson.

Allí, durante cerca de sesenta años, se bailaron contrandanzas, minués, gavotas, polkas, con zapatitos de raso negro y medias caladas.

Una de sus noches más ilustres fué la del 15 de Octubre de 1812.

Estaban allí, entre otras, Ramona Esquivel Aldao, Petrona Cordero, Rufina de Orma, Isabel Agrelo, Magdalena Castro, Angela Castelli de Igarzábal, Carmen Quintanilla de Alvear, las cuatro hermanas Escalada, Eugenia, Nieves, María y Remedios. Esa noche San Martín, comandante apenas, se comprometía con la menor, Remedios...

Pero nos estamos olvidando de Mariquita Thompson. Delgada, menuda, de baja estatura, no era bella. Unos ojos húmedos y profundos prestaban encanto singular a su semblante movible y pequeño. Mas si era escasa su hermosura, su inteligencia era luminosa. Sus cartas, notables piezas literarias, se encuentran en el archivo de la Sociedad de Beneficencia, y dan fe de sus altas dotes intelectuales. El general Guido, padre de Guido Spano, solía compararla con Madame Recamier, y Esteban Echeverría, el autor del “Dogma de Mayo”, llamábala “la Corina del Plata” en sus románticas parábolas.

Fué Mariquita Thompson, o María Sánchez, una

de las más ricas herederas de Buenos Aires. Uno de sus bienes era la manzana donde se hallaba su salón, entre las calles Florida, San Martín, Cangallo y Sarmiento. La mitad de San Isidro era de su propiedad.

Su primer matrimonio fué un idilio casi novelesco, todo lo novelesco que puede ser el amor de una niña rica, por más inteligente que sea...

—“Aunque todos se opongan, siempre de Thompson”.

Y fué la señora de Thompson, honorable extranjero que la dejó viuda con el rodar de los años, y cuyo obscuro apellido británico su esposa inteligente había de legar a las tradiciones argentinas.

¿A quién no recibió en su salón Mariquita Thompson durante tres generaciones?

Fuó ella quien bordó y entregó al almirante Brown la bandera que ondulara sobre los dos sitios de Montevideo; fué ella quien enjugó con su pañuelito de seda rosa, bajo el naranjo del patio colonial, las lágrimas del hijo de Napoleón, de aquél pobre conde Walewski, embajador de Francia, que vió nacer y morir en Buenos Aires a su primera hija, en 1847; fué ella quien conversó largas horas con los sabios Holmberg y Bompland, con el mariscal Santa Cruz; fué ella quien bailó minués con el joven emperador del Brasil, durante un célebre viaje a la corte de Río de Janeiro; fué ella quien recitó las odas más famosas de Varela; fué ella quien...

Esposa del ministro francés Mandeville, continúa siendo “la Corina del Plata”. Sigue recibiendo a los poetas, los guerreros, los estadistas, los revolucionarios, los sabios, en aquel salón cuyos muros cobijaban las voces y los sueños de la historia, mientras florecía el naranjo solitario del patio, y la patria, sobre los hombros de las generaciones, marchaba hacia el porvenir, y el tiempo aventaba las cenizas de los muertos.

¡Mariquita Thompson!

Los cañones argentinos rugían en los campos del Paraguay cuando el salón legendario de Mariquita Thompson, en el que resonaba ahora la voceilla irridada de Sarmiento, se cerró para siempre.

Mariquita, con los cabellos blancos ya, rodeada de la selva humana de sus descendientes, consideraba terminada su histórica misión. Los muros ilustres ya no habían de volver a escuchar los versos de los poetas, el rumor de las espadas de los guerreros, los discursos de los tribunos, los sueños de los patriotas, los suspiros de los amantes...

Fué un día melancólico para la historia nacional el día que se clausuró para siempre el salón de Mariquita Thompson. Desde entonces la calle Florida no volvió a ser jamás lo que había sido. Ni la sociedad de Buenos Aires, tampoco...

Mariquita fuése a su inmensa quinta de San Isidro.

Allí, entre el susurro de los álamos y el rumor de las campanas de la iglesia próxima, vivió los últimos treinta años de su larga vida.

¡Cuántos recuerdos inolvidables, cuántas voces inextinguibles, cuántos imborrables episodios, debieron volver a su alma fatigada de abuela, en el largo silencio de su vejez, en el reposo profundo de su quinta, cuando el viento agitaba los álamos y las ondas del estuario agonizaban, coronadas de espuma, al pie de las barrancas!

En su casa de la calle Florida había vivido la historia.

Los tumultos de 1806 y 1807, las manifestaciones de 1810, la diana fluvial de 1814, el grito de 1816, el gemido trágico de 1820, los clarines de 1826, la cabalgata restauradora de 1833, la tormenta de sangre de 1840, el sitio grande, Caseros, el Paraguay...

Todo lo había vivido bajo los aleros coloniales de la calle Florida, poblados ahora por la sombra misteriosa y desvanecida de sus muertos.

Ella, la anciana melancólica de San Isidro, era también una muerta que no acababa "de morir, rodeada de sus nietos, sus árboles y sus sombras.

Hasta que un día la muerte llegó en busca de Mariquita Thompson, que tenía cerca de cien años.

Y la muerte besó dulcemente sus cabellos de nieve, y una noche de otoño se llevó el alma de Mariquita Thompson, aquella alma que había vivido —y comprendido— las grandes almas de la patria.

ENCARNACION EZCURRA DE ROSAS

LA RESTAURADORA

Encarnación Ezeurra, hija de D. Juan Ignacio de Ezeurra, navarro, y de Doña Teodora de Arguibel, argentina, hija de francés, “animosa niña de diez y ocho años”, tenía en el año 1813 un novio que se llamaba Juan Manuel Ortiz de Rosas. Ambos habían nacido en Buenos Aires, de claro linaje los dos.

El novio firmaba ya el nombre que debía hacerse célebre en la historia argentina: Juan Manuel de Rosas. Trabajaba en aquel entonces — planteada ya la disidencia con sus padres, D. León Ortiz de Rozas y Da. Agustina López de Osornio — en los salvajes campos del Sur, donde aprendiera, al frente de las estancias paternas, los secretos de la vida rural, él, de origen casi noble, educado en el famoso colegio de Argerich y ex-alférez de Migueletes en las invasiones inglesas.

D. Juan Manuel solía venir a Buenos Aires para

visitar a su novia. En aquel tiempo, escribe el Dr. Carlos Ibarguren, la juventud estaba enardecida: los ecos de las veladas de la Sociedad Patriótica vibraban con calor en 1812 y se prolongaron intensamente en 1813... Susurrábanse las resoluciones secretas de la Logia Lautaro; comentábanse las proclamas de fuego de Montegudo. San Martín y Alvear acababan de regresar de España, donde combatieran contra las legiones napoleónicas.

Pero a D. Juan Manuel de Rosas, a quien no le había interesado mucho la revolución de Mayo, sólo pensaba entonces en su estancia y en su novia.

Surgió un grave inconveniente ante aquellos enamorados juveniles: la madre de Rosas, enérgica y autoritaria, oponía su veto a aquellos amores, a pesar de la virtud y la limpieza de sangre de Encarnación.

“Esta, al cerciorarse que Da. Agustina rehusaba en consentir tal casamiento so pretexto de la poca edad de los prometidos, escribió, a instigación de su novio, una carta dirigida a éste en la que le requería el inmediato enlace, dando a entender que se hallaba encinta. Juan Manuel dejó deliberadamente la engañosa misiva en un lugar visible de su aposento para que fuera leída, por su madre. Da. Agustina enteróse de la carta y corrió desesperada a casa de la Ezcurra a revelar el bochornoso secreto a Da. Teodora Arguibel, madre de Encarnación. Ambas señoras resolvieron que el único medio de evitar un escándalo social era el inmediato matrimonio...” (Carlos Ibarguren, “Juan Manuel de Rosas”).

Se casaron el 16 de marzo de 1813, cuando llegaban a Buenos Aires los partes de San Martín y Belgrano, anunciando las victorias de San Lorenzo y de Salta. Las campanas que repicaban por las primeras glorias militares de la revolución de Mayo arrullaron la luna de miel del futuro Restaurador de las Leyes.

En 1815 nació el primogénito, aquel enigmático Juan Bautista Rosas que debía pasar como una sombra por la larga noche de la tiranía. Luego llegó al mundo la famosa Manuelita, evocada en otro capítulo de este libro, y algo más tarde, el pequeño Juan Manuel, muerto al abandonar la cuna.

Apenas casado, Rosas volvió a la pampa. Las fuerzas casi salvajes de la naturaleza le atraían con fascinación misteriosa, hasta el punto de arrancarle de los brazos de la esposa de diez y ocho años.

“Esta, dice el escritor citado, nada temía, ni de sus padres, ni recibió jamás herencia alguna... En el momento de su matrimonio carecía de gracia y de frescura. No aparecía fea, pero las líneas fuertes y regulares de su rostro daban a su expresión un matiz de energía viril que malograba todo intento de suave coquetería o de dulce sonrisa... Era tan resuelta como franca y sus exaltaciones no eran arrebatos de niño mimado, sino impaciencias de un temperamento violento, ansioso de acción... Esta mujer parecía más hecha para ayudar que para amar: rectilínea en su conducta y unilateral en sus visiones, ella, en vez de seducir y conquistar el hombre elegido por su corazón, se entregó con fervor en servirlo hasta el sacrificio, como un instrumento ciego... y tal inclinación no era resultante de falta de personalidad, por el contrario, su espíritu se caracterizaba con rasgos netos y vigorosos; mas ella prefería confundir su yo con el poderoso de su “compañero querido”... Su adhesión a Juan Manuel fué un ejemplo edificante de fidelidad y devoción conyugal; pero el estrechísimo vínculo de esas dos almas que se completaron para la acción, y se comprendieron, no palpité jamás con ternura, ni se recogió con delicadeza, ni sintió la emoción inefable del misterio de la vida interior...”

Este admirable retrato moral de la futura “Heroí-

na" de una cabal idea de lo que fué aquella célebre mujer, quien, muchos años más tarde, debía representar un papel decisivo en la política argentina.

Pasaron los años. Rosas, siempre tibio, casi desanimado en sus relaciones conyugales, iba conquistando la pampa. Desde el fondo de sus estancias, observaba fríamente el drama de la naciente nacionalidad. El hacendado del "Rincón de López" pensaba que los tiempos mejores y tranquilos fueron los anteriores a 1810...

Encarnación, apasionada y fiel, escribíale cartas cariñosas y frecuentes, mientras él, "metido hasta la cintura en el hampa gaucha", trazaba línea de fortificaciones contra el indio y, soñaba con un gobierno fuerte y organizado, en medio del estrépito de las contiendas civiles y las marejadas de una política insegura.

La pobre y casi abandonada Encarnación lloró de orgullo y de alegría cuando lo vió entrar en Buenos Aires al frente de sus ya famosos "Colorados", su milicia gaucha, una mañana de Octubre de 1820, para sofocar uno de los tantos motines contra el gobierno, que lo era entonces Martín Rodríguez.

Desde entonces, como desde 1813, la Ezcurra, con su adorado Juancito en las rodillas, mientras la vivaz Manuelita se consolaba de la frialdad materna entre sus tías, vivió día por día, hora por hora, los destinos cada vez más brillantes de su "idolatrado Juan Manuel". Volvió a sollozar de júbilo en 1829, cuando Rosas gobernador se sentó en el sillón ensangrentado de Dorrego. El "Tigre de Palermo" empezó a mostrar las zarpas en 1830, y cuando D. Juan Manuel se fué a su famosa campaña del río Colorado, desde la cual vendría a imponer su larga tiranía de sangre, que sólo iba a terminar en 1852, fué la intrépida y enérgica Da. Encarnación quien debía luchar contra todos por el prestigio y el predominio político del futuro tirano.

Da. Encarnación tenía entonces, 1833, treinta y ocho años, y era cada vez más fea y más hombruna, escribe José María Ramos Mejía. Su acento ronco y desagradable, que sólo se dulcificaba al dirigirse a su Juan Manuel y a su Juancito, hacía estremecer hasta a los generales de la Independencia, a quienes trataba con altanera y desdeñosa familiaridad, “porque ninguno de ellos vale lo que vos, mi querido compañero”, escribía-le a su marido ausente.

“Estoy anhelosa de que se arme el bochinche que se llevará al diablo a los cismáticos”, continuaba escribiéndole con su penosa letra y su extraordinario estilo al “Héroe del desierto”.

Hasta que un día la turba de restauradores, animada por la heroína federal, salió a las calles de Buenos Aires con sus puñales para hacer la revolución...

En 1835, el Restaurador de las Leyes, ayudado poderosamente por su apasionada y enérgica “Restauradora”, iniciaba su larga tiranía de hierro y de sangre.

Aquel día de abril, funesto para los argentinos, los labios fríos de D. Juan Manuel de Rosas quizás acariciaron, por primera vez en mucho tiempo, el áspero semblante de Da. Encarnación Ezcurra...

Pero la animosa porteña no debía participar mucho tiempo de la trágica gloria, del casi sobrehumano poder (que ella había ayudado a conquistar) de su adorado Juan Manuel.

Una fría noche de octubre de 1838, la “Restauradora” se sintió morir. Su idolatrado Juancito, a quien Rosas no amó jamás, siendo su primogénito, contaba entonces veintitres años, y Manuelita, la idolatrada del padre, tenía veintiuno.

“Rosas perdía, no solamente en su hogar a la esposa, sino también a la colaboradora, al estímulo, al

consejero íntimo y al instrumento más eficaz de su acción", escribe el Dr. Ibarguren, quien continúa:

"Tal desgracia fué deplorada en exaltado duelo popular. Se rindieron a la Heroína de la Federación los honores máximos de capitán general; los miembros de la Sociedad Popular Restauradora firmaron el compromiso de: "1º Encomendarla a Dios Nuestro Señor en nuestras diarias oraciones 2º, cargar luto durante lo traiga nuestro ilustre Restaurador, y hasta que él mismo no se lo quite, no nos lo quitaremos; 3º que este luto sea igual y conforme al que usa nuestro ilustre Restaurador, que consiste en pañuelo o corbata negra, en una faja con moño negro en el brazo izquierdo y tres dedos de cinta negra en el sombrero, debiendo quedar bien visible abajo la divisa punzó..."

"Rosas, añade el mismo Dr. Ibarguren, a pesar de su pena, aprovechó como astuto político de este duelo para enternecer con actitudes compungidas y dolientes a las turbas fanatizadas... Da. Encarnación le sirvió, así, hasta con su muerte, de instrumento político..."

¡Pobre y apasionada "Restauradora"!

Allí estaba muerta, sin confesión, bajo la mirada indiferente del hombre que no amó jamás a nadie, excepto, quizás, a Manuelita, que fué su única pasión durante sesenta años. Lo había amado en la obscuridad y en la pobreza; vivió para él su radiante juventud; para él, frío y desamorado, fueron sus sueños, sus luchas, sus esperanzas, hasta que lo vió grande, formidable, temido, omnipotente, y murió pronunciando su nombre, mientras él, indiferente y glacial, se entregaba a sus brutales pasatiempos con don Eusebio de la Santa Federación y con el grotesco "padre" Biguá en la misma casa mortuoria...

Sesenta años después, allá en el melancólico desierto de Southampton, quizás la dulce y amorosa som-

bra de la novia de 1813 volvió a poblar los últimos sueños del antiguo Restaurador de las Leyes; tal vez un lejano y sutil remordimiento hirió el helado corazón de Don Juan Manuel de Rosas en aquella fría noche de 1877, la postrera de su larga existencia, al evocar en las alucinaciones de la agonía, el semblante desvanecido de Da. Encarnación Ezcurra...

En 1917, monseñor Marcos Ezcurra, ilustre prelado de la iglesia argentina, descendiente directo de la familia de Da. Encarnación, el cual vive aún, escribía lo siguiente:

“Cerca de ochenta años después de ocurrida su muerte, por una extraña circunstancia, Da. Encarnación apareció ante nuestros ojos en una forma inesperada. Debían trasladarse los restos de la bóveda de los Terreros a la de los Ortiz de Rosas, por un arreglo de familia. Presenciaban la solemne ceremonia, junto conmigo, D. Juan Manuel, D. Ricardo, y D. Jorge Ortiz de Rozas, sus bisnietos, y D. Dardo Corvalán Mendilaharsu. Allí vi en el abierto ataúd su cadáver, casi como en el día en que la sepultaron, setenta y nueve años antes. El rostro con las facciones perfectas, blanco, con un blanco de cera amarillenta, los cabellos castaños brillantes, cayendo en dos bandas onduladas desde la pálida y serena frente; los ojos cerrados, pero con expresión viviente; la boca entreabierta, como rezando una plegaria; las manos cruzadas sobre el pecho, como si recién se hubiera quedado dormida. Sus vestidos estaban intactos: el hábito blanco de los dominicos sin una mancha, el escapulario sobre el pecho, el cordón de San Francisco a la cintura...”

¡Hasta las rosas marchitas que durante ochenta años habían perfumado el ataúd de “la Restauradora” estaban rojas todavía!

MERCEDES ROSAS

LA CORINA DEL PLATA

Era una de las hermanas menores de don Juan Manuel de Rosas aquella Mercedes, rubia, de escasa estatura, ligeramente obesa, que amaba las letras y las artes y había de casarse con un brillante médico llamado Miguel Rivera.

Mercedes Rosas no tenía la belleza olímpica de su hermana Agustina, la mujer del primer general Mansilla, ni el carácter enérgico y altivo de doña Andrea, la única de las hermanas de Rosas que se atrevía a desafiar las iras del Restaurador.

Perfumó con su bondad las sombrías horas de la tiranía; pasó su juventud leyendo novelas y poesías que arrebatában su soñador espíritu. En las tertulias de la familia Ortiz de Rosas, mientras su hermano, obscuro aún, andaba domando potros, parando rodeos y arreando tropas por los campos de la provincia de

Buenos Aires, doña Mercedes conocía y bailaba con los héroes de Chile y del Perú.

Su romanticismo idealizaba a aquellos hombres en sus amores y en sus hazañas. Quizá fué la "única" de todas las Rosas que comprendió el espíritu de la Revolución de Mayo, a la cual sus padres y sus hermanos, inclusive don Juan Manuel, habían vuelto la espalda.

Fué así como doña Mercedes Rosas escribió la primera novela argentina. La noble dama era más que sexagenaria cuando se decidió a publicarla. Hacía largos años que Rosas había caído y las mazorcas literarias degollaban su recuerdo, cuando apareció en los estantes de la librería Ibarra, en el invierno de 1861, un volumen de 216 páginas, con la siguiente inscripción en la portada: "María de Montiel, novela por M. Sasor". M. Sasor es el anagrama de Mercedes Rosas, como puede verse.

La novela, publicada por la imprenta "La Revista", ostenta la siguiente dedicatoria impresa: "Al doctor Luis J. de la Peña: Me permito dedicarle la novela que publico; es mi primer ensayo; su mérito es muy poco, lo confieso; no está exenta de faltas, pero no temo que sea usted un juez demasiado severo y que aceptará mi humilde trabajo..."

Después de estas palabras modestas y candorosas, la novelista de sesenta años agrega que estas páginas son los recuerdos de su juventud.

Efectivamente, María de Montiel es ella, es Mercedes Rosas, en los salones de cuyos padres se congregaba la flor de la sociedad porteña de 1820. En las vastas casonas virreinales, en las inmensas estancias amenazadas por el indio, la heroína del primer romance argentino sueña sus sueños de amor, de esperanza y de ventura, sobre un fondo heroico y lejano de batallas.

Es en 1824. El guerrero que amaba María de Montiel ha caído en los campos gloriosos de Ayacucho, ha sellado con la sangre de su agonía la independencia americana. Y son el general Necochea, el paladín de Chacabuco, y el coronel Olavarría, el "centauro de Junín, quienes llegan hasta el hogar solariego de Buenos Aires y narran a la llorosa porteña la muerte del amado en medio de las dianas de la victoria.

¿Cuándo escribió doña Mercedes Rosas esta hermosa novela que no carece, por cierto, de verdadero interés dramático y de positivas bellezas literarias?

Indudablemente, las páginas de "María de Montiel" fueron escritas antes de 1830. La dulce hermana del Restaurador las rehizo, las corrigió con amorosa paciencia durante las horas largas de la tiranía de diecinueve años. Cabe pensar que ocultó cuidadosamente a su feroz y burlón hermano la existencia de aquel libro, en el cual había encerrado todos los sueños, los recuerdos, los amores de su primera juventud.

Mercedes Rosas esperó largos años para publicarlo. Vió nacer al hijo de su juventud cuando ella tenía los cabellos blancos y el ex Restaurador estaba muy lejos.

En la Biblioteca Nacional existe un ejemplar de "María de Montiel", con la siguiente dedicatoria, trazada en insegura y delicada letra femenina. "Al Sr. Du. Martín Piñero, como una distinción de amistad particular. — M. Rosas".



Mercedes Rosas continuó viviendo en Buenos Aires con su esposo y sus hijos cuando su hermano abandonó el país para radicarse en Southampton. Ella mantuvo vivo el fuego de su cariño por el gran expatriado y es-

tuvo hasta su muerte en constante comunicación epistolar con él y con Manuelita.

Cuando en 1856 fué fusilado en los alrededores de Buenos Aires el coronel Jerónimo Costa, su pariente., por orden del gobierno local, la señora de Rivera se ocupó personalmente ayudada por sus criados, de dar sepultura a los restos del desventurado militar. El hecho trascendió, y el populacho, que entonces hacía gala de anatematizar todo lo que tuviera atingencia con Rosas, hizo demostraciones hostiles ante la casa de la digna matrona. He aquí cómo ella misma relata el suceso a su sobrina Manuelita:

“Vinieron a darme serenata y les tiré con grandes pedazos de carbón de piedra y jugué con ellos carnaval, pues recibieron toda la agua del baño que tenía Miguel arriba, y a más le grité con voz de soldado: ¡Viva la nueva mazorca! ¡Vivan los nuevos Cuitiños, Paras y Troncosos!... Y les advierto que si me rompen algún vidrio les meneo bala. Entonces se fueron los “gallinas”, flojos y cobardes: cuando encuentran energía, ceden”..

Así era de enérgica y decidida esta mujer de delicado espíritu y de exquisita sensibilidad.

Doña Mercedes Rosas de Rivera falleció el 20 de mayo de 1870, casi repentinamente, víctima de un ataque de apoplejía, en su casa de la calle Bolívar señalada con los números 531 y 535, que se conserva en la actualidad tal como era entonces.

MANUELITA ROSAS

LA PALOMA DEL TIGRE

Era la paloma que arrullaba de amor entre las zarpas del tigre. ¡Manuelita!

Su nombre despierta ecos extraños, voces inolvidables, en la imaginación de las generaciones argentinas. Al murmurarlo, vuelve a sonar en nuestros oídos el galope siniestro de los caballos de la Restauración; surge ante nuestras pupilas la visión diabólica de los chiripás rojos, y escuchamos la terrible canción de 1840, sonando en los aleros virreynales, en los paredones despintados de los templos, en los patios coloniales perfumados por los jazmineros:

*El Santo Sistema
De Federación
Da a los unitarios
Violín y violón...*

La "Refalosa" era la "Carmagnole" de las turbas porteñas en las horas indescriptibles del Terror argentino, cuando florecían las rosas de sangre.

En medio de aquella huerta roja, Manuelita lloraba o sonreía. Su acento dulcísimo de porteña caía como un bálsamo sobre los ensueños alucinados del déspota, cuyos pasos, desde los corredores de la calle Moreno, desde los patios de San Benito de Palermo, resonaban en la historia con ecos largos y profundos.

Manuelita Rosas fué el milagro de amor de una época.

Y qué época aquélla que se prolongó por espacio de diez y nueve años, aquél drama cuyo prólogo fué la entrada de los Restauradores en Buenos Aires, y cuyo epílogo presenciaron los árboles centenarios de Caseros...

Era dulce y buena como las torcazas del monte natal, aquella hermosa mujer de ojos rasgados y profundos, de rizos renegridos, de manos transparentes y pálidas como los jazmines criollos que crecían en los patios de piedra.

La suave figura se acentúa entre las de las mujeres inquietantes que rodean al tirano: la siniestra doña María Josefa Ezeurra; la altiva y enérgica Andrea Rosas, la propia hermana del Restaurador; las crueles y ardientes mulatas que revolotean, como aves de pesadilla, como medusas del miedo y de la traición, en torno de aquél.

Con toda su vasta bondad, Manuelita sólo pudo enjugar muy pocas de las lágrimas que se derramaron después del año 40. Estrellábase su debilidad contra las decisiones implacables del gran hombre, que acariciaba con una mano los cabellos adorados, y con la otra señalaba a sus esbirros feroces el camino de su sangrienta misión.

Derrumbado el gran ensueño trágico, vemos en el

crepúsculo de Caseros embarcarse al padre y a la hija fugitivos en el barco inglés que debía llevarlos al destierro. Es una escena de romance, la de aquellas dos almas, fría y terrible la una, cálida y dulce la otra, huyendo hacia lo desconocido en la noche tenebrosa de la caída.

Después encontramos a ambos en un arrabal de Southampton, perdidos en las nieblas de Inglaterra.

Allí, era Manuelita la que cubría al tirano dormido con su poncho pampa, mientras llegaban desde el muelle lejano las voces de los navíos. Era ella quien le preparaba el mate criollo, mientras él, un hombre gordo, vestido de azul, iba a contemplar desde los malecones de Southampton los buques que venían o partían hacia la patria perdida para siempre.

Manuelita era una mujer inteligente. Sus cartas, aún las que escribió en su ancianidad (murió a los 81 años, en 1898) lo demuestran.

Todos los novelistas y los dramaturgos que han evocado la época de Rosas han atribuído supuestos amores a la hija del tirano; idilios románticos con gallardos unitarios, casi siempre.

Mas es necesario creer a los que afirman que durante la larga dictadura Manuelita no tuvo más amor que el filial. Quizá más de una vez las alondras de los veinte años rozaron con sus alas su corazón ardiente de criolla; acaso en más de una ocasión la figura varonil de un teniente o el rostro pálido de un poeta la turbó por un instante.

Pero ella no tenía más amor que su "Tatita".

Sus ojos apasionados, al contemplarlo, extáticos, no veían las garras de la pantera: veían tan solo las alas del arcángel, en aquel hombre hermoso como un dios, cuya sangre llevaba en las venas, y ante cuyos ojos azules temblaban todos, menos Lavalle...

Todavía existe, en la calle Bolívar, a la altura del 500, la casa virreynal donde Manuelita y su padre pasaron la noche de Caseros. Hoy es un inquilinato. En 1852 era la residencia del cónsul inglés, Mr. Gore, donde se refugiara el gran vencido.

De allí, de ese umbral carcomido por el tiempo, salió la Antígona argentina con su trágico Edipo, para embarcarse.

Las nieblas inglesas no entibiaron aquél fuego de amor, ni los años, largos, glaciales, solitarios, amortiguaron aquella pasión filial.

¡Cómo debieron llorar los ojos negros de Manuelita Rosas aquella mañana brumosa en que el ex Restaurador de las Leyes volvía al regazo de la tierra, cerrados para in eternum los terribles ojos azules de aquél angel caído, durmiendo en una tumba sin nombre, bajo el cielo gris de Southampton!

Rosas estaba muerto...

Es ahora cuando la figura melancólica de Manuelita se torna más trágicamente patética.

Ha quedado sola, desvanecido en las eternas tinieblas de un inmenso amor, gimiendo su pasión al borde de un sepulcro solitario.

¡Cuán lejos estaban los días tumultuosos de 1840, las largas veladas de San Benito de Palermo, el cuchicheo de las mulatas domésticas, las risotadas de los mazorqueros, el grito monótono de los serenos de la calle Moreno, las vidalitas de los soldados de Santos Lugares!

Todo eso debió volver al corazón de Manuelita Rosas en aquella hora lúgubre en que quizá se sintió morir, bajo el brumoso cielo, escuchando palabras de consuelo y de resignación que no entendía.

¡Tatita! ¡Tatita!

Su gemir ardiente fué el réquiem del déspota. Sus ojos ciegos de angustia, los únicos que quizá lloraron

al muerto; sus lágrimas de fuego, las únicas que humedecieron la losa de aquel sepulcro.

Es en esta hora, también, que termina la existencia romántica y legendaria de Manuelita Rosas. Su figura se desvanece sobre la tumba del tirano.

Deja de ser Manuelita Rosas para convertirse en la señora de Terrero.

Pero ya ha cumplido su misión. Fué lo único humano que floreció en el corazón y en las venas del Restaurador.

Su sombra clara y dulcísima disipa en parte la gran mancha roja que ensangrienta la losa del muerto solitario.

CAMILA O'GORMAN

LA MUERTA DE AMOR

Camila O'Gorman, que había nacido en 1828 en el barrio de San Nicolás, a los diez y ocho años era una joven alta, muy delgada, de ojos y cabellos renegrido, y tenía esa gracia vivaz que ha hecho célebres a las porteñas de todas las épocas. Fué una de las amigas dilectas de Manuelita Rosas, una de aquellas niñas hermosas y fragantes que iluminaban con sus presencias, con sus voces juveniles, con sus danzas y sus canciones, las tardes y las noches de la famosa "quinta de las lágrimas", la morada del Restaurador de las Leyes en Palermo.

Su familia, sin ser de abolengo colonial, figuraba entre las altas clases sociales del tiempo de Rosas. Un ascendiente suyo, el célebre protomédico O'Gorman, era considerado como uno de los patriarcas de la ciencia médica argentina, y un hermano suyo, el párroco

O'Gorman, clérigo distinguidísimo por su talento y sus virtudes, permaneció por espacio de cuarenta años al frente del histórico templo de San Nicolás, hoy destruido.

¡Pobre Camila!

En aquellos días felices de su adolescencia, cuando bailaba en la "quinta de las lágrimas" y tocaba la guitarra en los anchos patios de la casa solariega de la calle Corrientes, situada a los fondos del templo parroquial, estaba lejos de pensar, entre las risas de Manueleta y los piropos galantes de los oficiales de Rosas, que su nombre, envuelto en una aureola de sangre, inmortalizado por el martirio, iba a perpetuarse de generación en generación, cantado por los poetas, idealizado por los novelistas, evocado piadosamente por los historiadores...

Veinte años contaba cuando una mañana, allá por el otoño de 1848, la voz sonora y melodiosa de un joven sacerdote que predicaba en el púlpito de la iglesia del Socorro, templo que solía frecuentar acompañada de sus primas, hizo palpitar extrañamente su corazón, su corazón exaltado y romántico que ningún hombre había logrado conmover todavía.

Era Uladislao Gutiérrez, el hijo de una ilustre familia de Tucumán que, llegado a Buenos Aires en la adolescencia, siguiera la carrera eclesiástica, quizás contra su voluntad, y era ahora teniente cura del Socorro, la pequeña iglesia que alzaba sus campanarios amarillentos entre las quintas del barrio entonces ribereño.

Camila O'Gorman había encontrado su destino, su triste destino de amor, de lágrimas y de sangre, en el templo de las quintas. El varonil acento del joven sacerdote despertó en su alma resonancias extrañas y profundas. Y le amó, en la penumbra de la nave, mien-

tras las graves notas del órgano, concluído el sermón y la misa, resonaban profundamente.

El joven tucumano, hombre al fin, se olvidó de su sotana. La pasión de Camila abrasó su corazón de veinticinco años. El idilio se desarrolló en la media luz de la sacristía, entre el incienso que perfumaba las imágenes. Todos, menos quizá una de las primas de Camila, ignoraban el secreto de aquella historia de amor.

Una mañana de invierno Camila O'Gorman desapareció de su casa solariega de la calle Corrientes y Cerrito. El mismo día el teniente cura del Socorro dejó de concurrir a su iglesia. Y el rumor del idilio comenzó a correr por Buenos Aires, llegó a Montevideo, donde los encarnizados enemigos de Rosas, encabezados por Valentín Alsina, tronaban contra el tirano.

Don Juan Manuel, que estaba al corriente de todo lo que ocurría en la ciudad que desde hacía quince años temblaba bajo el puñal de sus sicarios, se enteró de la fuga de Camila y de Gutiérrez once días más tarde. Leyó en los papeles que le llegaban de Montevideo, baluarte de sus enemigos, frases como éstas:

“Ha llegado a tal extremo la horrible corrupción de las costumbres bajo la tiranía espantosa del Canónigo del Plata, que los impíos y sacrílegos sacerdotes de Buenos Aires seducen y huyen con niñas de la más alta sociedad, sin que el infame sátrapa adopte medida alguna contra estas monstruosas inmoralidades...”

A renglón seguido se narraba el caso de Camila con profusión de detalles.

La ira del Restaurador de las Leyes fué tempestuosa. Hizo llamar al obispo, que compareció temblando ante la temida presencia. Dictó órdenes a las autoridades eclesiásticas, a la policía, hizo remitir una circular a los gobernadores de provincias. Camila y Gutiérrez, se hallasen donde se hallasen, debían ser trai-

dos y juzgados en Buenos Aires, "teatro de su espantoso crimen".

Entre tanto, los pobres amantes estaban lejos. Súpose que, después de cruzar el río Luján, donde unos isleños los vieron pasar sin reconocerlos, habían embarcado en una ballenera que subía y bajaba el Paraná cargando leña.

Cuatro meses más tarde un joven cura irlandés, el padre Gannon, sobrino del almirante Brown, que regresaba de las misiones chaqueñas, se encontró frente a frente con Uladislao Gutiérrez en un oscuro pueblito de Corrientes, Goya, y lo saludó con las siguientes palabras, ante la sorpresa de los circunstantes:

—¿Cómo está usted, padre Gutiérrez? ¿Hace mucho que salió de Buenos Aires?

El juez de paz de Goya abrió los ojos. Aquel joven forastero que meses antes instalara una escuelita en su pueblo, no era cura ni se llamaba Gutiérrez. El magistrado, que tenía en su poder una copia de la circular de Rosas dando la filiación y ordenando la prisión de los amantes fugitivos, inició su interrogatorio. Los pobres amantes confesaron todo. Sí, él no se llamaba Máximo, sino Uladislao Gutiérrez, y ella, Valentina, no era otra que la Camila O'Gorman a la cual buscaban las policías de Rosas por toda la República...

Ambos fueron embarcados en una balandra y desembarcados en San Nicolás. Allí los esperaba una carreta entoldada para Camila, y un buen caballo para Gutiérrez. Prosiguieron la marcha hacia Buenos Aires, hacia la muerte, en una mañana fría y lluviosa de agosto. Las gentes se amontonaban en los pueblos para verlos pasar. Las mujeres decían con voz velada y angustiosa:

"Ahí llevan a la porteña que se escapó con el cura del Socorro..."

A mediados de agosto la carreta, seguida por el

ginete preso, entraba en el vasto patio del cuartel campamento de Santos Lugares, entre las injurias de las chinas, los gritos guturales de los indios, el ladrido de los perros y las exclamaciones de los soldados.

Antonino Reyes, jefe administrativo del cuartel (era el jefe militar el general Pinedo) recibió con cierta cortesía a los presos.

—¿Usted es el señor que manda aquí? — preguntó tristemente Camila.

—Sí, señorita, —respondió con igual acento Reyes, disimulando su emoción.

Camila meditó un instante, mientras Reyes, que la había conocido en las tertulias de Manuelita, bella y graciosa, observaba la palidez de aquel rostro antes tan hermoso, las ropas casi miserables de la elegante porteña de otros días no lejanos. Luego ella preguntó con curiosidad casi infantil:

—¿El señor gobernador está muy enojado por lo que hemos hecho, señor Reyes?

Antonino Reyes, que relata prolijamente la tragedia en sus "Memorias", escritas treinta años después, sintió que la voz se le ahogaba en la garganta.

Rosas, informado de la llegada de los "criminales" a Santos Lugares, ordenó que se remachase a ambos una barra de grillos, mientras él disponía el castigo. Reyes, según refiere él mismo, hizo colocar a Camila los grillos más livianos que se encontraron, forrándolos antes con una gruesa tela, para que no lastimasen los delicados pies de la desventurada joven.

A la noche siguiente se recibió la sentencia de muerte de ambos. Reyes, atónito, saltó sobre su caballo y voló a casa de Rosas. Allí lo recibió Manuelita, llorando amargamente.

—La manda fusilar, Manuelita, —exclamó Reyes, desesperado,— manda fusilar a los dos... Quiero verlo para saber si es verdad...

—Tatita está recostado, —dijo ella, entre sollozos,— pero entre y véalo, Reyes... Yo lo espero aquí, en el corredor.

Veinte minutos más tarde Antonio Reyes, pálido como la muerte, estaba de nuevo con la hija de Rosas.

—Camila tiene que morir... Los dos tienen que morir... —balbuceó el jefe de Santos Lugares.

—Y nosotros nada podemos hacer, Reyes... ¡Nada, nada, Dios mío! —sollozó Manuelita, ocultando su rostro entre las manos.

Rosas, despertado de su sueño e informado del objeto de la visita de Reyes, había fruncido el ceño y exclamado con acento iracundo:

—Fusílelos a los dos mañana a las diez de la mañana... ¿Oya, comandante?

—Pero, Exmo. Señor, —había objetado Reyes,— es una niña, es amiga de su hija, está en estado de...

Rosas se sentó en el catre donde gustaba dormir y fulminó a su inferior con una mirada pavorosa.

—Comandante, usted sabe que la cabeza de los que observan o discuten mis órdenes no está segura sobre sus hombros... Vaya... Antes de proceder al fusilamiento de los reos, rodeará usted el cuartel con un cordón de tropas...

El Restaurador de las Leyes volvió a tenderse en su catre y reanudó plácidamente su sueño. Reyes, luego del breve y doloroso diálogo con Manuelita, regresó al cuartel, y puso en capilla al hombre y a la mujer que iban a morir al día siguiente.

Fría y lluviosa amaneció la mañana del 18 de agosto de 1848. Todos los regimientos formaban en Santos Lugares. Los tambores redoblaban lúgubremente. Hasta las chinas obscenas y los indios crueles guardaban un silencio de muerte.

Camila y Gutiérrez fueron sacados de sus calabozos y colocados en dos sillones sobre parihuelas, ven-

dados ambos, como puede verse en las estampas famosas de aquella tragedia.

—¿Estás ahí, Gutiérrez? —preguntó la infeliz, volviendo la vendada cabeza.

—Aquí estoy, Camila, —respondió el joven con voz firme, y agregó: “pronto estaremos juntos en el cielo...”

El redoble de los tambores ahogó la voz de los condenados. Colocados en los banquillos, el piquete que debía hacer fuego sobre Camila, vaciló. El oficial que lo mandaba, un teniente Branizan, temblaba de pie a cabeza. Al fin se oyó la orden; “¡fuego!”.

Las ropas de Camila se incendiaron con los disparos. Se la vió caer, herida y envuelta en llamas. Sus gritos espantosos debían vibrar todavía, veinticinco años más tarde, en los oídos de Antonino Reyes y en los insomnios de Rosas en Southampton...

Ambos cadáveres fueron puestos juntos en un ataúd grande que Reyes mandó construir por uno de los carpinteros del cuartel. Los restos de los amantes, como los del Teruel de la leyenda, fueron sepultados bajo un sauce de Santos Lugares, de donde, algunos años más tarde, después de Caseros, fueron reclamados por las familias de ambos.

Esta fué la tragedia de amor y de sangre de Camila O’Gorman, cuya sombra suspirante vive y vivirá siempre en la imaginación de los argentinos.

¿Qué se propuso Rosas al ordenar el fusilamiento de una débil e indefensa mujer, una amiga de su hija, una niña de la mejor sociedad de Buenos Aires, por el “horrible y sacrílego crimen” de amar a un joven sacerdote que, al unirse a ella, colgaba su sotana?

Quizá el Dr. Vélez Sársfield, consejero legal de Rosas, debía dar la respuesta, por la pluma de José María Ramos Mejía:

“En 1843 el formidable edificio de la tiranía em-

pezaba a agrietarse por todas partes. Se había llegado a gritar "muera Rosas" en las calles. Las mujeres, aún las de su familia, conspiraban contra él. La gente de iglesia no era menos. Los enemigos de Rosas tronaban cada vez con más saña. Y, al fusilar a Camila O'Gorman, don Juan Manuel de Rosas quiso dar un escarmiento a las mujeres y a los clérigos, y una lección a sus enemigos..."

Pero la sangre de Camila hizo más por la caída de Rosas que los acentos de fuego de Rivera Indarte y que las lanzas libertadoras del Diamante...

ELISA LYNCH

LA MARISCALA DE SANGRE

El general Francisco Solano López, hijo del primer presidente del Paraguay, llegó a París en 1853, investido con la plenipotencia extraordinaria de su país ante las cortes europeas. Poco tiempo permaneció en la de Isabel II, y, cruzando los Pirineos en compañía de su brillante séquito militar y civil, hizo su entrada triunfal en la ciudad de sus sueños.

¡París!

El, que había sido hecho general de brigada a los diez y siete años, que a los diez y ocho mandaba un ejército de 7.000 hombres a las órdenes del general Paz en las últimas campañas del glorioso gaucho contra la tiranía de Rosas, experimentó un extraño deslumbramiento en la ciudad de Luis el Santo. Del fondo de sus selvas natales, de las estrechas y polvorientas calles de Asunción del Paraguay, donde flotaba aún la

tétrica sombra del dictador Francia, el general de treinta años, gallardo en su estampa napoleónica, fué recibido cordialmente por el segundo de los Bonapartes remanentes en los imperiales salones de las Tullerías.

¿Fué en París donde Francisco Solano López sintió nacer su trágico y grandioso ensueño de poderío, que, quince años más tarde, debía ahogarse en un océano de sangre?

Pasaba largas horas bajo la cúpula dorada de los Inválidos, custodiados aún por los sobrevivientes de Austerlitz y de Jená; contemplaba el pórvido granítico donde reposan las cenizas de Napoleón el Grande, cuyo sueño velan las sibilas aladas, entre los sarcófagos de Luis XIV, Vauban y Turena. Allí, en esas horas de profunda meditación, creía escuchar estruendo de cañones, choque de aceros, tumulto de batallas...

Y fué en París donde, una noche, en uno de los salones deslumbrantes de la Ciudad Luz, conoció a Elisa Lynch.

Era ella una mujer rubia, de bello semblante, de ojos azules y profundos.

Había nacido en Inglaterra, y, muy joven aún, contraído enlace con un oficial británico que prestaba servicios en el Egipto. Viuda o divorciada de éste, la bella inglesa volvió a casarse con un francés, Quatre-fagues. Hasta que se cruzó en su camino el futuro tirano del Paraguay, el joven general de estampa napoleónica cuyo trágico destino debía compartir hasta el final.

Regresó a su país Francisco Solano López acompañado de Elisa Alicia Lynch. La pasión de aquel hombre extraordinario, todo orgullo, fuerza y ambición, por la bellísima y dudosa señora de Quatre-fagues, constituye uno de los romances de amor más extraños y trágicos de la historia americana.

Porque López la amó siempre apasionadamente,

por espacio de diez y siete años; y cuando, al final de la epopeya, cayó acribillado a lanzazos en la fangosa ribera del Aquidabán, perdida su patria, destruído su pueblo, exterminado su ejército, sus labios ensangrentados todavía llamaban a Elisa Lynch, "la madre de sus hijos...."

La virtuosa y severa sociedad de Asunción, cuyos apellidos se remontaban a los conquistadores, vió llegar a la rubia aventurera con recelosa inquietud.

Pero, era la compañera de Francisco Solano López, el heredero de la férrea dictadura paterna, el hombre en quien todos, comenzando por su padre y sus hermanos, Benigno y Venancio, adivinaban sería con el tiempo el amo omnipotente del Paraguay, el dueño absoluto de sus destinos.

Ella, la rubia aventurera de París, hábil y despótica, enérgica y ávida, profesó siempre un rencor profundo contra aquellas altivas y austeras damas paraguayas, flor del coloniaje, que la toleraban a regañadientes.

¡Y cómo supo demostrar Elisa Lynch ese odio en los años de sangre de la epopeya que estaba cada vez más próxima!

Ocho años más tarde, en 1862, don Carlos Antonio López, el que recogiera la herencia política de don Gaspar Rodríguez de Francia, el segundo de los tres tiranos del Paraguay, moría a una edad avanzada, y entregaba la patria al tercero, su hijo Francisco Solano, que debía arrastrarla hacia la ruina y el aniquilamiento, él, que en su larga y mansa dictadura la había hecho próspera y feliz.

El general que a los treinta años soñaba con las epopeyas napoleónicas bajo la cúpula de los Inválidos, era ahora Mariscal-Presidente del Paraguay. Elisa Lynch era su mariscal.

Tres años más tarde estallaba la guerra de la Tri-

ple Alianza. López, en su orgullo delirante, no había vacilado en provocarla. Las legiones argentinas, brasileñas y orientales, se volcaron sobre el Paraguay. Las selvas que dormían el largo sueño de los días coloniales, despertaron al tronar de los cañones.

Y comenzó la epopeya. Una guerra de seis años que recuerda las de Senacherib y las de Esparta. Una guerra donde todos morían...

Elisa Lynch, acompañada de sus hijos, no se separaba jamás del Mariscal, que marchaba siempre al frente de sus ejércitos. Aquel hombre que había servido a las órdenes del general Paz y soñado con la gesta de las águilas francesas, tenía indudablemente genio militar.

Las batallas se sucedían. Más que batallas, eran hecatombes. Eran dramas de valor sublime, desde Humaitá hasta Cerro Corá, punto final de la tragedia de cinco años. El recuerdo de las jornadas de gloria y agonía anda aún, y andará siempre, por la memoria de los sudamericanos: el Sauce, Yataity, Estero Bella-co, Curupavty, Tuyuty, Lomas Valentinas...

En 1868, tres años después de comenzada, la guerra estaba perdida para los heroicos paraguayos. En el mes de diciembre de ese año, bajo los cielos tórridos, se libraron diez batallas, una tras otra... Ahora el ejército del Mariscal, es decir, los restos de sus legiones desaparecidas en los esteros, devoradas por la metralla y por las selvas, marcha por las cordilleras, hacia el Norte, siempre hacia el Norte, perseguidas por las legiones aliadas.

Elisa Lynch, como decimos, estaba siempre junto a su heroico y apasionado compañero. Era la instigadora y cómplice en las horribles carnicerías del Mariscal. Porque Francisco Solano López, poseído de una espantosa sed de sangre, hacía atormentar y ejecutar "diariamente", desde el principio mismo de la gue-

rra, a gentes de toda edad y posición social. A las mujeres, niños y ancianos con cualquier pretexto. Por no obedecer su orden estricta de seguir a los ejércitos en su marcha, a través de las selvas y los esteros inmensos: por ser familiares de oficiales y soldados que se habían visto obligados a rendirse al enemigo, como el caso de Juliana Insfrán, torturada hasta morir porque su esposo se vió forzado por el hambre a entregar la fortaleza de Humaitá.

El martirologio de los paraguayos, ordenado por el Mariscal, constituye una de las más horribles páginas de sangre de la historia americana. Supera en horror y en crueldad a las tablas de sangre de la represión española, y aún a las de la tiranía de Rosas en el Río de la Plata.

Aún viven en el Paraguay (y esto lo escribimos en 1933) muchos sobrevivientes que atestiguan aquellas matanzas, como la masacre de la Concepción, en cuya plaza fueron lanceadas sesenta mujeres de todas las clases sociales por orden de López y de la Lynch, que se quedó con las joyas y el oro de las víctimas; las históricas matanzas de San Fernando, de San Estanislao, de Panadero, de Ygatimí, donde los "fiscales de sangre", entre los más feroces de los cuales figuraban capellanes del ejército, hacían ejecutar centenares de paraguayos, hasta jefes, oficiales y soldados de la escolta de López, en medio de los más terribles suplicios, por una sospecha, por una calumnia, por un simple capricho.

Elisa Lynch, bella en su madurez, resplandeciente en sus sedas y encajes, solía oír en los últimos camamentos los gritos de agonía, los gemidos, los lamentos de las infelices víctimas; y sonreía dulcemente, mientras las valiosas joyas de aquellas nobles damas paraguayas que tanto odiaba y que morían por insti-

gación o por orden suya, pasaban a engrosar su tesoro particular...

El ejército paraguayo desaparecía por momentos. Las selvas se tragaban a las familias errantes que por orden de López se arrastraban detrás de las tropas, desnudas y famélicas; los combates, las enfermedades tropicales, los suplicios y ejecuciones dispuestas por el Mariscal entre los suyos, amenazaban borrar el Paraguay de entre los pueblos. Los cuñados y aún los hermanos varones del Mariscal perecieron en el tormento el año fatídico de 1869. ¡La misma madre y las dos hermanas mujeres del Mariscal fueron reducidas a prisión y torturadas por orden del amo del Paraguay! (El autor de este libro oyó en su infancia de los labios de su tía abuela, Doña Inocencia López de Barrios, hermana del Mariscal, el relato de aquellos espantosos episodios).

Así saciaba su odio mortal Elisa Alicia Lynch...

Hasta que llegó la víspera de Cerro Corá. Era en el ardiente mes de febrero de 1870. Había llegado la hora de la agonía. De los 70.000 hombres con que López había comenzado la guerra, de los otros 50.000 que llamó a las armas durante los cinco largos años de la guerra, sólo quedaban unos escasos centenares de esqueletos vivientes, cubiertos de andrajos.

¿Cuáles fueron los pensamientos de Francisco Solano López en aquellas horas supremas, él, que había cavado la tumba de su pueblo, él, que había derramado torrentes de sangre a lo largo de la patria?

Sus ojos sombríos se fijaban en la siniestra pero adorada compañera de diez y ocho años; volvíanse al idolatrado primogénito, el coronel Panchito, que tenía diez y seis años, y sentiría sobre su alma las tinieblas de la muerte, el soplo de la agonía... ¿Dónde estaba el sueño de gloria que soñó una mañana de 1853 frente al sarcófago de Napoleón Bonaparte?

Elisa Lynch, hermosa y serena, acarició con sus manos suaves y frágiles la frente febril, como adivinando la horrible tempestad que rugía en el abismo tenebroso de aquella alma....

—¡ Señor, se acercan las partidas brasileñas! — gritó una pobre mujer que acababa de llegar en el alba.

El Mariscal hizo vibrar por vez última el clarín de las cien épicas batallas. Sus soldados esqueléticos, sus pocos jefes restantes, se lanzaron débilmente sobre el enemigo, mientras Francisco Solano López saltaba sobre un caballo bayo y se internaba en la selva próxima.

Pero era demasiado tarde. Los ojos despavoridos de Elisa Lynch, que estrechaba entre sus brazos al coronel Panchito, hicieron irrupción en el campamento. Panchito López se arrojó sobre los lanceros brasileños, espada en mano, y cayó con la espina dorsal rota por una lanza.

—¡ Respétenme! Soy inglesa, — exclamó Elisa Lynch, mientras besaba el cadáver ensangrentado y todavía palpitante de su hijo. De allá, del monte inmediato, llegó un clamoreo. Era Francisco Solano López, que caía de rodillas, moribundo, atravesado también por varias lanzas, en la ribera fangosa del Aquidabán.

Elisa Lynch quiso ver por última vez el cadáver del hombre que había sido su destino. Miró largamente el cuerpo que se desangraba entre el barro del río, y pensó quizás en los días lejanos de 1853, cuando aquellos ojos que se velaban en la muerte la contemplaron por vez primera, ardientes y deslumbrados, en los salones de Napoleón III.

Elisa Lynch, siempre bella y majestuosa, después de terminada la guerra de la Triple Alianza, regresó a París. Adquirió una valiosa casa en la Rue de Rívo-

li, y se hizo llamar la “Mariscala del Paraguay”. Cuéntase de ella que, acompañada de sus hijos sobrevivientes, viajó por toda Europa, llegó hasta Palestina, y vivió tres años en Jerusalén, entregada a sus extraños y terribles pensamientos.

Tal vez allí, en la ciudad santa, las sombras ensangrentadas de sus víctimas, las almas doloridas de aquellas pobres mujeres del Paraguay que sacrificara a su odio y a su codicia, turbarían sus noches insomnes...

A su regreso a París, encontró que sus bienes habían sido embargados, y quince años después de la tragedia que terminó en Cerro Corá, moría en la mayor pobreza. La Municipalidad de París costeó su entierro.

Tal fué el trágico romance de Elisa Lynch “La Mariscala de sangre”.

PANCHA GARMENDIA

LA DONCELLA DEL PARAGUAY

He aquí un nombre imperecedero de mujer. Pancha Garmendia es la heroína nacional del Paraguay. Su dolorida sombra pasa, después de más de medio siglo, por los cantares sencillos y ardientes del pueblo. Su alma fuerte y dulcísima vaga por las selvas subtropicales, gime en los lamentos musicales del urutaú, divaga bajo la luna en los caminos bordeados de sepulcros, sangra en los romances de la epopeya...

¡Pancha Garmendia!

Este nombre hará estremecer siempre los corazones paraguayos porque habla a la imaginación y al sentimiento, porque encarna todas las virtudes femeninas, y porque arrastra, a través del tiempo y de la historia, el tormento del amor y de la virtud.

No fué Pancha Garmendia una mujer del pueblo. Había nacido en la Asunción, en la ciudad pobre

e ilustre de Irala, poco antes de 1840, cuando el alma misteriosa y terrible de José Gaspar Rodríguez de Francia comenzaba a acercarse a las tinieblas.

Era Pancha una tierna niña cuando Carlos Antonio López asumía el gobierno del Paraguay, de aquel Paraguay que Francia, su lúgubre antecesor, había aterrado desde 1815.

Hija de padres de limpio y honrado abolengo, emparentada con las familias patricias, educóse en la sombra de los conventos. Quedó huérfana temprano, y una piadosa señora, su tía doña Prudencia Barrios nízose cargo de ella.

Muchos años gobernó el Paraguay don Carlos Antonio López, "un hombre corpulento y genial, de pasiones profundas y de maravillosa inteligencia", hasta que un día se sintió morir.

Llamó entonces a uno de sus tres hijos varones, y le habló así:

"Te dejo el Paraguay. Traté de hacerlo grande y fuerte, el mas fuerte y el mas grande de los pueblos americanos. Tu continuarás mi obra".

El hijo se llamaba Francisco Solano López. Contaba treinta años, era general desde los diecinueve y habia vivido en Europa. Ayudante de campo de Napoleón III, el joven militar paraguayo había sentido extraños deslumbramientos en la corte famosa. De allí, también, había traído una mujer de ojos azules cuyo nombre jamás ha de morir en la historia americana: Elisa Lynch (1).

Pancha Garmendia había sido el primer amor de Francisco Solano López. La había amado desde los días primeros de su ardorosa juventud. Los ojos negros y rasgados de Pancha abrasaron para siempre el corazón de López. La amó casi desde la infancia,

(1) Léanse el capítulo titulado "Elisa Lynch, la Mariscal de sangre".

a aquella parienta lejana, de sangre tan limpia como la suya, pero empobrecida y solitaria.

La amó con el fuego de su corazón americano, en el que se mezclaba la sangre de una princesa incásica con la de un virrey del Perú...

Más el alma católica y virtuosa de Pancha sólo creía en el amor purificado por los sacramentos. López, el heredero de la historia, el general de diecinueve años no se atrevía a casarse con su parienta divina, pero pobre. Era para él una aventura maravillosa el porvenir.

La amó siempre, con pasión salvaje. Pero la bella y dulce pañaguaya no vaciló jamás, ni su entereza cedió. Ni la luna del trópico ni las ardientes poesías, ni los juramentos encendidos, ni la espada rutilante del "generalcito" lograron quebrar su virtud.

Cuando Francisco Solano López comprendió que aquella mujer sólo sería suya mediante el sacramento religioso; cuando su soberbio y apasionado corazón se estrelló contra la heroica resistencia de Pancha, fuése a Europa.

El enérgico anciano, su padre, que todo lo sabía, sonrió, quizá ante el epílogo de aquel drama sentimental...

¿Fué producto del despecho, o fué un misterio pasional, la unión de López con la irlandesa de discutibles encantos que conociera en París, que fué madre de sus hijos, y de la cual no se separara hasta la hora de la muerte?

Desaparecido don Carlos Antonio López, Francisco Solano López, el "generalcito" que había sido ayudante de campo de Napoleón III, asume la presidencia de la República. Hace años que regresara de Europa con su célebre y funesta compañera.

Es el amo del Paraguay.

Ebrio de poder y de ambición, agitado por sus ardientes pasiones, piensa nuevamente en la novia fresca y pura de su primera juventud, en Pancha Garmendia.

Pancha tiene la belleza radiante de los veinticinco años.

Sueña con ella el joven tirano. Enciéndese su sangre en un deseo nuevo y ardiente, pero ella, siempre inmaculada y valerosa, lo rechaza.

La soberbia del mariscal ruge ante la virtuosa entereza de la Garmendia. En la noche del trópico, los ojos azules y crueles de la irlandesa adivinan aquel drama.

Es la lucha a muerte entre ambas mujeres, la implacable extranjera y la divina paraguaya.

Luego la tragedia sin nombre.

Ha estallado la guerra. El Paraguay se ha empeñado en una lucha suicida: la soberbia demente de López hace crisis en una guerra de exterminio. La Argentina, el Uruguay y el Brasil vuelcan sus legiones sobre el suelo del Paraguay. Siguen los cuadros de dolor y de muerte.

En medio de la epopeya, a través del martirio de un pueblo, la vieja pasión de López, los celos ardientes de Elisa Lynch, persiguen aún a la heroína paraguaya.

Cubierta de andrajos, maravillosa de hermosura, esplendorosa de virtud, Pancha Garmendia sigue al ruta ensangrentada de los ejércitos famélicos y desnudos, pero indómitos...

Los ojos azules, implacables, de la famosa irlandesa la ven, en medio del drama sin nombre. Los ojos alucinados de Francisco Solano López ya no ven nada más que el epílogo, que es la derrota y la muerte.

En aquel corazón soberbio y trágico se han des-

vanecido los ensueños de amor: piensa tan sólo cómo ha de morir...)

Es la mano blanquísima de Elisa Lynch la que redacta la sentencia de muerte de Pancha Garmendia. Es ella, la extranjera rencorosa y cruel, la que hace trazar la firma mortal al mariscal López en el tétrico documento que ordena el suplicio de la divina paraguaya.

Pancha Garmendia muere. Muere asesinada por los celos de Elisa Lynch, que impulsa la mano inconsciente y trágica de su inmortal compañero, Francisco Solano López.

VICTORIA PEÑALOZA

LA LEONA DE LOS LLANOS

Por las calles de aquella aldea de La Rioja resonaban voces jubilosas y cánticos guerreros, de aquellos que se cantaban en los llanos desde hacía dos generaciones.

—¡El Chacho vuelve!

—A pelear contra Rosas...

La nueva corría por las aldeas llanistas desde la noche antes. El héroe regresaba a la provincia natal, después de las derrotas que le infligiera el fraile Aldao, gobernador de Mendoza y agente del Restaurador de las Leyes.

Cuántas veces, él, que había peleado como un león junto a Facundo Quiroga; él, que en La Tablada y Oncativo había enlazado los cañones del general Paz, y dispersado los escuadrones invencibles de Lamadrid, allá, en tierra extraña, en Chile, “solo

y a pie", había vuelto los ojos azules hacia las montañas y había pensado que, detrás de la cordillera, La Rioja gemía bajo el puñal de la Federación...

Ahora regresaba. Se debía a su provincia, a sus riojanos heroicos y oprimidos. El fuego del combate ardió en su corazón, y un día cruzó los Andes y apareció en la Costa Alta.

Allí supo que los federales se habían llevado a su hija de trece años y habían dado muerte a su infeliz mujer, la pobre Mercedes.

¡Riojanos, a las armas!

En pocos días reunió tres mil hombres. Y fué como antes. En el Abra, en Piedras Blancas, sus regimientos barrieron las tronas de Rosas. Se le propuso un armisticio; el caudillo volvió a colgar su lanza en su rancho de Huaja.

Pero su corazón estaba vacío. Recorría las aldeas, trocada su lanza por la guitarra, y los ranchos resonaban al eco de sus zambas.

El corazón le pesaba cada vez más. Si encontrase una mujer que le hiciese olvidar su cansancio y su tristeza, una mujer de ojos negros que le alcanzase la guitarra en tiempos de paz y le curase las heridas después de las batallas...

Fué una tarde, en un rancho de la Costa Alta, cuando sus ojos azules se encontraron con los ojos negros de Victoria. Paró el caballo y la estuvo mirando largo tiempo.

—Qué linda sois, riojana, — exclamó, admirativo, y la bella chinita enrojeció.

Ella conocía al gallardo caudillo. Desde muy niña oyera el relato de sus hazañas, desde los tiempos de Facundo.

Se casaron en Huaja, en medio del júbilo popular. Bombos, triángulos, chacareras y zambas resonaron hasta el amanecer, porque Angel Peñaloza,

el Chacho, el león de los llanos de La Rioja, había encontrado su leona y la amaba entre los naranjos en flor.

*
* *

Ocho meses después de la boda, el caudillo llamaba de nuevo a las armas: el terrible fraile Aldao se venía otra vez sobre La Rioja.

Ella, la Victoria, la Chacha, como todos la llamaban ya, empuñó una lanza, trocó sus faldas femeniles por bombachas gauchas, saltó a caballo y fué a pelear con su hombre.

Desde entonces se habituó a verla en medio de los entreveros, empuñando su pequeña lanza de algarrrobo, al viento del combate los renegridos cabellos.

En uno de los choques con la caballería de Aldao, un oficial del fraile la tumbó del caballo, con un sablazo en el rostro, desde la ceja hasta la boca. Todos la creyeron muerta: en aquel punto se cargó con furia. Dos montoneros alzaron a la Chacha y vieron que vivía aún. Un chorro de sangre la enrojecía de pies a cabeza. Pero ella estaba sonriente.

—No es nada, Angel, no es nada...

El Chacho la levantó en sus brazos hercúleos, y sintió que perdía el conocimiento. Y esa fué la primera vez que los riojanos vieron llorar al general Peñaloza.

Después, la guerra cesó. Rosas había caído, Urquiza reconoció el grado de Peñaloza. El y la Chacha vivieron mucho tiempo felices en la aldea perfumada por los naranjos en flor.

Hasta el caudillo entrerriano también cayó, y el gobierno nuevo envió ejércitos nacionales a pacificar las provincias que aún se hallaban en armas, aquellas

pobres provincias que no habían hecho más que derramar sangre, desde los tiempos lejanos de Facundo, hacía más de treinta años.

Y allí estaban siempre el Chacho y su leona, defendiendo La Rioja indómita de las tropas del gobierno, como la habían defendido de las tropas de Rosas en el pasado de dolor y de sangre.

Siguieron las campañas largas, trágicas, fabulosas. Las tropas del general Arredondo invadían ahora por séptima vez la desgraciada provincia riojana. La miseria y el desaliento hacían presa en los hombres de los llanos. Flotaba sobre las aldeas la humareda de los incendios.

Muchas veces la Chacha, mientras marchaba al frente de su escuadrón por las travesías sin límites, había encontrado gauchos con las plantas de los pies cortados, horriblemente mutilados, por no decir donde andaba el caudillo.

La lucha duraba años.

Muchos jefes nacionales conocían a la Chacha. La habían visto de lejos, airosa y arrogante, con su pequeña lanza, caracoleando su caballo mendocino, los negros cabellos al viento, rodeada de los bravíos montoneros. Pero ella se les escurría de entre las manos crueles, como una sombra. Encontraban su huella, como la del Chacho, en todos los caminos de La Rioja, en todos los rincones de los llanos. Hasta los algarrobos parecían decir su nombre legendario, pero los terribles coroneles de la Nación no la encontraban nunca. Extremaban los suplicios.

—¿Dónde está la mujer de Peñaloza?

—¿Por qué no lo preguntáis al viento? — preguntaba el mísero riojano, suspendido en cuatro lanzas, y moría antes de vender a la leona.

Aquella mujer de leyenda, cantada en las zambas nativas, encarnaba, para sus almas valerosas y sim-

ples, el alma de todas las mujeres de La Rioja, aquellas mujeres que durante dos generaciones sufrieron todos los dolores de las guerras civiles, las viudas, las huérfanas, las raptadas, las supliciadas...

Ella, la gauchita de la Costa Alta, la que bailaba chacareras bajo la sombra de los naranjos en flor, allá en los tiempos de Facundo, surgía ante los montoneros como un símbolo.

Candorosos y rudos, creían que ella nunca podría morir. Era la leona del Chacho. Desde hacía más de veinte años la vieron esgrimir su lanza de algarrobo y pelear al frente de los montoneros.

Era la octava invasión de las fuerzas nacionales. La Chacha miraba a su hombre, una noche de luna, en medio de los llanos, y veía que la barba del héroe blanqueaba, que sus espaldas hercúleas se inclinaban, después de guerrear durante cuarenta años.

--Pobre mi Chacho, — murmuró dulcemente, y sintióse por primera vez una débil y dolorida mujer. Apoyó su cabeza sobre el pecho de Peñaloza y dejó caer el río caliente de sus lágrimas.

Adivinaba ella vagamente que todo estaba por terminar, con la intuición misteriosa de las mujeres que aman mucho.

A la mañana siguiente, al despertar, vió que una partida se hallaba frente a los dos. Volvió a sentir el frío misterioso de la muerte, como la noche antes.

--¿Usted es Peñaloza? — preguntó el oficial de la partida, y arrojando su caballo adelante, hundió su lanza en el pecho del caudillo.

--¡Asesino! ¡Asesino! — rugió la Chacha, enloquecida. Saltó sobre el oficial, lo derribó del caballo. Dos soldados se apoderaron de ella y la ataron con maneadores.

El Chacho, herido de muerte, movió los labios, pero ni un sonido salió de ellos. Sus ojos azules, que

se velaban con las sombras de la agonía, se apartaron del oficial, contemplaron el río de sangre que bañaba su pecho y se fijaron luego en el rostro de su mujer, cuya antigua cicatriz parecía palpitar como una herida recién abierta.

Los rugidos de la Chacha resonaban en los llanos, despertaban ecos espantosos en el algarrobal. Con los ojos desmesuradamente abiertos, vió como degollaban a su león, como le cortaban la cabeza, que era clavada en una lanza.

Angel Peñaloza ya no había de volver a escuchar jamás el grito apasionado de su leona.

DOMITILA CASTRO

LA MARQUESA MULATA

Era una mujer arrogante, de unos cuarenta años, bellísima aun, con sus ardientes ojos negros, sus facciones morenas, la que llegaba a la ciudad de Sorocaba en una tarde de mayo de 1842.

Vestía un traje de amazona de terciopelo azul. Cabalgaba un nervioso zaino de rizadas crines, con montura de terciopelo carmensí, estribos de plata labrada y un escudo de oro en el pretal.

Venía de muy lejos, con su séquito de criados blancos y esclavos negros. Muchas veces erró el camino entre las espesas selvas de Sao Paulo, en los tibios anocheceres del otoño brasileño.

Ahora, al obscurecer, llegaba a los caseríos de una fazenda. La dama suspiró. Uno de sus criados blancos golpeó las manos.

—¡Ah de la fazenda!

Salió de las casas, o mejor dicho, de los ranchos, un hombre atezado, corpulento, de copiosa barba negra. Sus ojos vivos, brillantes, se clavaron en la extraña aparición.

—¡Señora marquesa!

Inclinábase hasta el suelo, galante y servil. Ladraron todos los perros de la fazenda; los esclavos negros del cortejo, muertos de fatiga, abandonaron sus cargas y se dejaron caer largo a largo sobre la hierba. Cerraba la noche.

—Venimos a pedirle albergue, señor. Nos ha sorprendido la noche. Vamos a Sorocaba. Me acompañan mis niños y mis servidores...

La voz de la viajera vibró con acentos musicales.

—Es un honor para mí, señora marquesa... Mi pobre casa está a la disposición de la señora marquesa...

Los pájaros nocturnos cantaban en la selva próxima, y un susurro misterioso llegaba de los cafetales dormidos.

Ayudada por sus criados, apeóse la amazona de su caballo. Una nube de negros la rodeó. Cuatro mulatas robustas llevaban en brazos otros tantos niños soñolientos.

—Por aquí, señora marquesa...

Ya era de noche, y el cielo del Brasil se cubría de estrellas.

No pudo conciliar el sueño la viajera. Los niños, cuatro ángeles morenos, dormían profundamente cerca de ella. Los esclavos negros roncaban en los ranchos. El fazendeiro, tendido sobre su poncho bajo un árbol, pensaba en su extraña e inesperada huésped.

¿Para qué iba a Sorocaba, por los caminos solitarios de Sao Paulo, la mujer más famosa del Brasil?

Ardía entonces en la provincia paulista la rebelión de Rafael Tobías de Aguilar. El gallardo caudillo había lanzado el grito aquella mañana de Mayo de 1842:

“¡Paulistas! Don Pedro II, emperador constitucional del Brasil, se halla dominado por una facción política que está arrastrando el imperio al borde del abismo ¡Nuestra heroica provincia no se dejará esclavizar jamás, como Ceará y Parahyba!”

Las multitudes aclamaban al caudillo.

Aquellos eran días sombríos para la tierra brasileña. El grito de Ipiranga continuaba resonando después de cuatro lustros: el recuerdo de Don Juan VI y de Doña Carlota, los fugitivos de Portugal que reinaron en el Brasil desde 1808 hasta 1820, tornábase cada vez más borroso, y desde 1824, desde los tiempos de su hijo, Don Pedro I, que reinó hasta 1831, sentía el sordo murmullo de las rebeliones en el fondo de sus provincias imperiales.

Ahora era la activa Sao Paulo la que se alzaba en armas contra las camarillas ambiciosas de Río de Janeiro. Y al frente de la provincia rebelde, erguía la figura romántica y marcial de Rafael Tobías de Aguilar. Y en busca del héroe iba la dama errante con su séquito de negros.

Todos dormían en el profundo silencio de la fazenda, bajo las estrellas rutilantes del trópico. Todos, menos ella, Domitila de Castro, marquesa de Santos.

Las voces misteriosas de la noche llegaban hasta su insomnio, le hablaban de cosas ardientes y lejanas, de glorias desvanecidas, de esperanzas sin nombre.

¡Veinte años!

Ella entonces contaba diez y nueve. Era en agosto de 1822. Don Pedro de Braganza, príncipe regente del Brasil, el más gallardo caballero de su tiempo y el primogénito de la dinastía de Portugal, que apenas dos

años antes, en 1820, viera partir a sus padres de regreso a Lisboa, dirigiéndose hacia Sao Paulo.

Iba a Ipiranga, a proclamar la independencia del Brasil, a romper las cadenas de Portugal.

Escasas personas le acompañaban en su marcha a través de las selvas: el ministro Saldanha da Gama, su secretario privado, Francisco Gomes, el teniente Francisco de Castro Canto e Mello, su ayudante de órdenes, y dos criados.

El 24 de agosto llegaron a una pequeña ciudad. La noche caía rápidamente, como ocurre en los trópicos. Don Pedro, siempre inquieto y aventurero, quiso recorrer las calles oscuras y solitarias del pueblo. Le acompañaba su ayudante.

—Aquí, en esta casa, vive mi padre, el coronel Joao de Castro, Altesa....

—Deseo saludarlo, exclamó el príncipe, y ambos penetraron en la casa.

Fué allí, en esa noche de agosto de 1822, donde los ojos admirativos del príncipe que pocos días más tarde iba a ser emperador del Brasil, “viran, pela primeira vez, certa creatura perturbadora: era a raparigazinha magnífica, flor dos tropicos, ardente e trigueira, dona de olhos negrissimos, que queimavan”.

Llamábase Domitila, y era hija del coronel Joao de Castro, y hermana menor del ayudante de Don Pedro.

Aquella moza estaba destinada a convertirse en breve tiempo en la mujer suprema del Brasil. Iba a ser la célebre marquesa de Santos, “la única mujer que, en la historia americana, hizo resonar un imperio con el ruido de su nombre y el escándalo de sus amores”.

Los ojos ardientes de Domitila fulgían en la memoria del príncipe cuando, quince días después, el 7

de septiembre, pronunciaba en el campo de Ipiranga las históricas palabras:

“Diga a minha guardia que eu acabo de fazer a independéncia completa do Brasil: estamos separados de Portugal...”

El imperial idilio se prolongó durante siete años. Desde el día glorioso de Ipiranga hasta 1829, Domitila de Castro, “a trivial mulherzinha de Sao Paulo, fué a moca do imperador”.

El apasionado Braganza la llevó a Río de Janeiro. Nombróla primera dama de honor de la virtuosa emperatriz Leopoldina, y un día, ante la indignación de las damas de la corte, la hizo marquesa de Santos, elevándola a una dignidad casi real.

Todo aquello parecía un sueño.

En medio de los esplendores palaciegos, del fausto y los honores, Domitila de Castro quizá se acordaba algunas veces de aquel alférez Felício Mendonça que había sido su marido en los días de su obscura juventud; acaso, durante el resto de su agitada y novelesca existencia, debía arderle en la mejilla morena la bofetada que el celoso alférez le aplicó una tarde, junto a la fuente de Santa Lucía...

Los padres de la imperial favorita, Joao de Castro y Escolástica Bonifacio, fueron agraciados con el título de vizcondes de Castro; su hermana María Benedicta y su cuñado Delfín Pereira fueron hechos barones de Sorocaba. El apasionado y magnífico emperador derramaba a manos llenas los honores y los bienes sobre toda la familia.

“La marquesa mulata”, como la llamaban sus enemigos, nombraba los presidentes de las provincias, intervenía en las deliberaciones de la Asamblea Constituyente, conspiraba con y contra las camarillas imperiales,

“Tudo estava preparado para a dissolucao da Constituinte — dice en sus “Memorias” Vasconcellos Drummond.— A famosa Domitila já estava na amplitude do seu poder, rodeada de baixos cortegeos adúladores, imperando sobre o espiritu mal aviçao de Principe. A Domitila nao foi extranha ao projecto de dissolucao: ao contrario, era a representante assalariada pelos chamados republicanos desta conjuraçao...”

La hija mayor de la favorita, Isabel María, había recibido el título de nobleza más alto del imperio: fué con el tiempo la célebre duquesa de Goya. La segunda fué la duquesa de Ceará. La tercera hija, la Condesa de Iguassú, ha dejado escritas unas curiosas memorias.

En medio de las tribulaciones de la patria nueva, el romance esplendoroso y apasionado de Domitila y de Don Pedro I proseguía. La muchachita morena de Sao Paulo tenía en sus manos el corazón del Braganza y los hilos del imperio.

Desde Santos hasta Pernambuco resonaban agudas conlas sobre los amores del emperador y su marquesa mulata.

Sao Paulo amaba a la exaltada mujer tanto como el mismo emperador. Escribe un viejo cronista brasileño recordado por Paulo Setubal:

“Nunca faltaron a la marquesa, en el correr del tiempo, las más cálidas demostraciones de admiración y afecto, pasase ella a pie o en carroza, al aparecer en los palcos de los teatros, o al presentarse en los salones de la sociedad paulistana. Cuando la tropa de guarnición pasaba ante Domitila de Castro, su jefe, el teniente coronel Jordao, manda presentar armas”.

Aun reinaba ella en el corazón del monarca cuando la muerte cerró los dulces y tristes ojos de la emperatriz Leopoldina.

Pero aquel reinado de siete años se acerca a su

término. Metternich había encontrado una novia regia para el viudo imperial.

En octubre de 1829, Don Pedro I casábase en Río de Janeiro con Doña Amelia Augusta Eugenia Napoleona de Leuchtenberg, nieta de Josefina de Beauharnais, hija del príncipe Eugenio de Beauharnais, el hijo adoptivo de Napoleón y de la princesa Augusta de Leuchtenberg, hija del rey de Baviera.

La bellísima y rígida Doña Amelia, nacida y criada entre los protocolos de hierro de las cortes europeos, inmediatamente de realizada su boda hizo sentir su orgullo y su energía en el trono brasileño. Arrojó de la corte a los maestros de ceremonia, a los funcionarios, a los cortesanos, a los advencizos, y los reemplazó por altaneros bávaros y desdeñosos franceses.

Ella, una hija del esplendor napoleónico, encontró en Río de Janeiro un palacio imperial cuyas puertas estaban abiertas a todo el mundo y donde el democrático emperador recibía sin etiqueta alguna, y decidió transformar todo aquello.

Como ignoraba el portugués, dispuso que en la Corte sólo se hablara la lengua francesa, con profunda indignación de las antiguas azafatas y los hidalgos brasileños.

Pedro doña Amelia, nieta de una emperatriz de Francia y de un rey de Baviera, tenía sus singularidades en medio de un inmenso orgullo. No tardó en advertir la alta sociedad de Río que la nueva emperatriz era "una dona de casa de maos agarradas; sendo ella tan moça, se intrometía nas coisas mas ridiculas do Paço; causava admiração que essa senhora tan fina se occupasse de ninharias propias de gente de baixa condição social..."

El pobre don Pedro suspiraba, encerrado en aquella férrea etiqueta, pensando en los días democráticos y felices que se habían ido para siempre.

El imperio de la marquesa de Santos había terminado. La obscura y bella paulista desapareció de Río de Janeiro, eclipsada en el ánimo del emperador y en la corte por la soberbia emperatriz que acababa de reemplazar a la indulgente y resignada Doña Leopoldina en el trono brasileño.

Partió para Sao Paulo, donde la esperaba el amor de sus comprovincianos.

“S. Paulo recebeu-a com honrarias. Circumdou-lhe de estrondosas homenajens a personalidade altissima. A sociedadesinha da provincia, ainda deslumbrada, curvou-se deante da enloquecedoura da corte”, escribe el cronista Rangel.

Pero también en Sao Paulo tenía Domitila sus detractores y enemigos. Eran los que la llamaban despectivamente “a moça do imperador”.

Entre éstos hallábase el hijo más ilustre de la provincia: su presidente, el coronel Rafael Tobías de Aguilar. El político detestaba a la antigua favorita imperial, y para demostrar su violenta antipatía, llegó hasta a bautizar con el nombre de Domitila a una de sus esclavas mulatas.

Pero aquella mujer, según un contemporáneo, “debía tener brujerías infernales”, así como seducciones irresistibles y encantos embriagadores.

Sólo así se explica que un día, ante la estupefacción general, el coronel Rafael Tobías de Aguilar y la marquesa de Santos comenzaron a hacer vida común.

Dos años transcurrieron. En 1831 Don Pedro I firmaba su misteriosa abdicación al trono del Brasil, y partía hacia Portugal, con su segunda emperatriz, y la primogénita de su primera, la reinecita Doña María, para la cual había de arrebatarse en los campos de batalla, a su hermano Don Miguel, el trono usurpado de Portugal y los Algarves.

¡Adiós, dulce tierra brasileña!

¿Cuáles debieron ser los pensamientos de Don Pedro I de Braganza al despedirse para siempre de aquel imperio tropical bajo cuyos cielos deslumbrantes había vivido los veinte años mejores de su existencia, bajo cuyas palmeras susurrantes se habían cerrado los ojos alucinados de su abuela, Doña María, la reina loca de Portugal, y su madre, Doña Carlota Joaquina de Borbón y Braganza, había intrigado para ceñirse la corona los cuatro virreinos que perdiera su hermano, el siniestro Fernando VII, y cuya independencia él mismo, una mañana de primavera, nueve años antes, había proclamado a la faz del mundo en el campo de Ipiranga?

Ahora se iba y no volvería nunca. Allí quedaba su tierno hijo, el que debía ser Don Pedro II, y sus regentes.

Pero no estaba triste. Quizá disimulaba su añoranza y su pesadumbre bajo una máscara de ruidosa alegría. Porque al embarcarse a bordo del Warspite reía sonoramente.

“Quando Dom Pedro chegou a bordo, soltou grandes gargalhadas, pegou numa rabeça e com ella tocou a mais trivial das arias populares do Brasil...”

Al contemplar por vez última las palmeras y las aguas azules de la bahía quizá volvieron a fulgurar en su corazón las pupilas negrísimas de Domitila de Castro, que había llenado de pasión y de ensueño siete años de su vida...

Y ella, al tener noticia de la partida, allá en su casa de Sao Paulo, tal vez suspiró también al recordar los días idos, cuando ella, la muchachita paulista, era la verdadera emperatriz del Brasil...

Los regentes gobernaban el vasto imperio. El tierno don Pedro II crecía para su imperial destino entre los brazos de la virtuosa Condesa de Belmonte, a quien habíalo confiado don Pedro I.

Un día llegó un buque de Lisboa con la noticia de que el primer emperador y libertador del Brasil, luego de extrañas y románticas aventuras, acababa de morir bajo los claros cielos portugueses.

Muchos ojos lloraron en la tierra brasileña. Pero nadie derramó lágrimas más ardientes y sinceras que la Marquesa de Santos...

Ahora era feliz con su gallardo paulista, siempre mezclado en ardorosas luchas políticas, cada vez más apasionado de su Domitila, su "Titila" amorosa y hechicera, cuyos labios sangrientos aún ardían con los besos de fuego de su emperador.

¡Veinte años!

Todo esto pensaba, con los grandes ojos abiertos en la sombra, la amazona que vimos llegar a una fazenda de Sao Paulo, con sus niños y sus negros, en un anochecer de 1842.

Iba a Sorocaba, en busca de su Rafael Tobías. La provincia ardía en una de sus violentas rebeliones. Ella, Domitila, había realizado toda clase de esfuerzos para que Aguilar no participase en la trágica revuelta.

Una de sus hijas, la Condesa de Iguassú, lo narra en sus memorias: "Eu ouvi Mamae dezir muitas vezes: Tobias, esta revolução ha de nos dar muitos desgostos; nao se metta nella!"

El fogoso caudillo no hizo caso a la Marquesa. Púsose al frente del movimiento: Y ella, que no lo abandonó jamás, corría ahora a su lado, por las selvas y los desiertos, bajo los soles quemantes de agosto.

Los rebeldes fueron vencidos y dispersados en todos los combates, en Sao Roque, en Jundiahy, en Campinas. Los jefes huyeron a Sorocaba y a Santos.

Fugitivo, perseguido, con la sombra del patíbulo sobre su cabeza, Rafael Tobías de Aguilar pensaba en

Domitila, su compañera de doce años, la madre de sus hijos.

¿Qué sería de ella, sola en medio de sus enemigos?

Fué en esta incierta y angustiosa hora de su existencia que el bravo caudillo tomó “una bella resolución de cavalleiro”. Se casaría con la Marquesa de Santos.

La Condesa de Iguassú, la hija menor de Domitila de Castro y Don Pedro I, relata así el melancólico y romántico episodio:

“Un día vi que estaban arreglando un altar en casa de Da. Gertrudis. Pregunté a mamá qué significaba aquello, y ella me contestó que creía que era para un bautismo. Pero no hubo tal bautismo. Algo más tarde vi salir a mamá vestida con su traje más elegante de su cuarto. Rafael Tobías también vestía de gala, con una casaca verde y oro. Eran las cinco de la tarde. Mamá, Tobías y el capellán de la casa dirigieron al altar. Comenzó la ceremonia, y entonces comprendí que se trataba del casamiento de mamá.”

Fué de este modo que, en un oratorio particular de Sorocaba, en los últimos días de la revolución venci-
da, casi en secreto, el coronel Rafael Tobías de Aguilar, presidente rebelde de la provincia de Sao Paulo, contrajo matrimonio con Domitila Castro Canto e Mello, “la marquesa mulata”, la que fué en otro tiempo de imperiales desvaríos la mujer más famosa del Brasil.

EMILIA HERRERA DEL TORO

LA SAMARITANA DEL MAPOCHO

—“Señora: como argentino no debo ocultar a usted que me dirijo al campo enemigo de los chilenos. Deberes de antigua amistad me lo imponen, y ya que llevo tantos motivos de agradecimiento a la hospitalidad chilena, donde me llevaron las funciones de mi cargo, y sobre todo en esa estancia suya tan cara a mis compatriotas, quiero deber a usted algo más. Sé que viene a usted de abolengo ser una entusiasta patriota. Pero también sé que usted antes de ser chilena, es cristiana. No ignoro que cuenta usted con nobles y sinceros amigos en las filas del ejército que combate contra el Perú. Es por esto que suplico a usted, señora, que recomiende a los suyos militares que si llega a caer herido o prisionero mi amigo R. S. P. lo atiendan en cuanto puedan, consecuentes con aquello que nunca debe olvidar el soldado chileno, descendiente de

aquellos a quienes aleccionara San Martín en severos principios: "todo herido o prisionero debe ser sagrado".

La ilustre dama terminó de leer la carta y quedó meditabunda.

—Velaremos por el argentino, aunque se ha ido con los peruanos a pelear contra los chilenos, — murmuró con ojos humedecidos de bondad.

Doña Emilia Herrera de Toro, la Samaritana del Mapocho, contempló las montañas envueltas en la bruma del crepúsculo y suspiró por aquellos que combatían y morían en una guerra fratricida...

*

* *

—Aquí traigo a uno de los prisioneros de la batalla del Morro. Es argentino, — dijo el sargento, saludando.

El capitán lo miró fijamente.

—¿Cómo se llama usted?

—Roque Sáenz Peña, — contestó serenamente el prisionero.

—Cuatro tiradores, — ordenó el capitán, — les vamos a enseñar a los cuyanos a pelear contra Chile... ¡Vamos, sargento!

El coronel Lagos, que acababa de llegar con su caballo cubierto de sangre, clavó los ojos en el hombre que iba a morir.

—Capitán, espere un momento... Este prisionero es el argentino que ha recomendado a todos los jefes la señora doña Emilia Herrera de Toro...

El prisionero, que cuarenta años después iba a ser el hombre más ilustre de su patria, más allá de las cordilleras y de los valles, sintió que por vez primera su valeroso corazón palpitaba con fuerza.

¿Quién era aquella mujer ante quien se inclinaban

los fusiles de los tiradores, los jefes y oficiales de aquel ejército invencible e implacable que inundaba de sangre las montañas?

¿Quién era esa desconocida cuya palabra generosa y lejana ahogaba el odio y detenía la muerte en los campos de batalla del Pacífico?

Esa noche lo supo. El coronel Lagos le pintó la figura admirable de aquella mujer que debía conocer a cuatro generaciones de grandes americanos, que la llamaron "Nuestra Señora de Chile".

—Vive en su fundo del "Aguila", allá en el Mapocho, en el corazón de nuestra tierra chilena, por cuya independencia combatieron sus antepasados. Es la madre de todos los desventurados, el bálsamo de todos los enfermos, la esperanza de todos los tristes.

Otra noche, pocos días después, el prisionero recibía misteriosamente en su calabozo una esquela en la que decía:

"No pierda el ánimo el cuyano. Confíe en Dios y en los chilenos, que son buenos, aunque siempre no lo parezcan. Hay quien se preocupa de su libertad."

La misiva no llevaba firma, y estaba escrita en una delicada e insegura letra de mujer.

—Es ella... — pensó el futuro presidente de los argentinos, — es ella, la "Samaritana del Mapocho", la que me hace llegar estas palabras que jamás olvidaré...

Pero no era la noble dama del fundo del Aguila, si no una niña gentil que se llamaba Rosa, la que derramaba en la celda del argentino aquel rayo de esperanza.

Después pensó el prisionero de San Bernardo en una mujercita de ojos negros que había suspirado al ver pasar a los vencidos del Morro, camino del banquillo, y le parecía escuchar las palabras compasivas y llorosas de la desconocida:

—Pobres mozos... Los van a fusilar... y son cu-
yanos...

A la semana siguiente, en una noche oscura y lluviosa del Perú, le transportaron al puerto de Valparaíso, de donde trasbordó al vapor de la Compañía Inglesa del Pacífico, y mientras navegaba con rumbo a Montevideo, volvía a leer la cartita misteriosa y a repetir el nombre de aquella a quien debía la vida:

—“La Samaritana del Mapocho”...

Los años pasaban sobre aquella vida nobilísima, pero el corazón de doña Emilia Herrera de Toro ardía con las mismas nobles pasiones de la juventud bajo la sombra azul de las montañas que la habían visto nacer y habían de verla morir, en la casona colonial de su fundo natal, contemplando los retratos de San Martín, de Las Heras, de Blanco Encalada, de Balcarce, de Necochea, de Rodríguez Peña, de Bartolomé Mitre, de Sarmiento, de Vicente Fidel López, de Tejedor, de tantos hombres ilustres que un día lejano sintieron pasar por sus existencias el perfume de aquella alma plena de luz y de amor.

Hasta que un día ella sintió que su largo vivir llegaba a su término. El capellán de su fundo le dió los sacramentos.

—Sólo hice el bien durante setenta años, padre mío, — murmuró Nuestra Señora de Chile, y el buen padre pensó que aquella alma que volvía a su Creador era más alta que las montañas de los Andes, porque doña Emilia Herrera de Toro había borrado las fronteras políticas, había acercado los corazones de los argentinos y de los chilenos, como en los días remotos y gloriosos de O'Higgins y de San Martín, y había encendido para siempre sobre las nieves eternas y hostiles de la cordillera, la llama inextinguible de la caridad y de la fraternidad humana.

ISABEL DE GUEVARA

LA LETRADA DE LA CONQUISTA

Isabel de Guevara es la primera mujer que escribió una carta en América, en un siglo en que hasta los reyes apenas sabían firmar.

Había venido en las naves de don Pedro de Mendoza, como la Maldonada, en los años duros y heroicos del Descubrimiento, en los días de hierro y de sangre de la Conquista, cuando las ciudades surgían al conjuro de los paladines.

Isabel de Guevara, cuyos renegridos cabellos de andaluza besó el mismo viento que un día gimió entre las jarcias de los bergantines de Solís y se llevó las canciones de los timoneles de Gaboto, el 2 de Julio de 1556 escribió una carta a la princesa doña Juana, gobernadora de los reinos de España, “exponiendo los trabajos hechos en el descubrimiento del Río de la Plata, por las mujeres, para ayudar a los hombres, y pidiendo repartición para su marido.

He aquí esta carta inmortal, como la escribió hace más de trescientos cincuenta años la sublime mujer:

“Muy alta y poderosa señora. A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella, Don Pedro de Mendoza avemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido me ventura que yo fuere la una; y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires con mil e quinientos hombres, e le faltase bastimento (víveres), fué tamaña la hambre que a cabo de tres meses murieron los mil; este hambre fué tamaña que ni la de Xerusalém se la puede ygualar, ni con otro nenguno se la puede comparar. Vinieron los hombres en tanta flaqueza que todos los trabajos cargaban las pobres mujeres así en lavarles la ropa, como en curarles, hazerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hazer sentinela, rondar los fuegos, azuzar las valetas, cuando los yndios les venian a dar guerra, hasta cometer a poner fuego en los versos y a levantar los soldados, los questaban para ello, dar arma por el campo a boyes, sargenteando y poniendo en orden los soldados, porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no avíamos caído en tanta flaqueza como los hombres.

Bien creerá vuestra Alteza que fué tanta la solicitud que tuvieron que sino fuera por ellas, todos fueran acabados; y si no fuera por la honrra de los hombres, muchas más cosas escriviera con verdad y los diera a hellos por testigos...

Pasada tan peligrosa turbonada, determinaron subir el río arriba, así, flacos como estaban, y en entrada de ynvierno, en dos vergantines, los pocos que quedaron vivos, y las fatigadas mujeres los curavan y los miravan y les guisavan la comida, trayendo la lenna de afuera del navío, y animándolos con palavras varoniles que deseen morir que puesto darían en tierra de comida, metiéndolos a cuenta en los vergantines con tanto amor como si fueran sus propios hijos. Y como llegamos a una nación de yndios que se llaman timbúes, señores de mucho pescado, de nuevo los seríamos en buscarles diversos modos de guisarlos, porque no les diera en rostro el pescado, a causa que lo comían sin pan y estaban muy flacos.

Después terminaron subir el Paraná arriba, en demanda de bastimento mujeres que milagrosamente quiso Dios que se hiciesen per ver que en ellas estava la vida dellos; porque todos los serbicios del navío los tomavan ellas tan a

pechos que se tenía por afrentada la que menos hacía que otra, teniendo de marear la vela y gobernar el navío y son-
dar de proa y tomar el remo al soldado que no podía bogar
y esgotar y poniendo por delante a los soldados que no des-
animasen, que para los hombres eran los trabajos: verdad es
que a estas cosas bellas no eran apremiadas ni las hacían de
obligación ni las obligava, sí solamente la caridad.

Aún llegaron a esta Ciudad de la Asunción, que aunque
ahora está muy fértil de bastimentos, entonces estaba muy
necesitada, que fué necesario que las mujeres bolviesen de
nuevo a sus trabajos, haciendolos con sus propias manos,
rozando y carpiendo y sembrando y recogendo el bastimento
sin avuda de nadie, hasta tanto que los soldados guarnecie-
ron de sus flaquezas y comenzaron a señorear la tierra y
adquirir yndios e yndias a su serbicio...

El querido escrevir y traer a la memoria de V. M. para
hacerle saver la yngratitud que conmigo se ha usado en es-
ta tierra, porque el presente se repartió por la mayor parte
de los que ay en ella, ansí de los antiguos como de los mo-
dernos, sin de mí y de mis trabajos se tubiese nenguna me-
moría y me dexaron de fuera, sin medar yndios ni nengún
género de serbicio.

Mucho me quisiera hallar libre para me yr a presentar
delante de V. M. con los serbicios que a V. M. e echo y los
agravios que agora se me hazen; más no está en mi mano,
por que estoy casada con un caballero de Sevilla que se lla-
ma Don Pedro Esquivel que por serbir a V. M. a sido causa
que mis trabajos quedasen tan olvidados y se me renovasen
de nuevo porque tres veces le saqué el cuchillo de la gar-
ganta, como V. M. sabrá. A que suplico mande me ser dado
mi arrepentimiento perpetuo y en gratificación de mis ser-
bicios mande que sea proveydo mi marido de algún cargo,
conforme a la caldad de su persona; pues él, por su parte,
por su parte, por sus serbicios se lo merece.

Nuestro Señor acreciente su real vida y estado por mui
largos años. Servidora de V. M. que sus Reales manos besa.
— Isabel de Guevara".

Era de este modo que aquellos hombres des-
cubrían mundos, conquistaban continentes y fundaban
naciones. El amor y la caridad de aquellas Evas su-
blimes, vencedoras del peligro, del hambre, de la fati-
ga, del dolor y de la muerte, ponían la fuerza en sus
venas y la fe en su corazón.

Por eso la carta de Isabel de Guevara, más grande que todas las princesas de la historia, más sublimes que todas las santas del cristianismo, ha de seguir vi-
viendo a través de los siglos, mientras haya en América una mujer.

MERCEDES TAPIA

LA ORADORA DE CHUQUISACA

Esta mujer fué una de las musas de la Independencia. Por espacio de un siglo su obscuro nombre permaneció en el silencio. Pero las leyendas heroicas, a través del tiempo, venciendo al olvido, exhuman su recuerdo y presentan su sombra ante las generaciones.

He aquí la historia de esta heroína del Norte que nació bajo el mismo cielo que Juana Azurduy y vivió las mismas horas de dolor y de sangre que Magdalena Güemes.

Vestida de blanco, Mercedes Tapia, después de la victoria de Suipacha, en la que "los gauchos rotos" de Balcarce afirmaron la primera victoria de los americanos libres, se presentó ante Castelli, el representante de la democracia americana.

Mercedes Tapia no fué una mujer del pueblo, como "la loca de la guardia", como Manuela la Tucú-

mana, como tantas humildes y valerosas almas de mujer que honraron la historia de la libertad continental. Sangre indígena corría por sus venas, indígenas pasiones arrebatában su semblante moreno y ardiente. Pero la estirpe castellana habíale dejado su nombre y su arranque heroico.

Vestida de blanco, cuenta la tradición, salió al encuentro del representante del héroe... A la cabeza de una diputación compuesta por el bello sexo de la ciudad de Chuquisaca apareció Mercedes Tapia, cuando no habían enmudecido los ecos de la batalla, y pronunció ante el representante de la Junta de Buenos Aires y de su comitiva una arenga en que sobresalían las elocuentes palabras que siguen: “¿Cómo ha sido posible que por tanto tiempo sufriéramos el ignominioso espectáculo de ver a nuestros compatriotas degradados hasta el extremo de tener que renunciar a las nobles prerrogativas que los elevan tanto en nuestra estimación? ¡No! Yo leo en vuestros rostros varoniles que estáis determinados a sacudir para siempre tal humillante yugo. En cuanto a nosotras, no habrá sacrificio que no hagamos gustosas, mientras no seamos tan independientes y libres, y para conseguirlo pondremos en acción todos los medios. Aquí están nuestras alhajas, las prendas de nuestro amor. ¿Podemos, acaso emplearlas mejor que en vosotros mismos? Si volvéis vencedores. ¿No os contentaréis con nuestras virtudes? Si sois vencidos, ¿habrá americana que quiera adornarse para agradar a los exterminadores de sus compatriotas? Pero al desprendernos de vosotros, ¿no renunciamos a todo?

“¡Corred, pues a las armas! Id y mostrad en el campo de batalla, hasta dejar sellada con sangre vuestra libertad y la nuestra, que sois los defensores de nuestros derechos, los sostenedores de la inocente América, sus dignos hijos. Si fuese necesario, cooperare-

mos también nosotras con el fusil al hombro, con el sable en la mano. En vuestra ausencia, tejaremos guirnaldas con que orlar vuestras sienes, cuidaremos de los enfermos y los heridos, trabajaremos para nuestra subsistencia y la de los huérfanos que dejaréis a nuestro cargo. Marchad y volved victoriosos."

Estas palabras arrancaron lágrimas...

Mercedes fué una de las mujeres más perseguidas en el Alto Perú después de la derrota de Huaquí y de la ocupación de Chuquisaca. No obstante, vivió hasta que la alegría de la victoria de Salta la mató...

JOSEFA DOMINGUEZ

LA CORREGIDORA DE QUERETARO

La independencia de Méjico nació al arrullo maternal de una mujer.

Cuando los oficiales de Jalapa se reunían en pequeños grupos diseminados por el país, para conspirar contra el poder español, una dama, “dechado sublime de patriotismo”, animaba con su ejemplo a aquellos intrépidos soñadores de la libertad.

Era doña Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del corregidor de Querétaro. En medio de los saraos que daba, de las bulliciosas fiestas en que pasaba sus días la alta sociedad mejicana de entonces, la esposa del corregidor Domínguez compartía sus cuidados a sus pequeños hijos, “dividiéndolos con otro objeto más sublime: la independencia de su patria”.

Aquella mujer, al ingresar con su ardorosa fe, con su entusiasmo, en aquellas reuniones, no podía saber,

sin embargo, qué papel le había reservado el destino en la historia de Méjico. No podía guiarla sinó el noble ardimiento que ostentaron las mujeres americanas de entonces, por una causa que contó con tantos mártires y con tantos apóstoles, causa que tuvo su apoteosis en el calabozo de Leona Vicario y en el cadalso de Policarpa Salabarrieta.

Estamos en la ciudad de Querétaro, en los primeros días del mes de septiembre de 1810.

El toque de guerra ha dejado desiertas las calles, y solo interrumpen la obscuridad de la noche las luces que brillan al través de las vidrieras de la casa del corregidor.

En la sala principal de la casa se hallan reunidos, como temerosos del menor ruido, la primera autoridad, Don Miguel Domínguez, su esposa, el cura de Dolores y los capitanes Allende y Aldama.

Meditabundo, el corregidor escucha a sus huéspedes con una mezcla de asombro y de conformidad. Allende, con su imaginación tropical, sueña ya con el día del triunfo. Hidalgo, el inmortal cura, repite, que "los autores de semejantes cosas no ven su obra", y la esposa del corregidor, con ese encanto de los seres femeninos, con ese amor maternal con que algunas mujeres abrazan una causa, les habla de la patria como de una hija, del triunfo como de un hecho, y desciende de los grandes planes a los más minuciosos detalles, con aquella facilidad femenina, que abraza en conjunto todos los objetos y los examina al mismo tiempo con extraña puerilidad.

En aquel grupo se trataba nada menos que de la independencia mejicana. Sin embargo, ya por aquellos días, la denuncia y la delación pretendían hacer abortar el plan concebido por Allende, iniciado en las juntas de Valladolid y aceptado con ardiente entusiasmo por el cura Hidalgo y la corregidora de Querétaro.

Los días que allí se reunían estaban muy lejos de pensar que la predicción del cura de Dolores se iba a cumplir al pie de la letra, que unos subirían las gradas del patíbulo, y que la mujer que los acogía con su ternura iba a gemir durante largos años en la sombra de una lúgubre prisión.

Con el nombre de Academia Literaria habíanse establecido en Querétaro unas reuniones cuyo objeto principal era el plan de la independencia. Pero la Audiencia había ya recibido ciertas denuncias y Domínguez, como corregidor, tuvo que proceder en contra de los acusados.

El corregidor, como particular y como autoridad, era de una reputación intachable. Incurriera en el odio de los amos de los obrajes de pan por la decidida protección que extendía a los trabajadores, y numerosos y elevados fueron los cargos que desempeñó en la administración colonial.

La denuncia de la conspiración lo puso en un verdadero compromiso y queriendo salvar a sus cómplices procedió al allanamiento de la casa de los hermanos González.

Este allanamiento, que el corregidor dispuso por fórmula, no hubiera tenido consecuencia alguna. Pero los denunciantes insistieron, y un segundo registro descubrió una cantidad considerable de armas en la casa.

Los hermanos González fueron reducidos a prisión y todos los conspiradores iban a ser descubiertos, incluso Domínguez.

Es entonces cuando vuelve a aparecer doña Josefa Domínguez.

La corregidora, impuesta de lo ocurrido, comprendiendo que a la prisión de los González iba a suceder

la de todos los comprometidos, no vaciló en sacrificar su nombre y su familia, su posición, por que no fracasase el plan de la independencia, y mientras su esposo verificaba el allanamiento de la casa de González, resolvió avisar a Allende, el jefe de la conspiración.

La recámara de su habitación — dice el proceso que se siguió a la heroica mujer — caía sobre la vivienda del alcaide de la cárcel, la que, como en casi todas las capitales de provincia, estaba en los bajos de la casa de Gobierno. Llamábase el alcaide Ignacio Pérez, y era uno de los más activos agentes de la conspiración. La seña convenida entre él y la corregidora, para comunicarse en cualquier caso imprevisto, eran tres golpes con el pie sobre el cuarto del alcaide. Diéronse en esta crítica circunstancia, y como el corregidor había dejado cerrada la puerta del zaguán, a través de esto impuso a Pérez de los acontecimientos de aquella noche y le previno que buscarse persona de confianza que fuera con toda diligencia a San Miguel a instruir a Allende de todo.

El empeñoso Pérez no quiso confiar a nadie tan delicado encargo y él mismo se puso en camino, y no habiendo encontrado a Allende en San Martín, cuando llegó al amanecer buscó a Aldana y le dió cuenta del motivo de su viaje.

Aquél oportuno aviso dió por resultado la proclamación de la independencia de Méjico.

La mañana del 16 fué reducido a prisión el corregidor Domínguez y a su esposa se la inició una causa que duró muchos años.

Doña Josefa Ortiz de Domínguez, la heroica corregidora de Querétaro, pagó su amor a la indepen-

dencia de la tierra natal permaneciendo cerca de siete años en un calabozo.

Su familia se arruinó, sus hijos quedaron en la miseria, y aunque una ley de amnistía de las Cortes de Cádiz le devolvió la libertad, no le devolvió lo que le había arrebatado para siempre la saña virreinal.

LAS DOS CARLOTAS (1)

Ninguna de estas dos Carlotas imperiales que, durante dos épocas inolvidables, llenaron con su funesta y grandiosa sombra el suelo americano habían nacido en las tierras del Nuevo Mundo. Ambas, la de 1815 y la de 1867, fueron dos princesas extranjeras, dos funestos y trágicos juguetes del destino, cuyo nombre se ha escrito con lágrimas y con sangre en las leyendas del continente.

Fué la de 1815 aquella famosa y delirante princesa Carlota, mujer del rey Juan de Portugal, cuyas sienes borbónicas los extraviados patriotas de 1813 quisieron ceñir con una corona americana.

¿Para qué repetir aquí los nombres imperecederos de los sonámbulos de aquella aventura extraña y

(1) Véase el capítulo titulado "Carlota de Braganza".

delirante? Los historiadores argentinos han revelado el terrible secreto de 1815, cuando los padres de la libertad americana soñaron por un instante en la monarquía, y fueron en busca de una hermosa, pero equívoca princesa de Portugal para que reinase sobre el libre suelo de América?

Afortunadamente, la princesa Carlota no es más que una sombra. Sus regios y livianos pies jamás llegaron a hollar las libres y agitadas riberas del Río de la Plata. Los vientos de la democracia, aquellos vientos que soplaban desde los campos de batalla de Suipacha, de Salta, de Jujuy, disiparon el ensueño extraño de la monarquía.

La princesa Carlota no debía ser jamás una soberana de América. Los gauchos rotosos que combatían en las quebradas del Norte, en las riberas del Desaguadero, en los caminos de la libertad, no querían reyes Ni bronceados descendientes de los Hijos del Sol — emperadores descalzos, — ni livianas princesas europeas.

Esta fué la primera de las dos Carlotas.

Medio siglo más tarde, otra Carlota arroja una sombra de sangre, aparece también como una visión delirante y funesta en América.

Es la doliente esposa de Maximiliano.

Maximiliano de Habsburgo era un hermano de Francisco José, emperador de Austria, el último de los emperadores que han desfilado por el tribunal de la Historia. Débil y sin voluntad, aquel desventurado retoño de una raza imperial no fué más que un trágico e imperial muñeco en las manos hábiles y ambiciosas de Napoleón III, que en 1852 había ceñido la corona de Luis Felipe, luego de consumir una de las traiciones más infames que registra la historia, traición maldecida por los ardientes alejandrinos de Víctor Hugo.

El tercer Bonaparte soñó en 1860 con el imperio de Méjico. Un pueblo libertado, los Estados Unidos, derramaba hacia la América del Sud los grandiosos ensueños de la democracia y la libertad. Y quiso aquel nefasto emperador de los franceses levantar la muralla de un nuevo imperio entre las dos democracias del hemisferio.

¡Deventurado príncipe!

La tradición de su martirio vive todavía. La tragedia de 1867, el suplicio de Querétaro, están presentes aún en la imaginación de las generaciones americanas.

¿Quién no conoce el cuadro famoso que representa al pobre y trágico Maximiliano en la rústica celda de un cuartel escuchando las exhortaciones post-treras de un sacerdote, mientras el piquete que ha de fusilarlo lo contempla desde la puerta?

Pero en esa tela célebre está ausente la dolorosa figura de la segunda Carlota de la historia americana, el trágico y doliente perfil de aquella hermana de Leopoldo I de Bélgica, de aquella pobre princesa que soñó, como la mujer de Juan VI de Portugal, con una corona imperial en América...

Pesada y sangrienta corona, sí, la que ciñó durante pocos meses las regias y frágiles sienes de la segunda Carlota. Pocos imperios más breves y más lúgubres que aquel del infortunado Maximiliano. América, la cuna ensangrentada de la libertad, no quería emperadores. ¿Acaso los llaneros de Colombia, los huasos de Chile, los gauchos de Güemes, los lanceros de Lavelle, habían combatido y habían "sembrado con sus huesos" el continente para que un príncipe extranjero levantara la púrpura de un trono sobre los ensueños de los pueblos?

Así murió el infeliz Maximiliano, fusilado como un traidor a la libertad en la ardiente llanura donde

un día, más de medio siglo antes, resonara el grito impercedero de Morelos, y donde estaba seca desde hacía centurias, la sangre de Guatimozín y de Moctezuma.

¡Desventurada Carlota!

¡Cuántas veces soñó, quizá, en aquella carnavalesca y trágica corte mejicana, con los esplendores lejanos de Viena, donde el juvenil Francisco José — que había de ser con el tiempo el monarca más infortunado y más siniestro de la historia contemporánea — iniciaba un reinado deslumbrante y famoso; donde Luis de Baviera, demente y sublime, deliraba con los versos de Enrique Heine y con la extraña música revolucionaria de un judío melencólico que se llamaba Ricardo Wagner!

Han transcurrido cerca de sesenta años.

La segunda Carlota vive todavía. (1) Es una anciana vestida de negro que aún cree ser emperatriz. Exige el tratamiento imperial, en medio de las lágrimas misericordiosas de los que aún le permanecen fieles.

Pero en las noches serenas de Suiza, cuando la luna de otoño nieva sobre las aguas del Lemán, sueña con el pasado; exige el tratamiento imperial en medio de las lágrimas hasta las cuales no llegan los rugidos ni los sollozos de la humanidad atormentada. Y ella, una anciana de noventa años vestida de negro, el espectro viviente de la segunda Carlota, debe cerrar los ojos fatigados y ver de nuevo la tragedia de 1867: un rubio príncipe, “su” príncipe, con los ojos vendados, los fusiles apuntándole al pecho, bajo el cielo azul de la tierra americana.

(1) Este artículo fué escrito en 1922.

“SOLEDAD”

“Soledad” es uno de los escasos idilios americanos que tienen como teatro el magnífico drama de la Revolución.

Esta lejana y breve novela —breve para su época— dormía olvidada en el fondo de los años. Para la generación actual era desconocida casi por completo. No habíamos oído hablar de ella a nuestros padres ni a nuestros abuelos.

Fué la novela de la juventud del general Mitre.

Allí, en la grandiosa y melancólica Bolivia, a la sombra infinita del Illimani, el oscuro teniente del sitio grande de Montevideo concibió y escribió este romance americano durante las horas larguísimas del destierro, el destierro voluntario de tantos argentinos que huían de la sombra de don Juan Manuel de Rosas.

En el regazo de los valles profundos de la república

boliviana, recién constituída, en cuyas ciudades habíase secado ya la sangre de los incas, pero en las cuales seguían resonando todavía las descargas libertadoras de Ayacucho, el joven desterrado localiza la acción de su novela. Los ecos de la revolución llegan, más o menos apagadamente hasta las almas.

Los personajes son escasos. Su juvenil autor saturado en el romanticismo de su tiempo (¿acaso no sonaba entonces la lira de Echeverría?), fundóse en los moldes clásicos para construir su novela.

La figura del viejo marido de Soledad, la dulce americana, es todo lo repulsiva que debe ser. La de Eduardo, el joven y disoluto oficial realista, se nos presenta al principio de la novela con perfiles contradictorios. Pone en su boca el futuro general Mitre el canto de esperanza de los hombres que hicieron la Revolución y seguidamente trata de hacerle formular el anhelo reaccionario de los viejos residentes españoles:

“¿Qué es lo que hemos ganado? Para ser esclavos de otros tiranos mayores que los que teníamos antes, que disponen a su antojo de nuestras vidas y propiedades... Vivimos en medio de la pobreza, del desorden y de la sangre...”

Pero estas palabras suenan huecas, vacías, en medio de los ecos resonantes del grandioso drama.

Las sórdidas y pálidas figuras de los viejos realistas se empequeñecen junto a las viriles y desgarradas de los jóvenes capitanes de Ayacucho...

Mas nos vamos olvidando de nuestra heroína.

Soledad ignora las pasiones heroicas que la rodean. Ha olvidado los vientos de tempestad que soplaron en torno de su cuna cuando su padre vestía calzón de punto y jubón de terciopelo, y se arruinaba por la causa de la Revolución.

En el sublime y patético egoísmo de sus diez y siete años, sólo piensa en su sórdido destino; sólo cavila que

la han casado con un anciano acaudalado y torpe. El estrépito de las batallas lejanas sólo le recuerda que un primo arrogante está combatiendo por ideales que él sabrá...

Soledad, la heroína de esta novela no vive más que las peripecias de su corazón. Ama el amor, simplemente. La imagen de su primo Enrique, el paladín americano, se va borrando de su memoria.

Hasta que hace su aparición en la hacienda del valle don Eduardo López, el americano realista, tenoril y disoluto, el cual fija sus peligrosas miradas en la bella y desolada esposa del anciano español, que cuenta sus doblones y sus celos.

La sencilla fábula de la novela entra en su fase crítica con la presentación de la novia seducida de Eduardo López, Cecilia.

Como puede verse, los elementos de esta novela, escrita hace cerca de cien años por uno de los hombres que habían de llenar con su nombre, con su genio y con sus virtudes altísimas más de media centuria de la vida argentina, estos elementos decimos, pertenecen al más puro romanticismo que imperaba en aquél tiempo rudo y dulce a la vez...

Una edición reciente —del año 1921, para ser exactos— resucitó la sentimental heroína de la juventud del general Mitre. Sabemos que la viejísima novela obtuvo un favorable éxito de público.

No podía ser de otro modo.

El olvidado romance que fué un ensueño y un pasatiempo del glorioso patricio, la obscura historia de amor de Soledad, incrustada en el paisaje bárbaro del antiguo Alto Perú, tiene, a pesar del tiempo y con todas sus faltas, la emoción y el encanto de un poema.

¿Qué importa, en efecto, que la heroína carezca de grandeza, de patriotismo, de pasión?

¿Qué importa que haya olvidado a Enrique, el no-

vio de su juventud, para sentirse subyugada por las miradas y los versos de Eduardo?

Tan humana es la pobre Soledad que ni aún siente el soplo poderoso de la Naturaleza imponente y grandiosa que asiste a sus inciertos y débiles amores. Pertenece a la categoría de las Evas universales a quienes arrastra el ensueño y la fiebre del instante. La voz diabólica y dulcísima enmudece repentinamente en su frágil e indefenso corazón y sobre el féretro de su viejo marido cae en los brazos del compañero de la infancia, que vuelve a su vida con la aureola de los paladines de la causa americana, glorioso, trágico y heroico ensueño que la pobre Soledad no comprendió ni sintió jamás, desde la primera página hasta la última.

Tal es la heroína de la única novela que escribió en los días lejanos de un siglo el glorioso historiador de las campañas libertadoras de América, aquél prócer que vimos pasar, reverentes, por las calles de Buenos Aires en los días de nuestra niñez, como si fuera toda la historia argentina que pasaba...

Hemos evocado esta heroína, no con el mero propósito de arrancarla al olvido, sino simplemente para recordar a los lectores de esta generación, sobrealimentados espiritualmente de una literatura de ficción copiosa y mediocre, que en épocas muy lejanas ya, épocas en que el obscuro drama de las vidas se confundía con el drama resonante de los pueblos, hombres de alma superior, de virtudes imperecederas, sabían escribir poemas de amor, romances de sentimiento, y crear heroínas literarias como Soledad.

AMALIA

EL SUEÑO DE JOSE MARMOL

—¿Cómo eran los tiempos de Rosas, abuelita?

Era esta una de las preguntas de nuestra infancia. Recordamos todavía la respuesta que nos daba la madre de nuestro padre, allá en una vasta y antigua quinta de un barrio del Sur, al nacer el siglo.

—Cuando leas la “Amalia”, de Mármol sabrás como eran los tiempos del Restaurador...

Después leímos “Amalia”, llenos de emoción y de maravilla infantil. Volvimos a recorrer más tarde las páginas de la novela famosísima, enterados de la vida de su autor por los relatos de uno de los decanos del periodismo nacional, rebuscador de tradiciones, el cual vive aún. Fué este curioso y ameno anciano, sobreviviente de la romántica generación de los tres Gutiérrez, quien destruyó en nosotros la leyenda emocionada y falsa de la prisión política de José Mármol, y del apóstrofe lírico escrito en la pared de su celda...

¡Amalia!

Este suave nombre de mujer nos evoca toda la grande y atormentada época. Las sombras terribles de los verdugos, los espectros repulsivos de Eusebio de la Federación, del monstruoso Viguá, la imagen piadosa y dulcísima de Manuelita, el torvo ceño de Rosas, paseando sin cesar, las manos a la espalda, por las habitaciones y los corredores de aquella casona lúgubre que alcanzamos a conocer, en 1905, en la esquina de Bolívar y Moreno... Todo esto acude a nuestra memoria.

Abrimos el libro, y suena en nuestros oídos el clamor rítmico de la Mazorca; vemos pasar por las calles coloniales de Buenos Aires las patrullas sanguinarias de los chiripás rojos, y oímos estremecidos la sangrienta canción de los degolladores; entrevemos el rostro inteligente y triste de Daniel Bello; los ojos aterrados del maestro; pasa cojeando el pobre joven Belgrano; ríe siniestramente, como una bruja infernal, doña María Josefa Ezcurra; vemos embarcarse en la misteriosa ballenera a la bella Florencia Dupasquier.

—¿Y Amalia?

En la famosa novela de Mármol, la bellísima viuda de Olabarrieta se nos ocurre una figura extrañamente pálida. El poeta de los "Cantos del Peregrino", representante puro de la escuela romántica, nos ha trazado una heroína que no alcanza a serlo. Amalia, la divina tucumana, tiene elementos de romance; pero carece de emoción, en sus tristes amores con Belgrano, en su recatada viudedad, en su misma fatalidad. La pasión está ausente en el alma y en la vida de Amalia de Olabarrieta, acaso por contraste mismo con el colorido violento de los cuadros de su tiempo, con la fuerza dramática de las vidas que la rodean, que se mueven tumultuosa y trágicamente en el resplandor sangriento de la Tiranía y del Terror, que viven, sufren, luchan y mue-

ren en medio de un épico dolor y de una angustiosa inquietud.

A medida que avanzamos en la famosa novela, que vamos tropezando con sus almas desgarradas y vibrantes, la figura de Amalia se vuelve cada vez más descolorida. En el lujo sereno de su quinta de Barracas no resuena la tragedia popular de Buenos Aires. Mientras todos en la Ciudad del Terror viven una existencia magnífica de valor, de sacrificio, de esperanza, de resignación, la hermosa provinciana sueña entre sus jazmines y sus tapicerías celestes. Su apatía tropical la empequeñece en medio del tumulto sangriento de las calles y de las almas. Amalia no hace más que soñar, esperar y llorar un poco, cuando todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, grandes y pequeños, en Buenos Aires, al rumor de los caballos de la Mazorca y de los acordes tétricos de la "Refalosa" viven trágicamente...

Apenas llora, como si temiera empañar sus oscuros ojos inmensos. Ningún arranque de pasión la mueve, ningún gesto heroico de enamorada la sacude.

¿Fue realmente como la pinta Mármol la heroína del gran romance?

Lo ignoramos. Pero, indudablemente, para los que hemos estudiado con cierta detención la época terrible que arranca en 1835 hasta el sitio grande de Montevideo, no podemos menos de establecer una comparación entre esta tibia figura de mujer, débil y tímida, y aquellas otras impresionantes y magníficas, como la madre de Domingo Lastra, la esposa de Salvadores, y tantas otras que supieron desafiar las iras del tirano y de sus hordas sanguinarias, engrandecidas por el amor o la indignación.

Algún día hemos de ocuparnos con detenimiento de estas mujeres del tiempo de Rosas.

Por ahora, sigamos con Amalia.

José Mármol se equivocó al pintarnos una heroína

así. Las generaciones no aman los espíritus de debilidad, especialmente cuando se mueven en épocas tan infinitamente trágicas. Y menos aún cuando se trata de una época como la que vivió Mármol, cuando los hombres perseguidos eran elementos casi negativos en el drama sin nombre, cuando recaía sobre las mujeres argentinas el deber de velar por la vida y el honor de los hijos, de los maridos, de los hermanos y de los amantes. Los puñales ávidos de la Mazorca estaban suspendidos siempre sobre la garganta de los hombres. Un gesto, una palabra, una sospecha, hacían rodar sus cabezas ensangrentadas en mitad de la calle, mientras que las mujeres — y esta es la verdad histórica — eran respetadas por los degolladores. Sus vejámenes a las mujeres se limitaban a la amenaza verbal, y, cuando más a fijarles en las ropas o en el cabello la roja divisa federal.

Manuelita Rosas estaba allí, y por ella, el Restaurador y sus verdugos, Cuitiño, Salomón, Troncoso y Parra, respetaban el sexo en las orgías de sangre de la Sociedad Popular Restauradora.

¿Debió ser Amalia Sáenz de Olabarrieta una figura de heroísmo y de amor?

Indudablemente, Mármol escribió con tanto cuidado y con tanto amor su novela que olvidó de engrandecer su heroína. Pensó acaso que dotándola de una hermosura sin par, de una patética debilidad, la llevaría al corazón de sus lectores.

Pero no fué así. Esa misma debilidad dolorosa de la lindísima provinciana, que tiembla pensando en el destino de su novio, y añora los cielos y los vergeles tucumanos en medio del drama indecible de Buenos Aires, sólo inspira una piadosa conmiseración. Sufrimos con ella; nos oprime su angustia y nos conmueve su amor; pero cualquiera otra mujer de carne y hueso hubiera tenido un gesto de apasionado sacrificio, un arranque de coraje heroico para evitar la fatalidad.

“Amalia” vivirá mucho tiempo en el corazón de las generaciones argentinas. A pesar de todo, con todas sus faltas, la omisión de los cuadros populares de la época de Rosas, de innumerables e históricos episodios que han recogido otros novelistas menos difundidos y más realistas o mejor informados, la novela de José Mármol será siempre una obra maestra. Ha pasado desde hace mucho a la categoría de los romances clásicos americanos, porque, con todo, palpita en sus páginas el tiempo inolvidable y terrible que revivió, las horas y las almas de un período trágicamente célebre.

“MARÍA”

María es el gran romance de amor del Nuevo Mundo. Hay en las páginas que escribió el judío de Colombia elementos de inmortalidad. La pasión desgarradora de Efraín ha arrancado lágrimas ardientes a varias generaciones. El que haya leído esta novela en los años románticos de la juventud no la olvidará seguramente jamás.

El trágico esplendor de aquél idilio sin ventura, en medio de la gloria deslumbrante del trópico en el valle sonoro y luminoso del Cauca; ha ejercido y ejercerá siempre una fascinación poderosa sobre la imaginación de las gentes. La grandeza desolada del amor de Efraín y de María pone sobre sus almas un soplo de la fatalidad antigua.

“María” es uno de los grandes romances de amor de la humanidad. Su heroína, la pequeña y frágil ju-

día de Jamaica, trasplantada al paraíso tropical del valle del Cauca, convertida al cristianismo, florece como un inmortal ensueño a la sombra azul de las montañas. María es el amor de todos los hombres, o, mejor dicho, el sueño de amor de todos los hombres, el ideal femenino, sorprendido en los rasgos de una heroína imperecedera por un escritor genial.

Si nos propusiéramos ocuparnos en este artículo de la novela en sí observaríamos que le han atribuído como defectos capitales la excesiva frondosidad de las descripciones y la extensión de los diálogos. Más estos son detalles de técnica literaria que no nos interesan aquí.

Viajeros y escritores extranjeros de vez en cuando suelen referirse al valle del Cauca. Todos ellos, aun los menos sentimentales, no pueden aludir al Cauca sin evocar con emoción extraña y profunda la figura inmortal de la protagonista de Isaacs. Su sombra, dulcísima y trágica a la vez, diríase que llena aquel esplendoroso rincón americano. Las leyendas del novelista se presentan al pié de cada árbol tropical, cada onda del río azul murmura el nombre de la muerta novia de Efraín...

“Aquí cantó y lloró Jorge Isaacs”, dice un piadoso letrero a la entrada de una casa muy vieja, descrita en la novela, y bajo cuyos techos palpitaron los corazones de los imperecederos amantes americanos.

¿Es falsa o es exacta la tradición que dice fué el propio Isaacs el Efraín del idilio famoso?

Poco interesa esto. Las figuras, las almas, ahí están, ardientes y desgarradoras. Todos en nuestra juventud hemos sufrido nostalgias de amor, añoranzas del suelo natal, al acompañar a Efraín en su viaje a Inglaterra, donde su padre quería se graduase de médico. ¡Pobre hijo del trópico, soñando, entre las nieblas del Támesis, entre el humo y las lloviznas de Lon-

dres, con el valle asoleado donde le aguardaba el amor de su corazón!

¿Qué mujer no ha llorado también al ver pasar por las páginas del glorioso libro la figura pálida y ardiente de María, deshojando jazmines en los hondos crepúsculos del Cauca, mientras su apasionado corazón se iba más allá de los mares, en pos de Efraín?

No es posible, en los estrechos límites de un artículo, enumerar ni analizar los pasajes notables del inmortal poema. El soplo de pasión satura el libro todo, desde la primera página hasta la última. En medio de la naturaleza pacífica y victoriosa, las almas de esos dos seres se acentúan de modo extraordinario. Como escribimos más arriba, la fuerza de su pasión hace vibrar todo lo que les rodea, las montañas, los cielos, las aguas, los bosques. María se hunde en el sepulcro, aniquilada por un mal de muerte; se extingue bajo el firmamento luminoso, arrullan su agonía las voces misteriosas del trópico. Pero queda viviendo eternamente en el lugar donde amó, esperó y murió. El graznido de las aves siniestras no apaga el eco de los versos de Efraín: "Ven conmigo a vagar bajo las selvas, —Donde las hadas templan mi laúd.— Ellas me han dicho que conmigo sueñas. —Que me harán inmortal si me amas tú...".

María es la heroína trágica por excelencia. Sobre su alma apasionada y dulcísima, sobre su bella cabeza juvenil, se acumulan las pesadumbres inmensas, las mortales congojas. Su sueño de amor no ha de realizarse jamás en este mundo. Al mal de la ausencia se une la sombra fatídica de la muerte que clava sus garras en sus entrañas. Junto al río familiar, cuyas aguas azules reflejaron su sombra y la del amado ausente, en medio de la creación que entona el himno grandioso de la vida, un golpe de tos, seguido de una gota de sangre, resuena en su alma y le hace comprender que jamás será de Efraín...

¡María!

El graznido del cuervo sobre la losa de su sepulcro es el sollozo inconsolable de todos los amores imposibles, de todas las pasiones irrealizables, de todos los idilios que nunca han de cumplirse.

Las lágrimas de fuego de Efraín han corrido y seguirán corriendo por las pálidas mejillas de millones de hombres; es el llanto desesperado del amor perdido para siempre, del ensueño desvanecido, del ídolo quebrado bruscamente en los juegos incomprensibles y crueles del destino.

El capítulo final de la grandiosa novela colombiana es una de las páginas más bellas y terribles que se hayan escrito en nuestro idioma. ¿A quién no ha sobrecogido de supersticioso e inexplicable pavor la descripción de las trenzas, de las magníficas trenzas de la muerta, retorciéndose entre los dedos febriles del amante enloquecido?

“María” ha de seguir viviendo durante varias generaciones, no sólo en los pueblos americanos, sino en todos los pueblos.

Las sombras del glorioso romance seguirán viviendo en el valle del Cauca, al pie de las luminosas montañas, en las riberas del río tropical. Los corazones de Efraín y de María continuarán palpitando, trémulos de pasión, en las ondas y en las hojas, en las flores que crecen, en los jazmineros y las violetas de la montaña, que un día plantaron, bajo el resplandor ardiente del trópico, las manos frágiles de la novia desventurada de Efraín.

“SANTA”

“No vayas a creermia santa porque así me llame. tampoco me creas una perdida emparentada con las Manón Lescaut o las Margarita Gauthier por mi manera de vivir. Barro fuí y barro soy; mi carne triunfadora se encuentra en el cementerio. Desahuciada de las “gentes de buena conciencia”, me cuelo en tu taller de artista en la esperanza de que, compadecido de mí, me palpapes y me registres, hasta tropezar con algo que llevé dentro, muy adentro, y que calculo sería el corazón, por lo que palpitó y me dolió con las injusticias de que me hicieron víctima.

“No lo digas a nadie — se burlarían o se horrorizarían de mí; pero, ¡imagínate!, en la inspección de sanidad fuí un número; en la mancebía, un trasto de alquiler; en la calle, un animal rabioso al que cualquiera perseguía, y en todas partes, una desgraciada. Cuan-

do reí, me riñeron; cuando lloré, no creyeron en mis lágrimas, y cuando amé. —las dos únicas veces que amé, — me aterrorizaron en la una y me vilipendiaron en la otra. Cuando, cansada de padecer, me rebelé, me encarcelaron; cuando enfermé, no se dolieron de mí, y ni en la muerte hallé descanso; unos señores médicos despedazaron mi cuerpo sin aliviarlo, mi pobre cuerpo magullado y marchito... Acógeme tú, y resucítame. ¿Qué te cuesta? ¿No has acogido tanto barro y en él infundido no has alcanzado que lo aplaudan y lo admiren?... Dicen que los artistas son compasivos y buenos... ¡Mi espíritu está tan necesitado de una limosna de amor! ¿Me quedo en tu taller? ¿Me guardas? En pago — morí muy desvalida y nada legué— te confesaré mi historia. Y ya verás como, aunque te convenzas de que fui culpable, de sólo oirla llorarás conmigo. Ya verás como me perdonas; ¡oh, estoy segura de ella, lo mismo que lo estoy de que me ha perdonado Dios!”

Este es el mensaje dolorido que la heroína desgarrada de una de las más bellas novelas que se hayan escrito en América envía a la humanidad desde su miserable sepulcro.

Santa es una de esas protagonistas trágicas que ejercía “la profesión más antigua del mundo” y cuyo rostro profanado y ardiente besaron los labios divinos y purificadores de Jesús de Nazareth.

Era una mozuclá de una alquería perdida en el fondo de las campiñas mejicanas. Tenía en su sangre el sol de las tierras calientes; la voz de los arroyos, la canción de las aves, la luz de los amaneceres, balbuceaban en su alma de sencilla campesina el secreto prodigioso y ardiente de la vida. Y fué así que pecó...

Arrojada de la alquería, la bella hija de los campos, llorosa y desolada, perseguida por el áspero rencor, por el candente desprecio de los suyos y los extraños, acosada como un animal dañino, llega a la puerta de una

casa sin nombre, en una gran ciudad que se llama Méjico.

Federico Gamboa, su autor, traza en cerca de cuatrocientas páginas, vibrantes de emoción y de colorido, el calvario de esta Margarita Gauthier americana a quien el amor no redimió. Desfilan por la siniestra casa de la iniquidad todas las clases sociales, gobernadores y toreros, generales y chulos.

La rústica y bellísima Santa abandona el purgatorio de su desengaño, y entra de lleno en el infierno de la realidad. En torno suyo arden las pasiones sin nombre, fermentan los deseos diabólicos, hierven las infamias indecibles.

Dulcísimo Jesús, ¿no era que perdonaste a todas en María de Magdala?

Las tinieblas por momentos se tornan sangrientas. El crimen, la muerte, hacen pasar un soplo de horror y de frío en la casa de la iniquidad, ante el espanto de las Evas caídas en el más hondo y horrible de los precipicios sociales. La sangre de un asesinado salpica las carnes magníficas y manchadas de Santa, que sueña, en las noches infames, con los bosques y los cielos azules de su niñez, con las caricias de su madre muerta...

Mas su calvario apenas ha comenzado.

El fango humano de una ciudad jadea a su alrededor. El alma de Santa prosigue su descenso hasta el fondo mismo del infierno. Pero, si su pobre cuerpo doloroso de pecadora escarnecida no ha de redimirse jamás, en cambio, la paloma perdida de aquella alma busca por instantes el cielo, la luz. No es posible que toda la vida de un ser humano sea un tormento y una infamia, medita en los lúgubres silencios de la casa sin nombre. Y un anhelo ardiente de justicia, un ensueño de redención aletea sobre la cabeza bella y triste de la mujer caída.

Una emoción profunda, una rebelión nobilísima, un

dolor augusto, saturan las páginas de esta novela americana que fué escrita hace cerca de un cuarto de siglo en una pequeña ciudad de Guatemala.

“Santa” es un libro de piedad y de amor. Tiene “Santa” dos hermanas en la literatura modernísima del nuevo mundo: “Las hijas de Ismael”, del norteamericano Herbert Kauffmann, y “Nacha Regules”, del argentino Manuel Gálvez y una madre en Rusia, “Resurrección”, de Tolstoi.

Pero nuestra heroína es más bella y más dolorosa que aquéllas. Porque es más humana. Porque queda sola, horriblemente sola, en las hondonadas de la infamia y de la injusticia, agobiada bajo el peso espantoso de su cruz; lastimada por las piedras del odio, vejada por la injuria, maldecida por los fariseos...

Vemos morir a Santa en una agonía desgarradora, destruída por las enfermedades, enloquecida por el alcohol, bella y terrible en su dolor inmenso, esperando, sobre la mesa de mármol de la Morgue, la llegada de Jesús de Nazareth.

“NATALIA”

Luis María Berón había nacido en Montevideo cuando la ciudad de San Felipe no era más que un hacinamiento de casas bajas sin revoque, de techos de teja, de calles estrechas con velas de sebo en faroles de pescante, con plazas en que crecían hierbas y pa-
oían bestias, campanarios al ras de las cumbres, ce-
menterios dentro del recinto, casernas de granito y ne-
gros trozos de muralla.

Su padre, hidalgo castizo, había amado a Fernan-
do VII más que su viejo amigo y contertulio el virrey
Elío, de infausta memoria. Educado por los frailes de
San Francisco, oyó decir más de una vez, allá en su
infancia, que Artigas no era más que “un cuatrero con
presillas de coronel”, y el general Alvear “un ambicio-
so y desleal teniente de carabineros”.

Lejos estaba de pensar el honrado hidalgo que las

inquietudes infantiles de su único retoño habían de llevarlo un día a la gloria de Sarandí...

Errante y herido, le vemos llegar una mañana de 1823 a la estancia de don Luciano Robledo. Tenía entonces poco más de veinte años. Alzábase aquella estancia en las riberas de Santa Lucía.

Por aquel tiempo el Brasil ya no era de Portugal, pero los dragones portugueses del general Lecor barón de la Laguna, patrullaba las ciudades y los caminos de la Banda Oriental, y el pabellón lusitano ondulaba sobre las murallas de piedra de San Felipe.

Luis María Berón no era de los que querían una patria grande, aunque fuera brasileña, sino una patria pequeña pero libre, como la había soñado Artigas. Era el ensueño del "tupamaro".

¡Dios santo!... ¡Cómo se había peleado en la tierra oriental por aquel ensueño, y cuánta sangre tenía que correr todavía!

Ahora Luis María Berón se hallaba en los montes ribereños, con una pierna rota y una carta de Oribe en el bolsillo. Su negro Esteban y su indio Cuaró, intrépidos y fieles, le cuidaban. Y fué en la estancia de los "Tres Ombúes", que reflejaban sus sauces y sus talas en la clara corriente del Santa Lucía, donde los ojos azules del patriota se encontraron con las pupilas garzas de Natalia Robledo, la hija del estanciero.

Y Natalia le amó.

Narrábale él, en las tardes largas de la estancia, los sueños ardientes y confusos de su niñez en los claustros oscurecidos del convento de San Francisco, en las calles angostas y polvorientas del Montevideo natal, en los campamentos de los caudillos, en las noches heladas de la cuchilla; de cómo él, y todos los guerreros de las legiones altivas y harapientas, sabían que el ensueño de libertad tenía que surgir victorioso sobre la borrasca de sangre...

Hablábale luego de su odisea de patriota, la vida de aventuras y peligros, del bosque a la cuchilla, de la cuchilla al bosque, las marchas forzadas, ejercicio permanente de centauro, en el estero, el bañado, en la loma, en el vado, en la picada; la lucha constante contra los hombres y contra las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Ella le oía, con los ojos garzos llenos de lágrimas misteriosas. Y él, mirándola y escuchando el arrullo de las tórtolas en el monte, parecía olvidarse por un instante del fragor de los entreveros.

Pero de noche, cuando todos dormían en la estancia y el cielo de la tierra natal se llenaba de miriadas de estrellas, tornaba a su ensueño y soñaba despierto que a la lanza ya caída de Artigas debía suceder fatalmente el sable de Sarandí...

Curábase la pierna rota de Luis María Berón. Junto a los ojos claros de Natalia veía ahora las negras y húmedas pupilas de Dorila, la hermanita menor, coronados siempre los obscuros cabellos con jazmines del monte; y al leer en los ojos de las dos hermanas, le dolía extrañamente el corazón.

Fué en un cálido mediodía cuando una tropa brasileña cayó sobre la estancia de Robledo para arrear la hacienda. Y fué Luis María quien cayó herido al lanzarse sobre ellos con su indio, su negro y su puñado de matreros.

Al descender la noche, el silencio era profundo en la estancia. Lívido, sin sangre, el herido parecía dormir. Dos pálidas sombras femeninas revoloteaban en torno de él.

De allá, de los montes próximos, llegaba el mugido ronco de la hacienda dispersa.

Y fué una clara mañana, muchos días después, cuando Dorila, creyendo morir, vió que los labios exan-

gües de Luis María Berón se posaban en los de su hermana.

Otros días siguieron, dulces y profundos para Luis María y para Natalia; de agonía para la hermanita.

Pero Berón ya se encontraba repuesto de su horrible herida; tenía que partir. Esperábanlo los suyos en los campamentos y los campos de batalla de la tierra oriental. Volverían a verse en Montevideo...

¡Infeliz Dorila! Fué el indio Cuaró quien halló su cadáver en un remanso del Santa Lucía. Los jazmines silvestres, húmedos y pálidos, coronaban la morena cabecita de la pobre muerta de amor.

Ese mismo día llegó la tropa brasileña a la estancia desolada para ocuparla y llevarse a su dueño a Montevideo por traición al invasor.

Y mientras la comitiva parte rumbo a la ciudad de San Felipe, Natalia y don Luciano Robledo, escoltados por los dragones, Luis María se incorpora a su huerte para continuar luchando por el ensueño de gloria y de sangre, y Dorila, la Ofelia criolla, queda durmiendo su eterno y trágico sueño de amor bajo los jazmines del monte.

*

* *

Ahora Natalia estaba en Montevideo, y un oficial brasileño, el teniente Souza, que apresara a su padre el día que se ahogara la infeliz Dorila, se moría de amor por ella. Luis María andaba por los campos de batalla.

Otro idilio se engarza en las nutridas páginas de los romances históricos de Eduardo Acevedo Díaz (“Ismael”, “Nativa” y “Grito de Gloria”). Es la pasión de Jacinta, la gaucha Jacinta, una de aquellas “orientales” rudas y épicas como su tiempo, con sus dientes de loba y sus ojos de fuego.

Esta Jacinta selvática y bravía tiene la pasión del valor. Masca tabaco y se entona con caña. Alumbra como las leonas en el desierto, y de sus bravas entrañas nace una generación al ruido de los clarines que tocan a degüello y es bautizada con pólvora y sangre.

¡“Libertad o muerte”!

Truenan las batallas en las cuchillas del Uruguay. En una de ellas Jacinta cae atribillada por las balas del brasileño. Su cuerpo, rudo y ensangrentado, rueda bajo las lanzas como un símbolo de las leonas americanas.

Y en la vaga luz de un crepúsculo, un indio y un negro traen en una carreta al novio agonizante de Natalia, mientras el teniente brasileño que la amó sin esperanza en los días sombríos de Montevideo se desangra entre los tréboles pisoteados del campo de batalla, y el corazón de Natalia estalla de dolor.

“RAMONA”

Ramona, la heroína de la novela mejicana que escribiera Helen Hunt Jackson hace sesenta años, en idioma inglés, es el símbolo de una raza que, entonces, cuando los asiduos norteamericanos se anexaban los despoblados territorios de New México, moría para siempre.

¡Con qué emoción de artista, con qué amor de hispanoamericano, el glorioso José Martí, el héroe civil de la independencia de Cuba, tradujo este romance clásico para las generaciones de la América Española, allá en los días lejanos en que se ganaba penosamente el pan, escribiendo día y noche para las casas editoriales de Nueva York!

Así escribe el gran cubano al frente de la versión castellana del romance, en 1887:

“¿Debería decirse aquí el estilo colorido, la trama palpitante, la acabada y dramática pintura de nues-

tras antiguas haciendas, la alegre casa mejicana, la mestiza arrogante que en la persecución y en la muerte va cosida a su indio, la belleza del país por donde pasan en su huida, el bíblico rincón donde amparan sus últimos ganados, su "niña" de ojos de cielo, sus desesperados amores, hasta que los arroja de él, alumbrándose con las astillas de la cuna rota, la vencedora raza rubia. Aquella vida serena de nuestros antiguos solares campesinos; aquella familia amorosísima agrupada junto a la madre criada en la fe de la Iglesia; aquellos franciscanos venerables, por cuya enérgica virtud pudo levantarse una religión desfallecida; aquel manso infortunio de los indios, sumisos, laboriosos y discretos, y luego la catástrofe brutal de la invasión, la llamarada de la rebelión, la angustia de la fuga, el frío final de la muerte..."

Este es el marco grandioso de "Ramona", bajo el cielo deslumbrante de la Baja California.

¿Quién es Ramona?

La madre, bellísima criolla, era hija del gobernador del presidio de Monterrey. Llamábase Ramona Orteña. De ella enamoróse perdidamente un día un joven escocés, Angus Phail. Tan apasionado era el amor del extranjero que Ramona cedió al fin; le prometió casarse con él, en vísperas de que Angus salía para San Blas, en atenciones de sus barcos que eran famosos desde Monterrey hasta San Diego.

Un año más tarde, a su regreso, Angus, loco de amor, supo al desembarcar, que su novia habíase casado con un oficial del presidio de Monterrey. Entonces pareció volverse loco. Vendió sus barcos, bebió desesperadamente y luego se fué con las tribus indígenas de la misión de San Gabriel. Su antigua novia oyó el rumor de que él habíase casado con una india, de la que tenía varios hijos. No se olvidó nunca de Angus, hasta que un día lo vió aparecer, con una niña en los brazos.

—Es mi hija, —le dijo sencillamente,— te la traigo para que tú, Ramona Orteña, tú, a quien Dios castigó por el mal que me hiciste, la eduques como si fuera tu hija porque ya me voy a morir pronto... Le puse tu nombre... ¡Adiós!

Se fué para siempre. Ramona vivió con los Orteña, hasta que un día la antigua novia de su padre murió, y ella la pequeña mestiza de clara inteligencia y de singular hermosura, fuése a vivir con la señora de Moreno, la hermana mayor de su madre adoptiva.

El retrato de la señora viuda del general Moreno, dura y férrea, encerrada en su inmensa hacienda de la Baja California, reinando soberana sobre su único hijo y sus innumerables servidores, blancos, indios y mestizos, es quizá el más impresionante de esta grandiosa novela.

Allí, en esa hacienda, creció Ramona, la hija de Angus Phail y de una india desconocida. La señora de Moreno, que solo amaba a su hijo Felipe, la odiaba, pero absteníase de hacerle sentir, ni siquiera adivinar, su odio.

Felipe, en cambio, era para Ramona la pasión fraternal.

Hasta que un día aparece en la hacienda de los Moreno el indio Alejandro.

Alejandro es la voz de la raza mejicana que se muere, perseguida a muerte por los hombres rubios del Norte, que la despojan de sus territorios, de sus ganados y la hostigan como fieras, en medio del dolor impotente de las tribus.

Ramona, la bella mestiza criada como una señorita mejicana, corresponde a la pasión del indio Alejandro, gallardo y juvenil, y huye con él a las montañas. El idilio se desarrolla entre el murmullo misterioso de los bosques, bajo las estrellas relumbrantes de California.

Ambos son muy pobres. El indio no tiene más que su caballo y su violín, y Ramona su amor, que es más fuerte que la muerte.

Allá van los dos, miserables y errantes, viendo como los hombres rubios del Norte, implacables y sórdidos, arrancan a los mejicanos, blancos e indios, las tierras que heredaron de los antepasados desde los tiempos de la conquista.

“¡A las montañas, dónde no hay norteamericanos!”

El grito desolado resuena en los bosques, los valles, las haciendas. Todos son parias, y Ramona y Alejandro, que lloran por dentro lágrimas de sangre ante la tragedia sin nombre de su raza, se hunden en la Naturaleza inmensa, menos cruel que aquellos hombres rubios que se apoderan de las tierras y las haciendas y persiguen a los infelices indios como si fueran perros rabiosos...

En aquel andar interminable y trágico, Ramona, siempre abrasada de pasión por su indio, piensa alguna vez en la hacienda lejana donde transcurría su infancia venturosa. ¿Qué pensaría de ella la altiva y dura señora de Moreno, cuyo desamor sintió siempre? ¿Se acordaría alguna vez de ella, de la hermanita Ramona, el buen hermano Felipe?

Lo que Ramona ignoraba en su miseria feliz era que Felipe Moreno, desde poco después de su partida, la buscaba desesperadamente por las aldeas, por los valles, por los bosques de donde las tribus iban siendo desalojadas por los americanos, siempre sin hallarla, siempre afanoso en su penosa búsqueda...

El indio Alejandro la miraba con ojos desolados.

—Yo tengo la culpa, mi Ramona, mi paloma del monte, mi Majela... yo no debí traerte a compartir este dolor y esta miseria, no...

Besaba ella apasionadamente el rostro bronceado y hermoso del indio.

—Si yo también soy india, Alejandro, — respondía, secándose sus lágrimas de amor y de piedad.

Hasta que un día un norteamericano da muerte de un tiro alevoso al pobre Alejandro, creyéndole un ladrón de caballos. El indígena, el mártir de su triste raza se desangra en los brazos de Ramona, que representa la doble tragedia del Méjico de 1860. Su sangre blanca y su sangre india sienten la injuria y la crueldad de los hombres rubios del Norte.

Y ella, recogida por un triste indio errante y miserable sobre la tumba de Alejandro, cree y espera morir, cuando de pronto ve aparecer ante ella a Felipe Moreno, el hermano inolvidable, que la busca desde hace años por todos los rincones de la Baja California, cubierta de sangre y de lágrimas bajo las pistolas de los “sheriffs” norteamericanos...

“¡Ramona! ¡Ramona!”.

La viuda del indio Alejandro se entera que la señora de Moreno ha muerto, que Felipe está solo en el mundo. Las tierras inmensas de los Moreno han sido expropiadas en su mayor parte por los hombres rubios.

—Tengo que trabajar ahora, Ramona, para nosotros dos, porque tú vendrás conmigo... y no nos separaremos nunca.. y tú te casarás conmigo, porque yo te quise siempre, no como un hermano, sino como un hombre...

Aquí termina el magnífico romance de Helen Hunt Jackson, palpitante de emoción humana y del dolor de una raza.

“LA NOVIA DEL HEREJE”

El hereje se llamaba lord Henderson, el teniente de aquel hombre novelesco, extraordinario que fué Francis Drake, pirata legendario y dulce amigo de aquella reina Isabel cuyo espectro grandioso y cruel llena uno de los capítulos más trágicos y grandes de la historia de Inglaterra.

Era en los años finales del formidable siglo XVI.

Lima, la Perla del Rimac, en una de cuyas plazas se secaba la cabeza cortada de Pizarro, atraía las miradas ávidas del mundo. En sus callejas resonaban las espadas de los “intrépidos avaros” del descubrimiento y la conquista. Dos veces por año salían del Rimac los “situados”, los cargamentos de oro del Potosí que América derramaba sobre el trono siniestro de Felipe Segundo.

En el mar del Sur, Drake, precursor de los piratas

holandeses, acechaba el paso de los galeones auríferos. Odiaba a España, y las barras de oro del Perú apenas bastaban para aplacar su odio...

Tal la época y el hereje.

La novia, como tanta heroína de romance histórico, pasa de puntillas por las cuatrocientas páginas de la novela de don Vicente F. López. Es ella doña María Pérez, hija de un acaudalado hispano que debe escoltar el cargamento metálico de un galeón hasta los muelles de Cádiz.

Antes de hacer zarpar la valiosa nave, el novelista traza un cuadro luminoso y movido de la ciudad de los reyes, cuyos destinos regía en la época del romance el segundo virrey, don Pedro de Toledo, veterano de las guerras de España en los campos de batalla de Europa.

La sombra siniestra de la Inquisición cae sobre las gentes: nobles y pecheros, cholos y caballeros, grandes y pequeños. La cruz de Loyola y la espada de Almagro se disputaban el dominio de las tierras y de las almas.

El hereje conoce a su futura novia a bordo del galeón español, que ha sido hecho prisionero en las soledades del Pacífico por Drake, el gallardo pirata. La belleza americana de doña María, quien tiene un novio antipático y forzoso, subyuga al corsario. El idilio se inicia en la inmensidad del mar de Balboa, bajo el sombrío velamen de la nave pirata.

Luego la acción se traslada a Lima, la bella y luminosa, que sueña con los tesoros fabulosos de los incas bajo los naranjos florecidos del Rimac.

Los ojos fríos e inexorables de la Inquisición se fijan en la figura hermosa y juvenil de la hija del "situado".

Toda Lima, católica y ferviente, la señala con horror:

—Es la novia del hereje, del hereje rubio que persigue a los galeones de Felipe Segundo y que no cree en la santidad del papa....

La acción de la grandiosa novela de López se torna cada vez más intrincada. Vemos pasar figuras abigarradas y bizarras, frailes, inquisidores, fiscales, oficiales del rey, médicos, mulatos, indios, toda una humanidad cálida y pintoresca arremolinándose en las plazuelas de la ciudad sin par.

Los amores del hereje y de su novia experimentan las peripecias más diversas. Doña María, de cuyo lado no se aparta la simpática figura de Juana, su fiel zamba, una hermosísima indígena, cae en las garras del Santo Oficio. Su odioso novio primitivo, don Antonio Romea, que sólo amaba los doblones del rico "situado", ha ceñido el pardo hábito de los frailes franciscanos y persigue su venganza con saña tenaz.

Adviértese en la urdimbre de la novela el clásico procedimiento de rigor en la literatura imaginativa de la primera mitad del siglo pasado, fecha en que Vicente F. López escribió su obra para el folletín de un diario de Chile, durante el destierro del terror argentino. "La novia del hereje", ha sido escrita sobre el molde de "Los mohicanos de París", en materia de técnica literaria.

Un temblor de tierra, histórico, por otra parte, corta el nudo gordiano de las desventuras de los amantes. Doña María y su zamba huyen, escapando milagrosamente de bajo los escombros de la Inquisición. El hereje rubio, ayudado por sus piratas, se lleva a su novia, en medio del clamor desolado de Lima y del estrépito de los edificios que caen.

El epílogo de la novela se desarrolla en Londres, a la sombra de la corte de la famosa Isabel. Francis Drake, el pirata legendario, se ha prendado y casado con la zamba Juana, quien resulta ser una ñusta, una

princesa incaica, y se incorpora a la nobleza de Inglaterra.

La ingenuidad transparente de la fábula no oscurece la magnificencia de la evocación histórica. En una carta dirigida por Vicente F. López a don Miguel Navarro Viola, en 1854, decía el insigne argentino que escribir una serie de novelas destinadas a resucitar el recuerdo de los viejos tiempos era una empresa digna de tentar el más puro patriotismo.

Tenía razón el gran historiador. Esta empresa, en las horas largas del destierro, la acometió él, con la novela que nos ocupamos y con "La loca de la Guardia".

Todo un mundo del pasado surge de las páginas de "La novia del hereje", y puebla por un instante nuestra imaginación, al son de las campanas de Lima. Las pasiones grandes y pequeñas animan, si no toda la obra, por lo menos algunos capítulos, con un soplo de humanidad.

APENDICE

LAS MUJERES DE LA TIRANIA DE ROSAS

Dos acontecimientos bien distintos, por cierto, conmovieron a la sociedad argentina al terminarse gloriosamente la guerra del Brasil: uno de ellos fué el movimiento de diciembre, encabezado por Lavalle, el vencedor de Ituzaingó, y otro un hecho criminal en el cual se complicaron dos jóvenes de apellidos ilustres, vastamente vinculados con la aristocracia de la época.

Pronunciado Lavalle, el infortunado Dorrego abandona la ciudad y se interna en las llanuras, donde poco más tarde había de encontrar la muerte. Su sangre cayó sobre los campos lúgubres de Navarro, y hasta el más fervoroso unitario rivadaviano deploró amargamente el suplicio del jefe de los federales.

No eran días de tertulias, seguramente, aquellos en que el tumulto de las tropas en efervescencia hacía resonar las calles semi coloniales de Buenos Aires.

Reinaba el silencio en todos los hogares. Las guitarras estaban silenciosas. Los anchos portales de las casonas solariegas estaban cerradas.

Tan sólo una tertulia, la más célebre de todas, entreabrió sus puertas, nunca cerradas desde los días inmortales de la revolución de Mayo: fué el salón de Doña Mariquita Sánchez.

Doña Mariquita, que fué el ídolo de la sociedad porteña por su belleza, su inteligencia y su virtud, mantuvo abierto su salón durante más de sesenta años. Allí se reunían los hombres más famosos de su tiempo. Allí se cantó por vez primera el himno nacional. Allí San Martín conoció a Remedios Escalada. Allí se admiraba a Rivadavia.

Pero Don Juan Manuel de Rosas nunca entró en el salón de Doña Mariquita Sánchez, ni aún en los tiempos de su primera juventud, antes que la sombría y trágica ambición se hubiera apoderado de él.

Y en los años interminables y terribles de la tiranía, fué Doña Mariquita la enemiga irreconciliable del Restaurador, que no se atrevió jamás a molestarla. Aquella frágil mujer de ojos negros le intimidó siempre.

Volvamos a la política.

Muerto Dorrego, se designó gobernador interino a otro de los vencedores del Brasil: al almirante Brown. Rivadavia alejado de la política después de su ruidosa caída, se había encerrado en su casa. Por más que se le insistió, se rehusó terminantemente a asumir el gobierno de la provincia, un gobierno ensangrentado e impuesto por las bayonetas, según sus propias palabras.

En medio de estos acontecimientos, Rosas, el estanciero del Sur, se acercaba cada vez más al poder. El cadáver de Dorrego fué el último peldaño que lo llevó a las alturas. Su famoso regimiento de los Colorados del Monte eran su guardia pretoriana.

Detrás del patíbulo del gobernador fusilado sonreía siniestramente al comprender que el inmenso sueño de su vida se iba a realizar.

Y el sueño se hizo realidad.

Veamos ahora cual fué la actuación de las mujeres en su política.

Demasiado se ha escrito sobre el físico del tirano y su desdeñosa y desconfiada actitud hacia el bello sexo para que vuelva a insistir sobre el tema.

Para Rosas, las mujeres, desde su esposa y su hija hasta la última negra del matadero, no eran más que simples instrumentos y agentes en su política intrincada y habilísima.

De él puede decirse que nunca amó a ninguna mujer. La

pasión conyugal de Doña Encarnación y la filial de Manuelita no enternecieron nunca su helado y tenebroso corazón.

Ella la desdénaba y la temía al mismo tiempo. Recordaba siempre la muerte de Ramírez, el "Supremo Entrerriano", que se perdió por la Delfina, por salvar a china bellísima que había caído prisionera (1). El comprendió mejor que nadie que fué una mujer en San Juan, la que enemistó al gobernador Brizuela y a Lavalle haciendo fracasar un vasto movimiento libertador.

Para Rosas todas las mujeres eran Dalilas. En vano golpearon a sus puertas mil prestigios — dice un historiador — prestigios que, seducidos por la grandeza y la ambición de compartirla, le brindaron primicias en flor. En vano porque fué impenetrable a toda influencia que pudiera arrancar una sonrisa de tolerancia al enorme poder que él solo gozaba con serena glotonería.

Tan sólo una mujer logró imponerse en toda su vida a Don Juan Manuel: fué la madre del tirano, la famosa Doña Agustina López Osornio de Ortiz de Rosas. Doña Agustina, perteneciente a una familia ilustre, fué hermosísima en su juventud. Era tal su belleza que cuando fué presentada en un ceremonial al virrey Don Pedro Melo de Portugal, que tenía fama de ser uno de los más cumplidos caballeros, dijo, sorprendido:

—Tan linda... Tan linda, y vestida de fraile.

Porque, en cumplimiento de una promesa, la bellísima Agustinita llevaba el hábito de las Mercedes.

Más tarde la linda Agustinita debía ser, no la mujer fuerte de la Biblia, sino el carácter más despótico y dominante de la familia. Su marido, Don León Ortiz de Rosas, la adoraba y se sometía dulcemente a su dominio. Era ella quien administraba y dirigía los intereses y los destinos de la familia. Y en medio de todo era bondadosa y caritativa.

No se doblegó nunca ante los caprichos y las exigencias de su primogénito, el que debía heredar su hermosura y su energía férrea.

Ya había dejado de ser un niño Rosas cuando cortó violentamente las relaciones con la madre. Doña Agustina, que le había confiado la administración de las grandes estancias de la familia —administración que el joven estanciero realizó con éxito extraordinario— le acusó un día de que dilapidaba grandes sumas en fiestas rurales y se permitía regalar grandes cantidades de hacienda a los indios amigos.

(1) Véase el capítulo titulado "Delfina Ramírez".

“Desde el momento en que Vd., madre y señora, duda de mi honradez, me iré de esta casa para siempre”, dijo Rosas.

Desde ese día aciago, Doña Agustina Rosas no tuvo hijo primogénito, ni el futuro Restaurador de las Leyes tuvo madre.

Los otros hermanos eran ocho: dos varones, Prudencio y Gervasio, y seis mujeres: Gregoria; Andrea, que casó con Don Francisco Seguí; María, casada con Nuño Valdéz; Manuela, con el caballero inglés Don Enrique Bond; Mercedes, con el Dr. Miguel Rivera; Agustina, con Lucio Mansilla, y Juana que se conservó soltera.

Gregoria, la mayor de las mujeres, sobrevivió a todos los hermanos de Rosas. Era casada con Felipe Ezcurra, cuñado de su hermano Juan Manuel. Según la tradición, Gregoria fué la mejor de todas las Rosas.

Todas las hermanas fueron llenas de bondad y de virtud. Andrea tenía un carácter enérgico, y más de una vez se le impuso al mismo Rosas, que la llamaba “la salvajona”.

Agustina Rosas de Mansilla era la beldad de su época. Su belleza radiante contrastaba con su carácter frívolo. Era la flor de las archiduquesas de la Federación, como llamó José María Ramos Mejía a las mujeres de la familia de Rosas.

Mercedes, la que se casó con el distinguido médico Rivera, fué la más adorable de todas ellas.

Aunque José Mármol, en su “Analia” se burle despiadadamente de Mercedes Rosas, unía ésta a su bondad una viva inteligencia. Se le puede perdonar que haya escrito discutibles versos, cuando se lee su novela titulada “María de Montiel”, que es muy interesante, y que publicó después de Caseros, firmada con un seudónimo (2).

Mercedes fué la única literata de la familia del Restaurador, y la primera novelista argentina.

Voy a presentar ahora a Doña Encarnación Ezcurra.

Perteneciente a una familia de abolengo, aunque de escasa fortuna era una porteña típica, de ojos negros y refulgentes, de una extraordinaria vivacidad. La belleza rubia de Rosas se inclinó hacia la morena porteñita, con gran indignación de Doña Agustina que se opuso enérgicamente a estos amores (3).

Aún no había ocurrido la ruptura entre madre e hijo.

Vencida la resistencia materna después de mil ardides, logró Rosas autorización para casarse con su Encarnación.

(2) Léase el capítulo titulado “Mercedes Rosas de Rivera”.

(3) Léase el capítulo titulado “Encarnación Ezcurra de Rosas”.

Dos hijos nacieron de esta unión: Juancito, el primogénito, a quien la madre adoraba, y la famosísima Manuelita, la mujer más célebre de la tiranía.

Y a los pocos meses de casado, Rosas abandonaba durante largos períodos a su mujer. Se iba a las estancias. "No te llevo, porque allí la vida es muy dura para una mujer como tú", le decía, y Encarnación se resignaba a su soledad conyugal.

Con el tiempo, a medida que ocurrían los acontecimientos trágicos que habían de llevar a Rosas al poder absoluto, el carácter de Doña Encarnación se empezó a demostrar en su realidad. Ya no era la pequeña novia que escuchaba temblando de alegría las serenatas de su Juan Manuel.

"Avanzaba con su irreflexiva audacia de mujer, y despreciaba la cautela con que su marido iba a sus fines tan pausadamente. Colocada en la brusca pendiente en que se precipitaba la política de los tiempos, no se detuvo jamás en femeniles escrúpulos.

"Cuando se estudia su vida en sus años últimos, no puede menos de sorprenderse ante la violencia de su actuación y de sus procedimientos. Sólo la pasión que le inspiraba Rosas pueden explicar sus rebeldías".

Poco a poco fué perdiendo las virtudes amables que poseía, dada la vida intensa y varonil que llevaba. En sus días postreros era una enferma inmovilizada por la parálisis, pero el fuego de las pasiones federales ardió en su fogoso corazón hasta el último instante.

En 1833, el año de los Restauradores, toda la política argentina estuvo en manos de esta extraordinaria mujer. Era ella el "alter ego", la prolongación de Rosas, quien, desde las salvajes riberas del Colorado, a cientos de leguas de distancia, continuaba ejerciendo un poder que ya era colosal.

Doña Encarnación, cada vez más violenta y enérgica, cada vez menos femenina en sus modos y en su aliño, manejaba a ministros y generales con áspera y despectiva familiaridad. Y aquellos guerreros de la Independencia se conducían en presencia de la Restauradora como si estuviesen en presencia del mismo Rosas.

Era una poseída. Sus cartas, redactadas en el más vulgar de los idiomas, expresan su desprecio hacia los que ella denominaba "los zonzos políticos". En otras, su pasión de leona se desborda. No piensa más que en su Juan Manuel, el más sublime y hermoso de los hombres, según ella. Llamábalo su "compañero querido". Y Rosas, por intermedio de esta extraña y copiosa correspondencia, estaba al tanto de todo lo que ocurría en la lejana Buenos Aires.

Para Doña Encarnación todos los hombres más o menos ilustres eran dignos de su recelo, y hasta de su rencor. Insultaba a Don Juan Ramón Balcarce, a Don Luis Dorrego, a Don Manuel García, al general Félix de Olazábal.

Los unitarios vengábanse de ella llamándola "machona". Cada día más delgada, cubierto el mentón de pelos rígidos, iba perdiendo, o había perdido ya los atributos de la femineidad.

Afirma Ramos Mejía que la revolución de los Restauradores fué su obra. La plebe y la fuerza armada le obedecían ciegamente. Era la patrona de los carniceros, según Esteban Echeverría, y la negrada la consideraba como un ser sobrenatural.

Es interesante observar la vaga similitud entre las dos mujeres que mayor influencia ejercieron en la vida de Rosas: la madre y la esposa. Ambas, plétóricas de energía y de pasión; ambas movidas por fuerzas casi varoniles en aquellos tiempos de la casi absoluta sumisión femenina.

Las prolongadas e indiferentes ausencias de Rosas no enfriaron jamás la apasionada fidelidad de doña Encarnación ni siquiera hasta el día de su muerte. No reprochó nunca a su marido su desdén despreciativo hacia el ~~retrasado~~ primogénito que ella adoraba con fuego ~~maternal~~.

Puede decirse de ella que fué el numen de la tiranía. Ignorante y desaliñada, grosera y áspera, no carecía, empero de ciertas cualidades encomiables. No eran extraños en ella los rasgos de nobleza espontánea, las reacciones de una sensibilidad moribunda.

Rosas nunca la amó, porque, como ya lo he dicho, nunca amó a nadie, ni a la mujer que le dió la existencia.

El día en que la muerte libertadora la sorprendió en su sillón de paralítica, el duelo y el dolor de Rosas no pasó de ser una farsa trágica. Ni siquiera permitió que recibiese los auxilios espirituales en la hora de la agonía. Nadie en este mundo, y menos un clérigo, debían escuchar los secretos que se llevaba aquella moribunda.

El duelo oficial y público a la muerte de la "Heroina" asumió caracteres impresionantes. Todas las tropas rindieron honores. Todo el pueblo asistió a la fúnebre ceremonia.

Rosas, oculto para no demostrar públicamente su mortal congoja ante la muerte de su adorada mujer, según sus propias palabras, vió pasar el cadáver de doña Encarnación Ezcurra, detrás de la persiana de su residencia y posiblemente experimentó una extraña sensación de alivio y de seguridad.

Su mujer, cada día más insoportable, que hasta había lle-

gado a darle órdenes imperiosas, se había llevado los peligrosos secretos de su complicada y diabólica política.

Así pagó Rosas la pasión de veintiseis años, los extraordinarios servicios de doña Encarnación, la madre de sus hijos, la compañera fiel y resuelta a la que debió en mucho el milagro de su destino.

Encarnación estaba muerta y sepultada entre los fúnebres cánticos de los franciscanos y los dominicos.

Pero allí quedaba doña María Josefa, la tremenda cuñada, otro de los formidables resortes de su máquina, otro de los puntales de su sistema.

Ambas hermanas habíanse desenvuelto en esferas distintas para servir ciega y eficazmente al hijo de doña Agustina. Doña María Josefa, inquisidora y astuta, manejaba los hilos de la policía secreta contra los adversarios, así como la difunta hermana, durante muchos años, estuvo al frente de los asuntos públicos.

Cerróse el salón de la Restauradora pero quedó abierto el de Doña María Josefa, en una casa que todavía existe en la antigua calle Potosí, hoy Alsina entre las iglesias de San Ignacio y San Francisco.

Allí centralizaba la astuta mujer el estado mayor de su equívoco y atezado ejército femenino. Allí llegaban, subiendo con descalzos pies la ancha escalera de palma paraguaya, las mulatas y las negras que eran los ojos de la Federación en los hogares de Buenos Aires.

Mucho se ha escrito sobre esta otra singular mujer, a la cual nunca se le conoció una aventura sentimental. Pero, a pesar del papel repudiable que con tanto tesón representó durante el largo drama de la tiranía, parece que no careció tampoco de ciertas cualidades apreciables, tales como la caridad y la benevolencia en muchos casos. Mujer, al fin...

Rosas ni la estimaba ni la quería. Posiblemente no olvidaba la ingerencia hostil de Doña María Josefa durante los lejanos y felices días de su noviazgo con Encarnación. Además, aquella solterona agria y entrometida, como decía él, cada día estaba en posesión de mayores secretos. Y si Rosas desconfiaba de los hombres, hasta de sus más adictos, qué no sería de aquella vieja verbosa e inquisitiva por cuya casa pasaban todas las murmuraciones de la ciudad...

La toleraba por su adhesión sin límites y por su infatigable actividad. Y ella le temía. ¿Quién no iba a temer a Rosas?

Manuelita tenía su salón en Palermo.

La tétrica y sombría casona de la calle Moreno la entristecía con sus trágicas asociaciones

Y ahora, allá entre las arboledas, los rosales y los jazmineros, junto al gran río natal su radiante juventud desenvolvíase en medio de la ardiente simpatía de todos, hasta de los más empecinados unitarios.

Los jazmines de su bondad proverbial perfumaban la huerta roja de la tiranía. Era la paloma que arrullaba de amor entre las zarpas del tigre. Posiblemente fué Manuelita, lo único humano que alentó en el duro corazón del Restaurador.

Nada, hasta la muerte de Rosas, amenguó el fuego de aquella pasión filial, ni las crueldades, ni las infamias, ni las diabólicas intrigas, ni las feroces venganzas que fría y constantemente ordenaba el autor de sus días.

Lo mismo que su mujer y su cuñada, la utilizó como poderoso instrumento de su sistema. Y ella, la "linda fea de Palermo", como la llamaban los unitarios, se prestó siempre a las maniobras e intrigas del Restaurador.

Su dulzura, el encanto de su trato, despertaban pasiones innumerables. El amor de Lord Howden por Manuelita sirvió a Rosas para hacer fracasar la misión diplomática del noble y arrogante inglés en el Río de la Plata.

Quizá más de una vez Manuelita Rosas lloró en silencio pensando que ella fué la causa de que aquel joven e ilustre extranjero, al cual no amó, hubiera perdido su prestigio y su felicidad.

Porque todo en ella era bondad y generosidad. Palidecía de angustia cada vez que Rosas, al penetrar en su salón lleno de amigas, al escuchar una voz femenina que cantaba a los acordes de una guitarra, preguntaba groseramente: "¿De qué manada es esa yegüita que está relinchando?".

Pero todo se lo perdonó al padre idolatrado aún hasta la dilación de su problema sentimental.

Porqué fué Rosas quien prohibió a Manuelita que ni siquiera hablara de matrimonio con el novio de la infancia, con Máximo Terrero, durante los años larguísimos de la tiranía.

Fué necesario esperar hasta que Rosas dejase de ser el Restaurador de las Leyes para que la unión se verificara. Y era en Inglaterra, en octubre de 1852 cuando Manuelita pudo casarse con su Máximo, que había esperado pacientemente durante los mejores años de la juventud, y los había seguido en el destierro.

¿A qué se debió la dura resolución de Don Juan Manuel?

Desconfiaba hasta de su propia hija. Pensaba, en sus recelosas cavilaciones, que Manuelita, no obstante su pasión filial no podría quizá guardar a su marido los tremendos secretos paternos.

Y la obligó a esperar durante los mejores años de su vi-

da. La niña de Palermo estaba lejos de ser una niña cuando dejó de ser soltera.

Ochenta y un años contaba Manuelita cuando la muerte fué a buscarla, en su retiro de Londres. Hacía más de veinte que Don Juan Manuel de Rosas dormía en el cementerio de Southampton, bajo los cielos grises de la tierra extraña que nunca debía volver a ver, y donde su nombre famoso y temido en un tiempo, era execrado por todo un pueblo.

Rosita Fuentes fué una débil y trágica mujer de la tiranía. Trágica por las circunstancias que la envolvieron.

Dotada de escasa belleza, era morena, de menudo cuerpo. Su hermana estaba casada con el hijo de Rosas, Juancito.

Y un día, con profunda emoción de Rosita, el coronel Ramón Maza, Ramoncito, como le decían en la sociedad, le demostró un amor violento y súbito.

Ramón Maza era hijo del Dr. Maza, el amigo íntimo y consejero de Rosas desde sus días de estanciero. Rosas le demostraba un afecto filial, y el ilustre presidente del Tribunal amaba como un padre al hombre que ayudó a escalar las cumbres del poder. Era Ramoncito un personaje de ensueño, según un historiador ya citado. Su fisonomía, melancólicamente enérgica, pálida y ojerosa, alto, delgado, de una envidiable gallardía corporal, impresionaba vivamente la simpatía secreta de las mujeres.

Rosita Fuentes creyó llegar a la suprema ventura cuando el gallardo coronel, el ídolo de las porteñas, le entregó su corazón y su nombre.

Ramón Maza ya había logrado penetrar en el hogar de los Rosas. Tal parece que fué el motivo de su casamiento. Más de una amante despechada hizo llegar hasta el mismo Rosas este rumor.

Hasta que un día descubrióse la conspiración que dirigía el joven coronel en Buenos Aires. Rosas disimuló su ira frenética. No sólo intentaban levantar contra él sus propios pagos del Sud, sino que hasta que se conspiraba contra él en su propia casa. La cuñada de su hijo había llevado de la mano al traidor. Y el traidor era hijo de su más íntimo amigo, del colaborador de su política desde hacía veinte años.

Lágrimas ardientes corrieron de todos los ojos femeninos cuando se supo que Ramoncito Maza debía morir.

La pobre Rosita, que veía deshacerse su sueño de amor, creyó enloquecer entre los brazos de Manuelita.

Pero todo fué en vano. Rosas, implacable como el destino, frío y sereno como la fatalidad, apartó de su presencia los semblantes llorosos de sus hijas, de sus hermanas, de su nuera, de todas las desoladas mujeres de su familia, y una noche

el gallardo y desventurado coronel cayó atravesado por las balas en el patio de la policía.

La tragedia tenía un prólogo.

A las seis de la tarde de ese mismo día, dos empuñados, Gaetán y Maestre, penetraban en la sala del Tribunal, donde el Dr. Maza, redactaba su renuncia, y lo cosían a puñaladas.

Era lo de siempre. Después del fusilamiento del hijo, Rosas ya no podía confiar en la adhesión ni en el silencio del padre, del hombre que conocía todos los misterios de su política.

Y lo sacrificó fríamente, como era su siniestra costumbre. La sangre de los dos Maza no se borró nunca de la Santa Federación. La sombra lívida y suspirante de Ramoncito Maza durante una generación entera flotó en la imaginación de las gentes, especialmente en la de las mujeres, trágica y novelesca a un tiempo.

Tal fué el drama de Rosita Fuentes.

Junto a esta pobre mujer de la tiranía surgen, magníficas, las figuras de las tres generalas Balcarce: Doña Bernarda Rocanora, Doña María Buchardo y Doña Trinidad Mantilla, esposas respectivamente de los generales Marcos, Antonio y Juan Ramón Balcarce.

Las tres generalas fueron mujeres fuertes de la Biblia. Eran las tres leonas unitarias, por su temple, su valor, su abnegación.

Vicente Fidel López, que las conoció en su infancia, escribe sobre ellas, especialmente sobre Doña Trinidad Mantilla, páginas de profunda emoción. "Era doña Trinidad una dama altiva y dominante, ardorosa y exaltada. Ella, como sus hermanas, adoraba a su general, y sólo su coraje indómito la libraron de las trágicas tribulaciones de la época, cuando los Balcarce andaban organizando fuerzas para combatir a Rosas cuando el tirano ordenaba se practicasen registros brutales en la casa solariega y la Mazorca disparase descargas sobre las ventanas de la misma.

Doña Josefa Lavalle era otra leona unitaria. En vísperas de una anunciada invasión de su glorioso hermano, que andaba errante por las provincias organizando ejércitos libertadores, su casa de la calle de la Piedad fué asaltada por la Mazorca.

Se repitió allí la escena familiar y tantas veces descrita de los asaltos mazorqueros: la destrucción de muebles, de útiles, de todo lo que era destructible.

Pero doña Josefa, hermana al fin del héroe legendario, no

se arredró ante el bárbaro espectáculo. Ella misma, rodeada por sus mulatas aterradas iba abriendo las puertas de las habitaciones, exclamando: "¡Entren, degolladores! Díganle al tigre que los manda que la hermana de Lavalle les ha escupido en la cara y que no les ha tenido miedo ¡Bárbaros!".

Uno de los mazorqueros que operaban por su cuenta, sin conocimiento de Rosas golpeó con su rebenque a una de las mulatitas, que sollozaba de terror.

Doña Josefa no pudo contenerse y se arrojó sobre el miserable, golpeándolo a su vez con sus débiles fuerzas de mujer, y vociferando contra ellos y contra Rosas.

Intimidados por la actitud enérgica de la señora, los mazorqueros se alejaron, llevándose algunos objetos de valor, entre otros un reloj de oro, recuerdo de un hijo de Doña Josefa, muerto en el campo de batalla.

Esa misma noche supo Rosas el atentado. Al día siguiente se presentó en la casa de la calle Piedad un edecán de Rosas. Presentaba a la noble dama las disculpas del Restaurador por lo ocurrido y le devolvía el reloj de oro.

La hermana de Lavalle le contestó en términos desdeñosos, y el edecán se retiró, lleno de confusión y hasta de admiración ante aquella mujer que se pronunciaba sola contra el potente dictador.

Llegamos a las mujeres del pueblo.

Al frente de la pintoresca plebe femenina estaba, como hemos dicho, Doña María Josefa, infatigable y sagaz. El citado Ramos Mejía ha estudiado con penetración y exactitud la figura de lo que él llama "la guaranga federal", la nueva rica de la Santa Federación, plena de odio contra las aristócratas unitarias, llena de absurda ambición social. Era la mujer o la hija del comisario, del juez de paz, del alcalde. Era la tirana de cada barrio.

Su orgullo de plebeya exaltada por la posición de su marido corría parejas con su rencor hacia la clase superior. En su lenguaje afectado y su vestimenta exagerada, se revelaba en seguida.

Marchaba siempre airosa, el gesto despreciativo, y cuando hablaba su voz era vibrante e impertinente. Su obsesión era la encopetada unitaria, que antes la usufructuaba sin control.

¡Cómo la odiaba la guaranga! sentada a la ventana, en la puerta de calle o en la tertulia vespertina de la vereda en las tardes de verano, hacía desde la acera sus inspecciones rituales en el movimiento de las casas enemigas.

Supreinado duró más de veinte años. Y cuando dejó de existir la Santa Federación, la guaranga federal se esfumó en la oscuridad de su barrio.

Las negras del matadero constituyen uno de los cuadros más impresionantes de la tiranía. Eran centenares de africanas, negras y mulatas, vestidas de coloridos andrajos, que pululaban desde antes del labo en la tablada sangrienta de la Convalescencia.

Sucias, cubiertas de parásitos, famélicas, cuando daba término la faena de la carneada, en medio de la algarabía ensordecedora, la miserable mujer disputaba con sus compañeras de miseria, con los muchachos, y hasta con los perros, las achuras sangrientas que arrojaban los achuradores sobre el húmedo y fétido polvo del matadero.

Nadie ha descrito mejor a estas desventuradas del pasado que Esteban Echeverría, quien no vacila en transcribir su lenguaje brutal, en pintar sus luchas cuerpo a cuerpo para obtener una piltrafa sangrante.

Después de 1835 había siempre unas 300 a 400 negras y mulatas harapientas en el matadero, donde se veneraba la memoria de la "Heroína de la Santa Federación" con más fervor y entusiasmo que la misma Virgen de Luján, la santa gaucha de Buenos Aires.

Pero abandonemos este escenario desagradable de la miseria y de la sangre.

San Telmo y Monserrat, que todavía conservan algunas de las características de aquel tiempo, eran las parroquias mazorqueras, junto con la Concepción.

En sus plazuelas bullía una inquieta turba de mujeres ataviadas de lanilla roja; las numerosas pulperías que rodeaban las plazuelas estaban siempre llenas de hombres con chiripás y ponchos color sangre.

En aquellos barrios palpitaba el corazón de la plebe federal. Allí, en las casas chatas, de pequeños patios y anchas ventanas, se reclutaban los héroes de la Mazorca.

La Mazorquera era un tipo interesante, muy diferente al de la guaranga federal. La atmósfera violenta y trágica de su ciudad y su barrio la habían hecho apasionada y decidida. Sin olvidar su humildad plebeya, tenía sus desplantes altaneros, sus arranques de soberbia. Usaba armas cortantes, y sus divisas descomunales la individualizaban a primera vista.

La mazorquera de los barrios del Sud tocaba la guitarra y cantaba cielitos y media cañas como un hombre. Llevaba lo que se llamaba entonces "jueguera", una bolsita de buche de avestruz conteniendo los avíos para fumar, y no desdefiaba en ocasiones un trago de caña o de ginebra durante las fiestas populares de su parroquia.

Era la compañera del mazorquero, pero sin la crueldad

del afiliado a la Sociedad Popular. En los índices de la policía de aquel tiempo se registran numerosos casos de mujeres de mazorqueros que intercedieron por la vida de unitarios o sospechados de tales que habían caído en las garras de la terrible asociación.

Esta interesante figura de la tiranía desapareció, como la guaranga, el día siguiente de Caseros.

La ilustre familia de Salvadores fué una de las más desventuradas en la historia de la sociedad porteña. Sus hombres cayeron víctimas de la fatalidad en los campos de batalla y en las encrucijadas del destino.

Uno de los Salvadores, hermano del compañero de Lavalle en la gloria del Río Bamba, tuvo la desdicha de atraerse las sospechas de la Mazorca allá por el año terrible de 1842, el año de la sangre, que se conoce por el año del terror argentino.

Advertido a tiempo, tres veces intentó Salvadores la huida a Montevideo. Esperaban las balleneras en el bajo de la Recoleta. Cayeron los puñales de la Mazorca sobre la garganta de sus compañeros de infortunio, y tres veces logró Salvadores escapar con vida.

Residía entonces con su esposa y sus tres hijos en la valle Viamonte y Suipacha. Una noche el fracaso prófugo apareció por tercera vez ante su acongojada esposa.

"Nos sorprendieron otra vez. Han degollado a todos. Solo yo pude escapar, y aquí estoy", dijo.

Lloró la noble señora lágrimas de alegría y de angustia a un tiempo. Le manifestó que esa misma noche, al toque de ánimas, un grupo de mazorqueros había ido en su busca y revisado la casa.

Salvadores meditó. La fuga era ya imposible. Estaba escrito que nunca podría ya refugiarse y salvar su cabeza en la tierra hospitalaria que estaba tan cerca. Pensó que al día siguiente iría otra vez a buscarlo la Mazorca implacable. Fué entonces cuando su esposa le dijo: "¿Porqué no te escondes en el sótano?"

Era la salvación posible.

Los niños dormían. Al amanecer Salvadores estaba alojado en el sótano de su casa, y allí como un sepultado vivo, como el prisionero del poema de Lord Byron, permaneció doce años. Volvió la Mazorca a buscarlo, la señora les repitió que se hallaba en Montevideo y la Mazorca se fué, convencida de que su presunta víctima estaba entre los emigrados de la Banda Oriental, y de que sus puñales ya no le alcanzarían.

Tales fueron las mujeres de la tiranía. Todas ellas representaron en el drama de su tiempo las pasiones y los dolores de la época inolvidable. Dos generaciones se sucedieron sobre sus cenizas, y si es verdad que entre ellas existieron algunas figuras discutibles y ambiguas, en su mayoría las mujeres del tiempo de Rosas revistieron las características que fueron siempre patrimonio de la mujer argentina: el valor, la abnegación, la inteligencia y la virtud.

INDICE

| | <u>Pág</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------|------------|
| Prólogo | 5 |
| Marina. — La conquistadora del conquistador . . | 9 |
| Lucía Miranda. — La mártir del descubrimiento . | 13 |
| La Maldonada — La fundadora del milagro . . . | 17 |
| — Juana Ortiz de Zárate. — La hija del Adelantado | 23 |
| Catalina de los Ríos. — La vampiresa colonial . | 27 |
| Santa Rosa de Lima — La doncella del Rimac . | 33 |
| Sor Juana Inés de la Cruz. — La décima, musa mexicana | 39 |
| Cecilia Tupac Amarú. — La mártir indiana . . | 47 |
| María Antonia de la Paz. — La santiagueña erran- te | 53 |
| Policarpa Salabarrieta — La leona granadina . | 59 |
| Antonia Santos. — La traicionada de Colombia | 63 |
| Rosario Rosales. — La Cordelia chilena | 67 |
| Teresa Solarena. — La loca de la guardia . . . | 71 |
| Manuela Pedraza. — La sargenta de la invasiones inglesas | 75 |
| Manuela Sáenz. — La libertadora del Libertador | 79 |
| Pepita Gainza y Mariana Solanda. — Los dos amores del Mariscal Sucre | 85 |
| — Anita Perichón. — La virreina galante | 91 |
| Carlota de Borbón y Braganza. — La soñadora del Brasil | 97 |
| — Javierra Carrera. — La musa de los Andes . . . | 105 |
| — Juana Azurduy. — La leona del Alto Perú . . . | 111 |
| — Magdalena Güemes. — La musa de las breñas . | 117 |
| — Delfina Ramírez. — La leona montiel | 123 |
| — Mariquita Thompson. — La madrina de la libertad | 127 |
| — Encarnación Ezcurra de Rosas. — La restaura- dora | 133 |
| — Mercedes Rosas. — La Corina del Plata | 141 |
| — Manuelita Rosas. — La paloma del tigre | 145 |
| — Camila O'Gorman. — La muerte de amor | 151 |

| | <u>Pág.</u> |
|-------------------------------------------------------------------|-------------|
| Elisa Lynch. — La mariscal de sangre | 159 |
| Pancha Garmendia. — La doncella del Paraguay | 167 |
| Victoria Peñaloza. — La leona de los llanos . . | 173 |
| Domitila Castro. — La marquesa mulata | 177 |
| Emilia Herrera del Toro. — La Samaritana del Mapocho | 191 |
| Isabel de Guevara. — La letrada de la conquista | 195 |
| Mercedes Tapia. — La oradora de Chuquisaca . | 199 |
| Josefa Domínguez. — La corregidora de Queré- taro | 203 |
| Las dos Carlotas | 209 |
| «Soledad» | 213 |
| Amalia. — El sueño de José Mármol | 217 |
| «María» | 223 |
| «Santa» | 227 |
| «Natalia» | 231 |
| «Ramona» | 237 |
| «La novia del hereje» | 243 |

A P E N D I C E

| | |
|----------------------------------------------|-----|
| Las mujeres de la tiranía de Rosas | 249 |
|----------------------------------------------|-----|

